

# Los iberos

Juan Eslava Galán

Los españoles como fulmos



se

Hubo un tiempo en que los antepasados de los españoles practicaban la covada (el hombre fingía los dolores del parto mientras la parturienta lo atendía); un tiempo en que los jeques del mineral importaban exclusivas vajillas griegas y joyas orientales; un tiempo en que la tumba de un rey se adornaba con la escultura de un hombre masturbándose; un tiempo en que los guerreros españoles combatían como mercenarios por todo el Mediterráneo... En pleno proceso de construcción de una Europa unida conviene mirar atrás para saber cómo fuimos. Al hacerlo nos encontramos con nuestros antepasados iberos, grandes desconocidos para la mayoría de los españoles. Con este libro, en el que la información fidedigna es compatible con el humor, redescubrimos a los iberos y, junto con ellos, a los mercaderes fenicios, los colonos griegos, los conquistadores cartagineses y los imperialistas romanos. El mundo ibero va más allá de los restos del Cerro de los Santos y de Porcuna o de las damas de Elche y Baza. El creciente interés por quienes dieron nombre a la Península se ha visto reforzado por numerosos hallazgos arqueológicos que nos permiten saber más del pueblo al que algunos autores creen que debemos nuestro modo de ser y nuestra imagen internacional. Una obra ampliamente ilustrada, con información actualizada sobre los descubrimientos más recientes, que muestra la faceta más viva de la Historia.



Juan Eslava Galán

# **Los Iberos**

**Los españoles como fuimos**

ePub r1.2

lenny 23.01.2018

Título original: *Los Iberos. Los españoles como fuimos*

Juan Eslava Galán, 2004

Editor digital: lenny

Primer editor: jasopa1963 (1.0)

Corrección de erratas: Higumeno, heutorez, Saganita

ePub base r1.2



# CAPÍTULO 1

## *MATANZA EN ORISIA*

Al centinela le duelen los ojos. Faltan dos horas para que amanezca y lleva toda la noche escudriñando la oscuridad, con la bocina a mano, por si hay que despertar a la guardia.

Es un muchacho de quince años al que no han permitido acompañar a los guerreros en la expedición contra los romanos. «Tendrás tiempo de sobra para combatirlos —le ha dicho su tío— Además, te tienes que quedar para proteger el poblado».

El muchacho mira, una vez más, el espacio despejado ante la muralla e intenta penetrar la oscuridad. No hay luna y solo se distingue las confusas formas de los matorrales más cercanos agitados por el viento. Si alguien se acercara sería más fácil oírlo que verlo. Cierra los ojos, contiene la respiración y aguza el oído. No se percibe nada. Solo el viento silbando entre los arbustos y las rocas de la meseta pelada.

El muchacho no ha visto el mar, pero algunos guerreros del poblado, que fueron mercenarios en tierras lejanas, le han explicado que es una gran extensión de aguas vivas. Al otro lado del mar hay otras tierras, bellas ciudades con fuertes murallas, templos, jardines y columnas.

No ha visto nunca a un romano, pero los odia por lo que sabe de ellos: proceden de lejanas tierras, son buenos soldados y mandan sus tropas a cualquier lugar donde haya riquezas que expoliar: minerales, ganados, trigo o esclavos. Todo va a parar a Roma, una ciudad inmensa en la que los romanos viven en una continua francachela gracias al botín de sus conquistas.

Pero esto se va a acabar. Mira el campo despejado en la negrura de la noche mientras imagina los muros y las calles de Cazlona, a catorce kilómetros de distancia. Hace tres días dos ancianos de Cazlona parlamentaron en secreto con los jefes de Orisia. La situación en Cazlona es bochornosa. Los romanos han establecido allí sus cuarteles de invierno. La población sufre a diario las provocaciones de soldados borrachos que no respetan a las personas venerables ni a las mujeres.

Los iberos sienten hervir la sangre con cada provocación. Son un pueblo orgulloso, un pueblo de antiguos guerreros que no tolera los insultos. Los

jefes se han reunido en consejo, han discutido y han decidido ayudar a Cazlona. Aunque saben que uniendo los guerreros de Orisia con los de Cazlona no juntan fuerza suficiente para enfrentarse a los romanos en campo abierto. Por eso han decidido aniquilarlos mediante la astucia. Al anochecer, los guerreros se han armado y han partido en silencio. Llegan a Cazlona cuando los romanos aún duermen el primer sueño de la noche. En la ciudad dormida, se dividen en patrullas y, guiados por los propios vecinos, se dirigen a las casas y cuarteles donde se alojan los romanos. Rompen puertas y ventanas, irrumpen en la oscuridad, degüellan a los odiados ocupantes sin contemplaciones. Mueren muchos romanos antes de que las trompetas de alarma alerten al resto. Algunos se defienden; otros, escapan al campo, que les resulta más seguro que la ciudad, pues ignoran la fuerza del agresor.

Entre los fugitivos se cuenta el tribuno Sertorio, un militar prestigioso que ha ganado fama luchando contra los cimbros y los teutones, en los bosques neblinosos, más allá de las montañas pirenaicas. Sertorio se hace cargo de la situación, grita órdenes, agrupa a sus hombres, los arenga: «Los bárbaros nos han sorprendido, pero la noche es larga y nosotros también podemos sorprenderlos a ellos. Los bárbaros no saben administrar una victoria. En cuanto crean que han vencido, bajarán la guardia y se entregarán a la alegría salvaje. Ese será el momento de atacarlos».

«Sertorio —cuenta el historiador Plutarco— rodeó la ciudad y cuando encontró la puerta por la que los bárbaros se habían colado, no cometió el error de estos, puso guardias, tomó las calles y ejecutó a todos los hombres en edad de llevar armas. Después mandó a sus soldados que se desnudaran y se pusieran las ropas y las armas de los bárbaros y se adornaran como ellos. De esta guisa se dirigieron a la otra ciudad de la que procedían los que los habían sorprendido en la noche».

Faltan dos horas para el amanecer. En Orisia todos permanecen despiertos. aguardan noticias de Cazlona. Nuestro joven centinela cierra una vez más los ojos en su alto bastión y orienta el oído hacia la meseta oscura que tiene delante. Entre el ulular del viento cree percibir un sonido metálico. Quizá algún guerrero joven se ha adelantado con la noticia de la victoria. El muchacho levanta la bocina, se la lleva a los labios y toma aliento para que su trompetazo sea vigoroso como el de un adulto. ¿Y si fuera una figuración suya? ¿Y si convoca a la gente y luego resulta que no hay ningún heraldo, que el sonido provenía de un perro asilvestrado o de una comadreja? Se imagina la rechifla. Vuelve a dejar la bocina sobre el parapeto. Quizá haya sido una

figuración suya. Mejor cerciorarse. Con sus ojos doloridos trata de ver en la oscuridad.

¡Esta vez sí! Percibe sonidos metálicos en distintas partes del campo. No es un heraldo solitario, son muchos hombres. Hombres armados conversando animadamente entre ellos, toses y risas. Son los guerreros que regresan victoriosos. A cien metros de la muralla, el muchacho distingue los coseletes iberos de cuero y metal, las lanzas aguzadas, las falcatas cruzadas sobre el vientre en sus vainas de madera, los capotes de lana burda, los cascos de cuero y de hierro, las insignias, incluso las cabezas de algunos enemigos pinchadas en la punta de las lanzas.

El centinela se asoma al parapeto interior.

—¡Abrid las puertas que regresan los nuestros con el botín de la victoria! —grita a otros jovencuelos de su edad que custodian las puertas— ¡Traen cabezas de romanos!

Sopla con toda sus fuerzas en la bocina y emite un trompetazo recio y prolongado que se escucha en todo el poblado. Al instante le responden otros bocinazos desde distantes puntos de la muralla. El poblado se anima. Salen luces a la calle. Se escuchan gritos, aclamaciones. La noticia se extiende rápidamente. Mujeres, ancianos, niños y jóvenes guerreros se apresuran por la calle central que conduce a la gran puerta para dar la bienvenida a los héroes. Las enormes hojas, de madera de encina, chapadas con planchas de hierro y minuciosamente dibujadas, permanecen cerradas. La multitud ayuda a los muchachos y a los guerreros ancianos a descorrer la viga transversal y a levantar las pesadas retrancas. Abren la ciudad de par en par.

El gentío sale del poblado con antorchas. Mujeres, niños, ancianos corren al encuentro de los guerreros entonando cantos de victoria. Descubren, demasiado tarde, que los que llegan son enemigos. Detrás del primer tropel disfrazado con las ensangrentadas ropas de los iberos muertos, vienen romanos armados con sus yelmos plumados y sus lorigas de hierro. Una mortífera andanada de dardos, los *pilae*, llueve sobre la multitud indefensa. Algunos dardos atraviesan a una persona y hieren a la que viene detrás. Los romanos profieren su grito de guerra al tiempo que desenvainan sus feroces espadas. Mientras un destacamento aniquila a los que han salido de la ciudad, otro se dirige directamente a la puerta a paso de carga, elimina a sus defensores e irrumpe a sangre y fuego por la avenida principal.

La carnicería y el saqueo cunden a la luz indecisa del amanecer. Los

romanos cautivan a los que pueden venderse como esclavos y matan al resto. Después de saquear el poblado, lo incendian.

Orisia arde durante todo un día hasta los cimientos. Las techumbres de madera y paja, las paredes de adobe y barro reforzadas con vigas, los pesebres, los muebles, los lagares. Los edificios se desploman uno tras otro. Cuando la piadosa noche extiende su manto estrellado sobre las ruinas humeantes, Orisia ha dejado de existir. Al amanecer, los habitantes de la comarca contemplan las columnas de humo y pavesas que se elevan del poblado.

Roma ha triunfado una vez más.

\* \* \*

Esto ocurrió noventa años antes de Cristo. Conocemos el desastrado final de Orisia porque el historiador romano Plutarco la consignó en una de sus *Vidas Paralelas*. Veintiún siglos después, un automovilista lee la historia y decide conocer el lugar. Toma la carretera de Linares, entre olivares, y se acerca a las ruinas de Orisia. A la derecha deja el lago del embalse del Guadalén, a la izquierda ve una montaña de poca altura y bordes escarpados como una laja suave, la montaña de Orisia que hoy se llama Giribaile. El visitante la ha buscado en el mapa. Es un lugar estratégico rodeado, como una isla, por las aguas de varios ríos: el Guadalimar, el Guadalén y el Guarrizas, todos afluentes del Guadalquivir. Desde las alturas de Giribaile se controla la antigua vía Heraclea, que unía Roma con Cádiz; así como el Camino Real de Toledo a Almería, por Úbeda y Granada. Además Giribaile está en el corazón de la zona minera de Cástulo, enclave esencial de la economía antigua.

El viajero sigue los indicadores de la Ruta de los Castillos y las Batallas y recorre una carretera secundaria entre las aguas tranquilas del pantano y el cerro de Giribaile. A los tres kilómetros tuerce a la derecha y asciende una suave cuesta que lo conduce, a través del olivar, hasta las ruinas de unas casas rústicas arrimadas al escarpe del cerro.

Aparca en un espacio empedrado cubierto de hierba, junto a una enorme higuera y una alberca antigua, su abrevadero y sus lavaderos. Bebe del agua delgada y fría, en el mismo manantial donde sació su sed alguna vez aquel muchacho ibero que vigilaba el baluarte de la Gran Puerta de Orisia, la noche fatal en que los romanos destruyeron el poblado. El visitante, que es soñador, piensa que también se refrescarían en aquella fuente los propios romanos, con Sertorio al frente, en el lívido amanecer que siguió a la destrucción de Orisia.

Los imagina, sudorosos y tiznados del incendio, cuando se detuvieron a lavarse la cara y los brazos antes de regresar a Cazlona.

Un escarpe vertical, de unos veinte metros, rodea la meseta donde estuvo la ciudad. Se ven cuevas talladas en la piedra, ventanas, escaleras, fantasías arquitectónicas ideadas por la mano del hombre en combinación con la naturaleza, un santuario, un monasterio, o un eremitorio, lo más probable, estancias en las que habitaron monjes o ermitaños en época visigoda o quizá mozárabe, cuando ya los moros dominaban estas tierras, pero toleraban la existencia de comunidades cristianas (previo pago).

Aunque ha venido a recorrer las ruinas de Orisia, el visitante se detiene a curiosear las habitaciones y corredores excavados en la roca. Sabe algo de eremitas, aquellos cristianos del siglo IV que obedecieron la propuesta evangélica de repartir los bienes entre los pobres para vivir en la pobreza y en la oración, retirados en algún lugar desierto. Imagina que en tiempo de los godos, y aún después, estos parajes estarían bastante despoblados. Recorre las estancias del cenobio medieval talladas en piedra. Algunas cuevas están intactas y penetran profundamente en el interior de la montaña con pasillos horizontales que las comunican, techos altos, paredes rectas talladas a cincel y martillo, con alacenas, chimeneas, escaleras ascendentes que conducen a planos superiores, ventanas que se abren en lugares insospechados del precipicio. Algunas cuevas se derrumbaron cuando el terremoto de Lisboa sacudió la tierra, hace doscientos cincuenta años. Para entonces ya hacía siglos que nadie las habitaba. Si acaso eran refugio de pastores.

En la meseta superior, la vista se dilata en una plataforma rocosa barrida por los vientos. El dilatado horizonte es una sucesión de montañas azules y grises, las estribaciones de Sierra Morena al norte y Mágina al este.

Esto fue Orisia, el poblado ibérico destruido por los romanos. El viajero se dirige a la muralla del poblado. De aquellas defensas, que se elevaban imponentes, más de diez metros de altura, con sus fuertes bastiones y sus muros, solo quedan hoy unas grandes acumulaciones de escombros porque, al desmoronarse, se han sepultado en su propia ruina. No obstante, el ojo avezado del visitante distingue, en el amasijo de derrubios, los dos bastiones que defendían la Gran Puerta, uno avanzado, el otro pegado al muro, y entre ellos el espacio casi despejado de la puerta.

El visitante sube por el montón de escombros hasta el punto más alto y desde allí contempla los restos de la fortificación. En este bastión montó

guardia el adolescente ibero aquella fatídica noche en que los romanos arrasaron el poblado.

Debió ser un muro más fuerte de lo necesario por una cuestión de prestigio, como representación del poder de Orisia. Hacían muchas cosas por prestigio aquellos iberos. Da que pensar si no seguirán latiendo en este afán tan español de aparentar. El visitante recuerda un texto antiguo: «Todos los iberos son bebedores de agua a pesar de ser los más ricos de entre los pueblos, pues poseen mucha plata y oro; comen una sola vez al día por pura avaricia, al mismo tiempo que se visten con ropa muy cara<sup>[1]</sup>».

El visitante, que es algo gordo y ha gastado el fuelle en el ascenso, se sienta en una piedra a descansar. El visitante es novelista, pero se ha propuesto contar quiénes fueron los iberos a los españoles de a pie, los que no entienden la prosa científica de los especialistas. Ha leído textos de Plutarco y de otros autores grecolatinos, y unos cuantos libros de historiadores y arqueólogos. Es partidario de contar la historia de manera sencilla a los ciudadanos interesados, aunque solo sea para compensarlos por esa parte de sus impuestos con los que el estado sufraga las excavaciones arqueológicas, las cátedras universitarias y las memorias de excavaciones. También los congresos que reúnen a los iberistas en agotadoras jornadas de trabajo con la firme vocación de impulsar el conocimiento de los iberos.

El visitante contempla el descampado pedregoso donde estuvo el poblado (los arqueólogos no suelen decir poblado sino *oppidum*, en latín; en plural, *oppida*). La meseta de Giribaile es una extensión levemente ondulada, ancha como un campo de fútbol y larga como tres. Debajo de este manto de hierba que brilla bajo la luz espléndida del sol del mediodía yace Orisia con los secretos de su desastroso final.

En la parte central de esta meseta se excavaron hace treinta años unas cuantas viviendas y se constató que por todas partes aparece una gruesa capa de cenizas, testimonio del incendio que consumió el poblado. También se encontraron vestigios de un poblamiento anterior al ibero, cabañas del periodo del Bronce Medio, (hace más de tres mil años). Esta población desapareció y la meseta quedó desierta durante mucho tiempo hasta que los iberos la poblaron en la primera mitad del siglo -IV<sup>[2]</sup>.

El visitante pasea su melancólica mirada por el yermo azotado por los vientos. Aquí yace Orisia. Aquí están las calles, las casas, los hornos, los lagares, las vasijas, las chimeneas, los establos, las plazas, los talleres, los

almacenes, las alcobas. La ciudad sepultada y cubierta de malezas es un libro cerrado, que contiene la vida pasada y que está esperando que los arqueólogos lo abran y lo descifren. Así hay muchos poblados en España, cientos de ellos. Podemos decir que la inmensa mayoría de los restos iberos permanecen todavía bajo tierra esperando turno para salir al sol, luz ellos mismos que nos iluminarán en tiempos venideros sobre la vida de estos lejanos ancestros. No es una tarea fácil porque las excavaciones son lentas y costosas y tampoco abundan los arqueólogos capaces. Ese tesoro oculto lo verán las generaciones venideras. Mientras tanto, las actuales proceden, como se debe, con paso corto y vista larga. El arqueólogo sabedor de su oficio y responsable debe andarse con pies de plomo porque su ciencia no consiste solo en desenterrar artefactos, sino más bien, en exhumar restos de vida pasada con minuciosidad de entomólogo cruzado con detective. El arqueólogo procede con la cautela del que abre un libro que al leerse se va destruyendo. Si la lectura no es acertada, el libro se pierde para siempre.

El visitante piensa en todo eso mientras pasea por Giribaile. Los restos arqueológicos afloran por todas partes: muros, piedras sueltas, hornos de minería y fragmentos cerámicos de varias texturas y colores, que los arqueólogos clasifican por su antigüedad y asignan a la época correspondiente, ibérica, romana o medieval.

## CAPÍTULO 2

### ***LOS IBEROS Y TODOS LOS DEMÁS***

¿Quiénes son los iberos? Hace muy pocos años eran un pueblo misterioso. Hoy sabemos mucho más sobre ellos, aunque seguimos medio a oscuras. Más que un pueblo constituyen un conjunto de pueblos que desarrollaron una cultura propia entre los siglos -VI y -II. Al final se diluyeron en el imperio romano, como otras docenas de pueblos europeos, lo que, a la postre, fue una gran suerte para cuantos descendemos de ellos.

Antes de proseguir, quizá debamos aludir a los antecesores de los iberos. No será necesario que nos remontemos a los caníbales de Atapuerca que habitaron la sierra de Burgos hace un millón de años, ni al hombre de Neandertal, aquel cachas con pinta de bruto que vivió hace cien mil años, ni al de Cromañón, más fino, ya *sapiens sapiens* como nosotros, de hace unos treinta y cinco mil años. Parece más práctico que arranquemos con la última glaciación, hace unos diez mil años, cuando empezaron a derretirse los hielos que cubrían buena parte de Europa y Asia y el clima se suavizó. Esa bonanza acarreó graves consecuencias para los humanos que vivían de la caza y la recolección: las especies más grandes y suculentas (bisontes, renos, focas) emigraron hacia el norte en busca de tierras más frías. En el nuevo ecosistema solo quedaron animales más pequeños y difíciles de cazar. El hombre tuvo que aguzar el ingenio para alcanzar el mínimo de proteínas de la dieta diaria recomendada por la Organización Mundial de la Salud.

Dios aprieta, pero no ahoga. En aquel delicado momento, la humanidad experimentó un notable progreso al domesticar algunos animales y cultivar algunas plantas. La invención de la agricultura y la ganadería en Oriente Medio abrió el proceso de cambios que conocemos como Revolución Neolítica, lo que trastocó la vida de los pueblos. Estos conocimientos, la agricultura y la ganadería, se divulgaron lentamente por el resto del mundo, pero resultan tan fundamentales para la Humanidad que se puede decir que todavía vivimos de sus rentas, cultivando las mismas plantas y criando los mismos animales que aquellos inspirados innovadores de Oriente Medio.

En la península ibérica, el Neolítico arraiga entre los años -5000 y -3000 (aunque puede que haya que atrasar esas fechas porque, por lo pronto, en Levante se encuentran vestigios de cultivos desde, al menos, el -7000).

Con el asentamiento y la roturación de los campos nace el sentido de la propiedad y asoman las orejas del nacionalismo y de la guerra. El hombre neolítico desarrolla una economía de producción que sustituye a la de mera subsistencia propia de sus abuelos, los cazadores recolectores. Se impone la división del trabajo y el agrupamiento en poblados permanentes. Los antiguos nómadas, cuando reciben el beneficio de la civilización, se hacen sedentarios, planean el trabajo, riegan, escardan, cavan, esquilan. Es una vida trabajosa, pero, en cambio, si la cosecha o el rebaño no se tuercen no se pasa hambre en invierno. Incluso se producen excedentes.

Excedentes: atención a este concepto, es decir, comida sobrante, graneros llenos, despensas con carne ahumada. Estos excedentes, juiciosamente administrados, generan una plusvalía.

La vida en los poblados genera una sociedad más compleja. Los individuos más despabilados controlan los excedentes de producción y se erigen en régulos o jefes; también los podríamos denominar caciques o caudillos, o padrinos, incluso capos. Una sociedad que hasta entonces presentaba una clase única, la de los pobres, se va diversificando en pobres y ricos, con los imaginables grados intermedios de riquillo y de pobre con posibles. Los verdaderamente ricos adquieren armas (el metal, al principio, es escaso y caro) y contratan guardaespaldas, lo que los convierte en más poderosos todavía frente a sus conciudadanos pobres. El pobre no tiene más remedio que buscar la protección de algún rico a cambio de obedecerlo y pagarle en trabajo o en productos.

El régulo, que comienza de matón de aldea, cuando el tiempo y la riqueza lo pulen, funda una monarquía hereditaria legitimada por el brujo o sacerdote del poblado, el gran embaucador capaz de convencer a la comunidad de que los dioses desean que unos pocos ciudadanos vivan regaladamente a costa del resto.

Esta evolución de la sociedad viene determinada por el progreso técnico. El lector habrá oído hablar de la Edad de la Piedra, de la Edad del Cobre, de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro. La clasificación proviene del director del museo de Copenhague, don C. J. Thomnsen, quien, en 1836, ideó una manera fácil de ordenar los objetos expuestos en su museo por antigüedad según el material utilizado. Así comenzó con la Edad de Piedra, que se inicia hace más de un millón de años, sigue con el Cobre, el Bronce y acaba en el Hierro. Apurando la clasificación podríamos decir que ahora vivimos en la Edad del Plástico.

## CAPÍTULO 3

### *EL LARGO CAMINO DE LA HUMANIDAD*

Los primeros cambios de la humanidad fueron muy lentos. Los podríamos comparar a una larga infancia. La Edad de la Piedra duró cientos de miles de años. Al principio aquel hombre de cerebro aún por desarrollar, solo usaba herramientas de sílex (hachas, punzones, raederas) o de granito (martillos), talladas a lo basto, (Paleolítico, o «piedra antigua»). Más adelante, tras una lenta evolución que duró decenas de miles de años, las técnicas de tallado de la piedra se refinaron hasta producir unas herramientas perfectamente pulidas y suaves como el culo de un niño, (Neolítico, o «piedra nueva»). Los hombres del Paleolítico eran recolectores y cazadores. Andaban errantes de un lado para otro buscando manadas de animales sin resabiar que se dejaran cazar más fácilmente. Como vimos, eso terminó en el Neolítico, cuando descubren la agricultura y el pastoreo, abandonan la vida errante y se asientan en poblados.

#### **Los metales**

Piedras y tiempo le sobraban al hombre primitivo. Nuestros más remotos antepasados observaban la naturaleza y aprendían. Imaginemos una horda que se asienta a las orillas de un arroyo para pasar la noche. Lo primero es hacer una hoguera para alejar a las fieras y al mismo tiempo calentarse y cocer o asar los alimentos. En el lar hay una piedra que contiene una veta de malaquita. Al calentarse, la malaquita se derrite y se transforma en una pasta brillante que, a la mañana siguiente, una vez fría, resulta un nuevo y desconocido elemento con el que se pueden fabricar adornos y objetos más cortantes que los de piedra.

¡La humanidad entra en la era de los metales! ¡Comienza la metalurgia del cobre! Los sorprendidos descubridores del fenómeno buscan más piedras con vetas de malaquita y las calientan al fuego. Aplican la pasta fundida a moldes en forma de cuchillo, de punzón, de paleta, fabrican cuchillos, azadas y otras herramientas más duraderas y cortantes que las de piedra.

El cobre empezó a fabricarse en España hacia el -3000. Durante la Edad del Cobre la agricultura y la ganadería progresaron. Se roturaban tierras en torno a los poblados y se plantaban de vid, trigo, lino y otras plantas textiles.

Imaginemos el poblado. Se asienta en un cerro de meseta plana que

domina un valle fértil recorrido por un río. Está defendido por una muralla. Ese es el único problema que acarrea el progreso: que también estimula la desordenada codicia de los bienes ajenos, la guerra. El que tiene algo, conseguido trabajosamente con el sudor de su frente, tiene que defenderlo con las armas. Cuando una comunidad progresa económicamente tiene que mantener con sus excedentes a una casta guerrera que la defiende de los vecinos. Así es la vida.

Los primeros metalúrgicos, después de experimentar con distintos minerales fusibles, descubrieron, hacia el año -2000, que la mezcla de cobre y estaño (o plomo, o arsénico), en proporción de uno a nueve, producía bronce, un nuevo metal mucho más fuerte que el cobre o el estaño.

El visitante ha descansado. Se levanta y prosigue su exploración de la meseta donde estuvo Orisia. Algo en el suelo le llama la atención. Se agacha y lo recoge. Un trocito de hierro informe, oxidado y quebradizo ¿quizá el último vestigio de una falcata, el poderoso y temible sable ibero? Pudiera ser, pero también podría tratarse de un trozo de herradura de antes de ayer. En cualquier caso, hierro.

## **El hierro. Un material que hizo historia**

Lo deja caer donde lo encontró, en el campo de abrojos donde se va disolviendo lentamente a golpe de agua y aire. Piensa en la importancia de este metal cuyo uso llegó a España hacia el año -1000 y se divulgó hacia el -800, lo que acarreó bastantes cambios. Hasta la llegada del hierro, el metal usado era el bronce, escaso y caro (porque el estaño no abundaba). En cambio, el mineral de hierro se encuentra por doquier en la naturaleza y su extracción resulta más fácil. El problema era que su temperatura de fusión es tan alta que los hornos de aquel tiempo no la alcanzaban. No obstante, los herreros aprendieron a machacar el hierro candente y a moldearlo a base de martillo hasta fabricar con él arados y espadas. Las armas y herramientas de hierro se afilaban mejor y resistían más que las de bronce (aunque se oxidaban más con la humedad).

El bronce había ayudado a mantener los privilegios de la minoría aristocrática y guerrera que podía costárselo, pero cuando se divulgó la metalurgia del hierro, al final del primer milenio, las cosas cambiaron. En unos siglos, el hierro derrotó al bronce, las nuevas herramientas facilitaron la deforestación de los campos. Los arados de reja y la azada impulsaron la agricultura. Las espadas, las lanzas, los dardos arrojados impulsaron la

guerra.

Las armas de hierro, al alcance de una capa más amplia de la población, determinaron cambios sociales en todo el entorno mediterráneo. ¡El mundo progresó con el hierro!

## **Las primeras civilizaciones**

Las primeras civilizaciones de la Humanidad surgieron en las riberas del Tigris, el Éufrates y el Nilo, tres caudalosos ríos cuyas crecidas anuales inundaban los llanos y, al retirarse, los dejaban cubiertos de un limo espeso, un excelente abono natural que producía espléndidas cosechas de cereal y hortalizas. Como el resto del país era un inhóspito desierto, la población se concentraba en poblados y caseríos dispersos a lo largo de los ríos.

Vistas sobre el mapa, esas tres grandes cuencas fluviales de Oriente Medio dibujan una media luna. Es lo que los historiadores llaman el Creciente Fértil. En estas tierras florecieron, a partir de la Revolución Neolítica, una serie de estados que son la cuna de nuestra civilización: Sumer, Babilonia, Akad, Asiria, Persia, Israel, Fenicia y Egipto.

La agricultura era fértil, el ganado prosperaba en los excelentes pastizales, pero, como no se puede tener todo, los metales escaseaban en aquellas regiones.

Ocurría como hoy: los países desarrollados no tienen petróleo y los que lo tienen (Oriente Medio, África) son tan subdesarrollados que no sabrían que hacer con él si no se lo compraran los otros.

Los países del Fértil Creciente necesitaban metales. Tuvieron que buscarlos en tierras lejanas, primero estaño; más tarde (hace tres mil años) hierro y, en todas las épocas, plata y oro.

La península ibérica abundaba en metales y se convirtió en una especie de Eldorado para los buscadores de metal.

## **Llegan los fenicios**

Había otro país en el Creciente Fértil, Fenicia, que no disponía de cuenca fluvial alguna en la que criar ubérrimas cosechas. Sus ríos eran mezquinos y la franja costera donde se asentaban sus poblados estaba aislada del continente por una cadena de montañas. Los fenicios, «el pueblo botado al mar por su geografía» (Heródoto), entre espléndidos bosques de cedros y el mar advirtieron que estaban predestinados a la construcción naval y al

comercio marítimo. Su pericia marinera era proverbial. Baste decir que, hacía el año -600, una expedición fenicia enviada por el faraón Neco II dio la vuelta a África partiendo del Mar Rojo para regresar, tres años después, por el estrecho de Gibraltar: una hazaña en la que dos mil años después, en la época de Colón, invertirían todo un siglo las carabelas portuguesas.

Los fenicios poseían la flota y el conocimiento del ancho mundo, con sus mercados y sus minas. Por lo tanto se convirtieron en suministradores de metales de los países ricos de la zona, todos ellos de interior y nada inclinados a las aventuras marítimas. Además, siempre atentos a la mejora del negocio, legaron a la Humanidad dos inventos fundamentales: la moneda y el alfabeto, tan necesarios para las transacciones y la correspondencia comercial. Por cierto, estas letras con las que yo escribo y usted lee, el alfabeto latino, son las mismas que inventaron los fenicios hace tres mil años. Si acaso algo alteradas después de pasar por los griegos, por los etruscos y por el ordenador.

En Fenicia, el comercio lo determinaba todo, incluso el sistema político. En un mundo en el que todos los países estaban gobernados por reyes divinizados y despóticos, los fenicios constituían una federación de empresarios. El verdadero gobierno de cada ciudad estaba en manos de una oligarquía financiera, la asamblea de ancianos, una especie de consejo de administración, aunque, por cuestiones de protocolo, existía también una dinastía real representada por la familia más poderosa. No tenían ejército. Cuando lo necesitaban, contrataban mercenarios. De todos modos, sus ciudades, asentadas sobre islas próximas a la costa (Tiro, Arados) o sobre penínsulas de estrechos istmos (Biblos, Sidón, Beritos —hoy Beirut—), estaban defendidas por el mar.

Los fenicios, como cualquier comerciante, estaban obsesionados con la seguridad. Sus naves practicaban una navegación de cabotaje, con la costa a la vista, y establecían colonias y factorías distantes entre sí un día de navegación, de manera que después de una singladura diurna, al caer la noche, la nave encontrara un puerto amigo donde guarecerse y repostar. Una de estas colonias fue Cartago, en la actual Túnez, que crecería hasta convertirse en una gran potencia mundial que se enfrentó con la poderosa Roma.

## CAPÍTULO 4

### *EL ENIGMA DE TARTESSOS*

El sur de la península ibérica era rico en metales. Filones de plata (en Huelva, el Algarve, Sierra Morena y Cartagena); minas de cobre (en Huelva); vetas de estaño (en Sierra Morena, aunque cuando creció la demanda hubo que traerlo también de Galicia y de las islas Británicas, que denominaron Casitérides, o sea, «las del estaño»). El comercio de los metales se complementaba con el de otros productos igualmente valiosos, principalmente pieles, esclavos y esparto.

Este comercio determinó que el sur de nuestra península recibiera, desde hace cinco mil años, incluso puede que más, la visita de comerciantes y colonos procedentes de Oriente. Los objetos del mediterráneo oriental (Grecia, Turquía, Oriente Medio) que aparecen en España o Portugal testimonian ese comercio. Con esos objetos llegaron también de Oriente muchos inventos tan útiles como el torno del ceramista o el horno moderno (el que separa la zona de combustión de la zona de cocción). Y, lo más importante, también llegaron ideas y creencias, formas de vida diferentes, propias de pueblos más desarrollados, que influyeron decisivamente en la población indígena.

Los colonizadores orientales que llegaban a España —quizá resulte más ajustado denominarla Iberia— fueron principalmente fenicios y griegos.

#### **Mercaderes de allende los mares**

Entre el año -1000 y el -600, año arriba, año abajo, los mercaderes fenicios fundaron algunas colonias en las costas andaluzas: Gades, Malaka, Sexi, Abdera (es decir: Cádiz, Málaga, Almuñécar, Adra) y una serie de establecimientos menores cuya lista se va ampliando a medida que progresan los estudios arqueológicos (Aljaraque, Toscanos, Morro de las Mezquitillas, Guadalhorce...). Aquellos pequeños enclaves situados junto a la desembocadura de un río cumplían la triple función de servir de atracadero y base a los buques de carga, de fábrica de algunos productos y de centro de almacenamiento y de distribución.

Los fenicios influyeron en los pueblos indígenas, que asimilaron sus conocimientos técnicos y sus creencias, hasta el punto de que a menudo resulta difícil diferenciar lo específicamente fenicio de lo ibérico.

Como un Taiwan de la época, Fenicia comerciaba con objetos pequeños y valiosos producidos en serie y fáciles de transportar: tejidos, joyas, perfumes, adornos, amuletos, vajillas, figuritas de marfil, huevos de avestruz y otra exótica pacotilla. Con estos productos inundaban los mercados allí donde encontraban metales con los que negociar.

No intentaban los fenicios ser originales, ni les importaba armonizar los más dispares estilos creando una especie de *kitsch* que debió ser muy apreciado por sus clientelas indígenas. Se limitaban a fabricar aceptables imitaciones de todo producto griego, mesopotámico, egipcio o de Asia Menor que se vendiera bien. Por eso sus mercaderías son difíciles de clasificar y producen quebraderos de cabeza a los museos. También comerciaban con objetos robados. En Almuñécar se han descubierto urnas egipcias de alabastro procedentes del saqueo de una tumba en el valle del Nilo.

## **Los griegos también**

Los comerciantes griegos le hacían la competencia a los fenicios. La verdad es que no les iban a la zaga en espíritu emprendedor y astucia, quizá porque también ellos procedían de una tierra pobre, montuosa y superpoblada que los obligaba a despabilarse para subsistir. Por eso, a lo largo de un milenio, los griegos instalaron prósperas colonias en Asia Menor (actual Turquía), en el sur de Italia (que llamaron Magna Grecia), en Sicilia y en la costa mediterránea francesa, donde fundaron Marsella.

Cuando los griegos llegaron a nuestra península, los fenicios se les habían adelantado y ocupaban los mejores mercados, así que se contentaron con establecer modestas bases en las costas catalanas y levantinas, en especial en el golfo de Rosas, que les caía más cerca de su emporio marsellés. Por cierto que esta palabra griega, *emporio*, que significa precisamente «mercado», es el origen del nombre de Ampurias, nuestra más famosa colonia griega.

## **El ascenso de Cartago**

El año -573 los babilonios conquistaron Tiro, la ciudad fenicia. La caída de Tiro fue un verdadero cataclismo que alteró la compleja red comercial fenicia, extendida por todo el Mediterráneo y especialmente por el sur de nuestra península. Los griegos aprovecharon la circunstancia para apoderarse de los mercados de sus competidores. No fue por mucho tiempo, porque los cartagineses, que se consideraban legítimos herederos de Tiro, arremetieron contra los intrusos y los expulsaron. Esto lo veremos con más detalle al hablar de Tartessos.

Cartago era una colonia marítima fenicia que, por su emplazamiento privilegiado, en la costa del actual Túnez, en medio del Mediterráneo y a corta distancia de Sicilia, de Italia y, por consiguiente, de Europa, creció hasta convertirse en una ciudad más poderosa que su metrópoli. Algo parecido a lo que ha ocurrido con los Estados Unidos que comenzaron siendo un puñado de colonias de Inglaterra y tras independizarse la han superado con creces.

¡Cartago! Aquella joven camada fenicia recriada en las ásperas tierras africanas, era más agresiva y osada. Los cartagineses eran conscientes de que, en un Mediterráneo disputado por nuevas potencias, solo el dominio de tierras y el mantenimiento de tropas, aunque fueran mercenarias, les garantizaban la estabilidad y el respeto de sus competidores.

Además, Cartago no cesaba de buscar nuevos mercados y rutas. Mientras sus agentes divulgaban por las tabernas portuarias fantásticas leyendas sobre la existencia de monstruos marinos y de vertiginosos abismos más allá del estrecho de Gibraltar, ellos fletaban discretamente navíos en busca del oro de Guinea y el estaño de Cornualles y Bretaña. Incluso intentaron fundar colonias estables en las costas africanas. Enviaron al África negra sesenta barcos pesados con tres mil colonos, amén de abundantes pertrechos, pero se les agotaron las provisiones a la altura de Senegal y tuvieron que regresar. La empresa fracasó, pero los que participaron en ella trajeron interesantes noticias del África incógnita para contar a los nietos en las crudas veladas de invierno: «Había muchos salvajes —escribe un testigo—, gentes de cuerpo velludo llamados *gorillai* que huyeron de nosotros. Logramos atrapar a tres hembras, pero como se resistían y mordían y arañaban tuvimos que matarlas y trajimos las pieles a Cartago».

El Mediterráneo se había tornado un tablero de juego peligroso, lleno de guerras y rivalidades. Durante dos siglos, nuestro mar interior fue escenario de cruentas batallas navales. Cartagineses y etruscos (un pueblo itálico) se aliaban para disputar a los griegos foceos las rutas comerciales y las ricas islas de Córcega y Sicilia.

La península ibérica seguía siendo una tierra pródiga en metales, pero también se buscaban en ella reputados mercenarios. Tanto griegos como cartagineses, y posteriormente los romanos que se alzaron con todo el lote, emplearían en sus ejércitos a los guerreros ibéricos, en especial a los honderos baleares. «Alrededor de la cabeza —escribe Estrabón— llevan tres hondas: una larga, de junco negro, para los tiros largos; otra corta, de cerdas, para los

cortos y la tercera, mediana, de nervios, para los intermedios. Desde niños los adiestran en el manejo de la honda y si tienen hambre tienen que acertar en la diana antes de recibir el pan».

Antes de proseguir, será mejor que retrocedamos unos siglos para hablar de Tartessos y de Iberia.

## **Los primeros cronistas**

Tartessos, la primera tierra española que mencionan los textos. La aparición de la lengua escrita es esencial para el estudio del pasado. La escritura dibuja la firme línea que separa la historia de la prehistoria. Griegos y fenicios estaban más adelantados que los habitantes de la península ibérica y poseían un alfabeto con el que podían fijar por escrito sus impresiones.

Merece alguna reflexión el papel de la escritura como la palabra en el tiempo. El pueblo que posee la escritura tiene una voz que resiste al olvido, tiene historia. Con los fenicios y los griegos los pueblos de Iberia entran en la historia.

Escuchemos ahora las primeras voces que hablan de España.

«Los focos fueron los primeros griegos que navegaron hasta tierras lejanas. Ellos fueron los descubridores de Iberia y Tartessos. Allí amistaron con Argantonio el rey de los tartesios, que reinó durante ochenta años y vivió un total de ciento veinte. Los focenses ganaron de tal forma su amistad que inmediatamente los invitó a abandonar Jonia para establecerse en la región de su país que desearan. Además, cuando le contaron que su territorio estaba amenazado por los persas, les dio dinero para que fortificaran su ciudad con una muralla».

Así nos habla el griego Herodoto de los legendarios tartesios y de su magnífico rey, el feliz, pacífico y longevo Argantonio (literalmente «el hombre de la plata»), que vivió entre -670? y -550?

El mismo historiador cuenta cómo un marino griego descubrió por casualidad Tartessos: «Una nave samia, cuyo capitán se llamaba Coleos, navegando con rumbo a Egipto fue desviada hacia Platea (...) Un viento afeliota los arrastró más allá de las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar), y por providencia divina llegaron a Tartessos. En aquel tiempo, este mercado estaba intacto todavía. Por eso los samios, al regresar a su país, obtuvieron por su cargamento mayores ganancias que ninguno de los griegos de quienes tengamos noticia cierta (...) Los samios donaron la décima parte

de sus beneficios para sufragar una crátera de Argos de bronce que consagraron en el templo de Hera».

Han transcurrido dos mil quinientos años desde que Herodoto escribió estas palabras referidas a un marino afortunado que vivió en la segunda mitad del siglo -VII. Desde entonces su eco alienta el mito de una Edad de Oro en una tierra privilegiada regida por un rey venerable, hospitalario, rico y generoso.

Pero no son estos los únicos textos antiguos que nos hablan de Tartessos. Trescientos años antes de que el griego redactara su obra, otro hombre de aquel extremo del Mediterráneo, esta vez judío, describía la riqueza del rey Salomón en estos términos: «Toda la vajilla de la casa del Bosque del Líbano era de oro fino; la plata no se estimaba en nada, porque el rey tenía una flota de Tarsis en el mar y cada tres años venía la flota trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales» (*Reyes I*; 10, 21-22). Cabe formular una posible objeción a este texto bíblico: ¿Era Tartessos la Tarsis que menciona? ¿No será la nave de Tarsis un tipo de embarcación más que un destino? Si fuera así, las naves del rey no tenían que ir necesariamente a Tartessos, en el sur de Iberia. Es más, según todos los indicios, el puerto del que partían estaba en el golfo de Eliat, no en el Mediterráneo, y su destino, por los productos que enumera, parece más África que la península Ibérica.

El profeta Ezequiel vuelve a mencionar una Tarsis hacia el año -586. Esta vez sí parece que se trata de Tartessos, pero un texto tan tardío no añade nada a las fuentes griegas más antiguas.

El nombre de Tartessos resonaba en los oídos de los mediterráneos orientales como la tierra de la abundancia, el país de la plata y del oro.

Estas y otras noticias de Tartessos han encendido la imaginación de arqueólogos e historiadores.

¿Qué era Tartessos? Probablemente un reino de imprecisos límites, sucesor de las culturas megalítica y argárica que florecieron unos siglos antes en estas comarcas metalíferas. La existencia de Tartessos comienza hace tres mil años y se prolonga durante unos cuatro siglos. Después, tras milenios de silencio en los que Tartessos es solamente un nombre perdido en los textos clásicos, el sueño del mítico reino resucita en el siglo XIX cuando, en el breve plazo de unos pocos años, se suceden en Oriente Medio sensacionales descubrimientos arqueológicos. Los grandes imperios de la antigüedad salen a la luz con toda su riqueza y esplendor. El alemán Schliemann, millonario,

aventurero y estudioso al que los arqueólogos profesionales tildan de loco y charlatán, descubre la legendaria Troya de los poemas homéricos que los eruditos creían totalmente imaginaria, y Micenas, el punto de partida de los griegos que destruyeron Troya. Las noticias de estas ciudades sepultadas en el olvido, en las que su descubridor encuentra armas y joyas fabulosas excitan la imaginación de Occidente. Unos años más tarde, Evans repite la hazaña al descubrir y excavar los palacios de Creta, Cnossos y las residencias de la talasocracia cretense cuya potente flota guerrera y comercial había dominado las aguas del Mediterráneo oriental durante muchos años. Al poco tiempo Carter encuentra la tumba del faraón Tutankamon intacta, con sus fabulosos tesoros; las tumbas faraónicas del valle del Nilo; Babilonia, Nínive, Persépolis, los palacios, los zigurats, los archivos de los antiguos imperios de Mesopotamia...

Por doquier, la arqueología desentierra los tesoros de las viejas civilizaciones.

¿Y Tartessos? ¿Dónde demonios está Tartessos, la fabulosa capital del rey Argantonio, el emporio occidental del oro y la plata?

Muchas de las ideas que tenemos sobre Tartessos proceden de Adolf Schulten (1870-1960), un profesor de universidad alemán que, convencido de que el destino le reservaba la gloria de descubrir una ciudad como Troya o un conjunto palaciego como Cnossos, se propuso encontrar la capital de los tartesios y los palacios de Argantonio, su mítico rey, que suponía sepultados en algún lugar cercano a la desembocadura del Guadalquivir, en espera de que un arqueólogo inteligente, sagaz y preparado, él, los descubriera y se cubriera de gloria al unir para siempre su nombre al de la mítica ciudad.

Entre 1923 y 1925 Schulten excavó y excavó, sin resultado, en diversos parajes del coto de Doñana. Al final tuvo que desistir: Tartessos había desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra. Ni rastro de la ciudad ni de sus gentes.

## **¿Dónde está Tartessos?**

Schulten situaba la capital de Tartessos en algún lugar del Coto de Doñana, ese privilegiado parque natural que se extiende por la desembocadura del Guadalquivir, entre Huelva y Cádiz. Actualmente otros arqueólogos señalan la ría de Huelva como el más probable emplazamiento de la fabulosa ciudad. En torno a esta ría se agrupan muchos yacimientos tartésicos, entre ellos el barco naufragado con un cargamento de armas de

bronce que apareció en el fondo de esa ría. Por otra parte, en esta región se encuentran las principales minas de la época.

Pero hay otras candidaturas.

Los textos más antiguos hablan de un río que desemboca «casi enfrente de la ilustre Erytheia» (es decir, de Cádiz). Un río cercano a Cádiz solo puede ser el Guadalete o el Guadalquivir, pero no faltan autores que sugieren el onubense Tinto.

La ciudad de Tartessos no aparece porque probablemente nunca existió. Schulten buscaba una ciudad mencionada en textos tardíos (Avieno a finales del siglo -IV) de cuando los tartesios no eran más que un borroso recuerdo, una ciudad vagamente situada en la desembocadura del Guadalquivir o en la misma Cádiz o a dos días de Cádiz por barco (¿Huelva, Sevilla, Carteia, en la bahía de Algeciras, Algeciras, Tortosa, Jerez, la costa murciana, Túnez o algunos lugares de la costa atlántica marroquí?).

No falta quien cree que Tartessos estaba más al norte, pegado a Sierra Morena en el mismo Giribaile, la Orisia ibérica cuyas ruinas sepultas el viajero recorre melancólicamente desde el comienzo de este libro.

¿Giribaile?

Sí. Ya en la interesante novela del polaco Potocky *Manuscrito Encontrado en Zaragoza*, en sus jornadas primera y sexagesimosegunda se mencionan tres valles habitados por los descendientes de un antiguo pueblo de España, los túrdulos o turdetanos, que se llamaban a sí mismos Tarsis «y pretendían haber poblado en tiempos pasados la región de Cádiz» o sea los tartesios. La hipótesis, puede ser descabellada y contener anacronismos (muchos e insalvables, me temo), pero no es la única que apunta a esa región. Otro autor moderno cree que la mítica Tartessos yace bajo las ruinas ibéricas de Giribaile y que Schulten y el resto de los arqueólogos yerran al situar Tartessos en el bajo Guadalquivir, en unas marismas infestadas de mosquitos. Según esta hipótesis, que los arqueólogos profesionales rechazan por descabellada, el Tartessos descrito en los textos clásicos no es la costa de Huelva sino el curso del Guadalquivir y cuando se dice que la montaña de la plata está junto al lago Ligustino no aluden a las marismas del Bajo Guadalquivir sino a un lago que existió entre Linares y Giribaile hasta que un terremoto dislocó la tierra y lo vació en el mar. Siguiendo con la fabulosa hipótesis, el nombre de Giribaile significaría «el lugar de Gerión», aludiendo al mítico rey que, según Estesicoro, había nacido junto a las fuentes del río Tartessos «de raíces

argenteas», o sea en la región de la plata minera de Cástulo o Cazlona, que rodea Giribaile<sup>[3]</sup>. Los tres cuerpos que según la mitología tenía el gigante Gerion, serían los tres ríos que desembocan en torno a Giribaile. Y no acaba ahí la coincidencia: «el hueco de una peña» en el que había nacido Gerión podría aludir a la gran peña perforada de Giribaile junto a la que hay vestigios de un templo antiguo.

Hace unos tres mil años, después de una serie de terremotos y lluvias que afectaron la navegabilidad de los ríos, Tartessos-Giribaile cedería su importancia a una nueva ciudad surgida unos kilómetros más al sur, Cástulo, ya abierta a influencias orientales. El tiempo borraría el recuerdo de la antigua.

Todo esto son especulaciones, claro. Lo que pasa es que el hombre también vive de la sustancia de sus sueños. Lo único indudable es que Tartessos fue un reino nacido de la aceptación, por una serie de pueblos más o menos emparentados por genes o vecindad, de la autoridad central necesaria para coordinar la explotación y comercio de la riqueza mineral y también agrícola de una amplia zona comprendida entre las cuencas fluviales del Guadiana y el Segura, es decir, Andalucía y Levante desde Huelva a Cartagena.

A pesar de su fracaso esencial, Schulten consagró su vida al estudio de los antiguos habitantes de la península Ibérica. Este hombre irascible, algo petulante y bastante codicioso, sentía por los antiguos españoles una mezcla de atracción y repulsión. Desde su mentalidad prusiana admiraba el valor y la frugalidad que los hizo famosos, pero, por otra parte, despreciaba su indisciplina, su rapacidad y su inconstancia, defectos que —¡ay!— veía prolongados en los españoles contemporáneos<sup>[4]</sup>.

Schulten, formado en las ideas románticas y racistas de la universidad alemana, menospreciaba la cultura semita y acariciaba la épica idea de un enfrentamiento entre los griegos, arios, padres de la cultura europea, y los semitas inferiores, comerciantes y ladinos. Veía a Tartessos como un gran centro cultural occidental devastado por los bárbaros cartagineses.

Las ideas de Schulten influyeron bastante en los arqueólogos españoles de hace un siglo, tradicionalmente apesebrados en la universidad alemana. Los actuales, más independientes, no creen que los cartagineses destruyeran Tartessos. Piensan que su desaparición se debió a la pérdida de los mercados tras la caída de Tiro.

Tartessos, seguramente, nunca pasó de ser una asociación de régulos o caudillos locales que quizá formaban dinastías, más o menos sacralizadas al estilo de las orientales. Estos monarcas representarían a la colectividad tartésica ante los fenicios. Cuando se acabó el negocio, los reyes perdieron fuelle y autoridad, ya se sabe que donde no hay harina todo es mohina. La decadencia de estas monarquías pudo alentar el surgimiento de caudillos entre la aristocracia guerrera, una especie de taifas, que pactaron directamente con los púnicos mirando los intereses personales de cada cual.

Pudo ocurrir así o pudo ocurrir de otro modo. El caso es que el antiguo y mítico Tartessos se transformó en la Turdetania de los iberos, una región más rica, próspera y culta que sus vecinas —porque el que tuvo retuvo— regida por un enjambre de caudillos o régulos locales.

En cualquier caso, estos iberos estuvieron siempre mediatizados por las grandes potencias colonizadoras que explotaban los metales y los otros productos peninsulares.

Hace dos mil quinientos años, el Mediterráneo era un mar interior surcado por navíos de muchas procedencias. Los griegos habían tenido su última oportunidad histórica de regir el mundo en tiempos de Alejandro Magno, pero, a la muerte del gran conquistador, el año -323, su imperio se fragmentó y Grecia dejó de contar como poder político. Surgían nuevas superpotencias: Roma, en la ribera europea del Mediterráneo y Cartago en la africana. Pronto, Grecia se redujo a provincia del imperio romano, aunque la cultura griega continuó ejerciendo su benéfica influencia sobre los nuevos amos del cotarro.

La estrecha vinculación de los tartesios con Oriente induce a sospechar que pudieron ser emigrantes venidos de aquellas tierras. Por una parte, el sufijo «ssos» procede de Asia Menor, por otra, muchos nombres geográficos de la costa andaluza parecen derivar de otros orientales. Quizá algunos griegos micénicos huidos de la invasión de los llamados «pueblos del mar», hacia -1200 se establecieron en las zonas mineras de Huelva, o en Sevilla, y fueron la semilla de la que nació Tartessos. La amistad de Argantonio con los griegos podría explicarse por la existencia de algún parentesco racial entre tartesios y griegos, aunque también pudiera ser que los tartesios simpatizaran con los griegos simplemente porque querían evitar que los fenicios monopolizaran su economía, vaya usted a saber.

Schulten creyó que los tartesios eran producto de una conjunción de cretenses y etruscos (los tirsenos, que habrían fundado la ciudad de Tartessos

hacia el año -1200). Un siglo más tarde llegarían los fenicios olfateando fáciles ganancias y fundarían Cádiz para comerciar con Tartessos.

Otros historiadores creen que no hubo tal emigración, que Tartessos es el resultado de la influencia de los colonizadores sobre la población aborigen. Los extranjeros pudieron ser aquellos «pueblos del mar», especialmente los mastienos, que guerreaban hacia el año -1200 por Egipto y Palestina y cuya pista se pierde bruscamente. Es posible que algunos grupos se establecieran al sur de Iberia. Finalmente otros autores prefieren pensar que Tartessos es una creación enteramente indígena que deriva de las culturas megalítica y argárica que la preceden. En la región tartésica se habían producido anteriormente importantes focos agrícolas y mineros (Cultura de los Millares y Cultura del Algar) que también se atribuyen, en parte, a la influencia de colonizadores orientales. Sobre este sustrato indígena pudieron incidir diversos colonizadores orientales (fenicios, griegos micénicos, mastienos, tirsenos...). De la amalgama de todos esos elementos autóctonos y foráneos nacería, en el primer milenio, la cultura tartesia.

### **Miseras chozas, ajuares fabulosos**

Resulta extraño que Tartessos no haya dejado rastros arquitectónicos importantes. Al margen de la hipotética capital, hubo un reino extenso y rico. Una entidad política de tal magnitud debiera haber dejado monumentos que atestiguaran su prosperidad y grandeza. Pero no. Los únicos constructores conocidos en esa región antes de los romanos son anteriores a Tartessos (sepulcros megalíticos de Antequera, Málaga), o son posteriores (cámara sepulcral de Toya, Jaén). De la época tartésica propiamente dicha, que podemos situar entre principios del milenio y el siglo -v, no hay rastro. Esta pobreza monumental contrasta con los otros vestigios materiales que reflejan la riqueza y el refinamiento alcanzados.

Podríamos equiparar a la aristocracia de Tartessos con los nuevos ricos de los países del petróleo. Imaginemos la vida de esos jeques: ganan tanto dinero sin mover un dedo que no saben en qué gastarlo. En una generación, han pasado de la vida mísera y frugal de la jaima a los palacios de mármol; se han apeado del pestilente camello para repantigarse en fabulosos automóviles; de la cabra remediadora en la soledad del desierto a las concubinas de opulentas caderas, pechos valentones y largas piernas en sus cruceros de placer a bordo de magníficos yates. Estos patanes encumbrados por el azar de la historia constituyen quizá la réplica lejana de los aristócratas tartesios que

posiblemente habitaban en viviendas modestas, poco más que chozas (por eso no encontramos palacios), pero perdían la cabeza por los adornos lujosos y atesoraban kilos de preciosas joyas de recargado diseño, (petos, collares, brazaletes, pendientes...) y se hacían importar lujosas vajillas orientales (jarros cincelados, páteras, objetos exóticos, adornos de marfil) desde los reputados talleres chipriotas.

Estamos pensando en el tesoro tartésico más famoso, el de El Carambolo, un conjunto de tres kilos de joyas de oro hallado a las afueras de Sevilla: magníficos brazaletes, cinturones, pectorales y joyas de preciosa y barroca orfebrería. Otro tesoro similar, el del cortijo de Eborá (Cádiz) se compone de noventa y tres piezas de oro y algunas de cornalina. El recurrente hallazgo de objetos de bronce suntuosos (braserillos, páteras y jarros) testimonia el refinamiento y la afición al lujo de una aristocracia enriquecida por la minería, que importa de oriente joyas y vajillas lujosas (cerámica barnizada de rojo), testimonios de su prosperidad y opulencia.

Hubo también talleres indígenas que fabricaron aceptables imitaciones de joyas inspiradas en modelos chipriotas, hititas y asirios.

## **El crepúsculo de los dioses**

Después de brillar durante siglos, de pronto, en el siglo -v, en el espacio de muy pocos años, Tartessos desaparece del mapa bruscamente. ¿Qué sucedió?

Hace noventa años Oswald Spengler formuló su teoría de la catástrofe como elemento desencadenante de la decadencia de los imperios. El caso de Troya, arrasada por los griegos, o de la talasocracia cretense, supuestamente destruida por un maremoto, parecían suficiente probanza. ¿Por qué no pensar que el repentino ocaso de Tartessos se debió a su destrucción por los fenicios o por los cartagineses cuando descubrieron que trataba de escapar de su abusivo monopolio para entenderse con los griegos?. Es lo que sugiere Schulten en su obra *Tartessos* (1921): «Tartessos, la primera ciudad comercial y el más antiguo centro cultural de Occidente, después de haber sido destruida por la envidia de los cartagineses, quedó envuelta en las sombras de una tradición adversa y cayó en el más completo olvido».

¿Qué había ocurrido? Los fenicios se habían introducido en la vida económica de Tartessos hasta el punto de que controlaban su comercio y su industria. Habían arrinconando al elemento indígena y lo habían relegado al estatus de obreros y campesinos. Quizá el rey Argantonio decidió pactar con

los griegos para escapar del monopolio fenicio, especialmente desde que la conquista de Tiro por los babilonios había debilitado la posición fenicia. Schulten creyó que los destructores de Tartessos fueron los cartagineses que habían heredado la cartera de pedidos de Tiro y querían continuar con el negocio. Los cartagineses aplicaban técnicas comerciales agresivas. No se contentaban con ejercer un colonialismo económico indirecto sino que aspiraban al dominio territorial y el que no se sometía a sus designios era aniquilado. Tartessos se resistió y los cartagineses la destruyeron. ¿Se dejó Schulten, el alemán, ya se sabe de qué pie cojean, seducir por el mismo vistoso y wagneriano crepúsculo de los dioses que explicaba el final de Troya y de Creta?

Otros autores no creen que Cartago destruyera Tartessos y se inclinan más bien por una decadencia gradual, nada traumática.

El hueco dejado en el comercio internacional por la caída de Tiro lo ocuparon los avispados griegos foceos que llevaban siglos compitiendo por los metales españoles. El Fértil Creciente no podía quedar privado de sus suministros de estaño. Algún foceo se preguntó: ¿de dónde viene casi todo el estaño? De Bretaña y las Islas Británicas. El griego se hizo cargo de la cartera de clientes de los fenicio-tartesios y derivó el estaño por la ruta del Ródano y el Saona hacia Marsella, su gran emporio comercial.

Cuando Cartago reaccionó y tomó el relevo de los fenicios, se encontró con que los griegos se habían alzado con la parte más sustanciosa del negocio. Griegos y cartagineses llegaron a las manos en la sonada batalla naval de Alalia (-535), después de la cual establecieron sus respectivas zonas de influencia: los griegos comerciarían con el norte de la península y los cartagineses con Levante y el sur. El arreglo duró hasta que los romanos expulsaron a los cartagineses.

La ciudad de Tartessos, si la hubo, y su reino se esfumaron por completo un tanto abrupta y misteriosamente aunque de sus cenizas, aún calientes, pudo Platón crear el mito de la Atlántida.

Después de la época tartésica aquella tierra estuvo poblada por diversos pueblos iberos, entre ellos los turdetanos, asentados en el valle del Guadalquivir. Por lo que Estrabón dice de ellos merecen el título de herederos de la cultura tartésica: «Tienen fama de ser los más cultos de los iberos, poseen una gramática y tienen escritos de antigua memoria, poemas y leyes en verso que ellos dicen de seis mil años. Los demás iberos tienen también su

gramática, pero menos uniforme». Esta «gramática» debe interpretarse como sistema de escritura. Pero el tema de la escritura ibérica será tratado más extensamente cuando le llegue el turno. Aquí solo cabe añadir que quizá del hallazgo de inscripciones reveladoras o incluso de verdaderos archivos —que todo ello puede depararnos el futuro, como ya deparó el pasado a muchas civilizaciones de Oriente— dependa el definitivo y satisfactorio esclarecimiento de ese enigma que se llama Tartessos.

## CAPÍTULO 5

### *LOS DETECTIVES DEL PASADO*

El viajero merodea por la meseta de Giribaile, entre tejoletes de diversas texturas y colores y alguna piedra suelta que perteneció a un muro. Intenta imaginar cómo fue la ciudad que tiene bajo sus pies, la Orisia que destruyeron los romanos. El viajero, que en sus tiempos mozos se interesó por la arqueología, se pone a pensar en los avatares que rigen esta joven ciencia. El arqueólogo tiene mucho de detective: examina indicios aparentemente fútiles y, a partir de ellos, deduce cómo vivieron, cómo sentían y hasta cómo pensaban las personas que vivieron hace miles de años. Últimamente, la arqueología se sustenta en técnicas novedosas. Con un trocito de hueso o de madera se puede averiguar la edad del semoviente o del árbol al que pertenece el vestigio. Eso ayuda mucho, qué duda cabe, pero después, el arqueólogo tiene que imaginar las circunstancias con más o menos acierto. Por lo general un arqueólogo prestigioso examina los indicios y las hipótesis que le exponen sus colegas y dice la última palabra sobre el asunto, pero pasados quince o veinte años, que es el espacio medio de una generación en esta joven ciencia, vienen otros arqueólogos con métodos más perfeccionados que le enmiendan la plana y dicen a su vez la última palabra... hasta la generación siguiente. Es la jodida ley de vida, piensa el viajero: al maestro, cuchillada. En este caso, quizá algunos asesinatos estén justificados, porque ciertos arqueólogos se comportan como aquel congreso de ciegos que palpó el elefante. Uno asió la cola y dijo que el elefante era alargado y cilíndrico como la serpiente; los que palparon las patas coincidieron en que tenía forma de columna; los que reconocieron las orejas aseguraron que, más bien, era parecido a la raya marina, solo que con cerdas, y el que tocó la cabeza lo encontró más parecido a una tortuga descomunal.

Los historiadores que se han propuesto describir a los iberos se encuentran tan limitados como los ciegos del cuento. Hace dos mil quinientos años hubo un pueblo o un conjunto de pueblos de los que solo tenemos noticias indirectas. Los iberos no dejaron relatos de su propia historia, no dejaron un legado escrito como otros pueblos de la antigüedad (egipcios, mesopotámicos, hebreos, griegos, romanos) que transmitieron su historia, su poesía, su pensamiento y, en fin, su cultura. De los iberos no conocemos la lista de sus reyes, ni los nombres de sus héroes o de sus poetas, ni sus costumbres, ni su

pensamiento, ni los mínimos detalles de su vida cotidiana. Lo que sabemos de los iberos procede de algunas descripciones de viajeros griegos o latinos ajenos a su cultura, que no siempre interpretaron correctamente lo que veían.

También sabemos, y eso parece más fiable, lo que se puede deducir de las excavaciones.

Tras un largo olvido, los estudios sobre los iberos comenzaron con el nacimiento de la arqueología moderna, en la segunda mitad del siglo XIX. A la pasión romántica que despertaban los grandes descubrimientos arqueológicos de Egipto y Mesopotamia, se sumaban los movimientos nacionalistas empeñados en recuperar las raíces de antiguas culturas europeas. Los franceses glorificaban su pasado cuando los celtas de las Galias, Asterix y sus secuaces, combatían a los romanos; los alemanes, a falta de otros elementos de más sustancia, buceaban en su folklore y en su rica mitología con Nibelungos y otros héroes guerreros abocados a la fatalidad del fracaso; los escoceses, en pugna con los ingleses, afirmaban su espíritu nacional con la invención de clanes medievales y poemas apócrifos de Ossian, el bardo nacional gaélico que nunca existió.

¿Y España?

España no iba a ser menos. De pronto, al roturar un cerro boscoso en Montealegre del Castillo, provincia de Albacete, buena tierra de perdices, los labradores que aran comienzan a toparse con imágenes de piedra que representan a señoras vestidas con extrañas sayas, adornadas con collares y zarcillos, que portan entre las manos unos enigmáticos vasos. Las tomaron por santas, como las de la iglesia del pueblo, y desde entonces aquel campo se llama el Cerro de los Santos.

Don Antonio Cánovas, el muñidor de la restauración borbónica y autor de la famosa definición de español («Es español el que no puede ser otra cosa») advierte el valor político de las esculturas del Cerro de los Santos como exponentes de la antigua cultura ibérica y adquiere varias para el museo nacional. España, venida a menos como una dama pobre y orgullosa, perdidas las colonias americanas, perdido el pulso europeo, perdida su razón de ser y hasta perdida la vergüenza en el bochornoso tejemaneje de los dos partidos alternantes, precisa recomponer su autoestima con referencias a un ilustre pasado que los hallazgos arqueológicos del Cerro de los Santos refrendan. Se asume que España comienza como unidad política con los iberos, un pueblo de cultura homogénea, con un idioma, una religión y unas costumbres

comunes.

Ahí están los autores antiguos que se refieren a la península como Iberia<sup>[5]</sup>. Los romanos la llamarán Hispania o Spania, procedente del nombre fenicio de la península. Los fenicios la denominaron *i-shepham-im*, es decir, «el país de los conejos» de la palabra *shapán*, conejo.

No el león, no el águila: durante mucho tiempo el humilde evocador y eufemístico conejo fue el animal simbólico de España, su tótem peludo, escarbador e inquieto. El conejo se acuñaba en las monedas y aparecía en las alusiones más o menos poéticas, la caniculosa Celtiberia, como la llama Catulo (*Carm*, 37, 18), es decir, la conejera, España la de los buenos conejos.

### **¿Africanos o europeos?**

¿De dónde procedían aquellos iberos que esculpieron las imágenes del Cerro de los Santos y la Dama de Elche? El historiador Pierre Paris, basándose en similitudes de la cerámica pintada, supuso, a principios del siglo xx, que los iberos procedían del norte de África. Los iberos y otros pueblos europeos (etruscos y minoicos primitivos) habrían emigrado desde el Sahara antes del Neolítico, tras los grandes cambios climáticos que lo convirtieron en un desierto, y en su camino en busca de nuevas y mejores tierras habrían colonizado Europa hasta el Cáucaso. Atrás quedarían unos pocos individuos que se adaptaron a la vida del desierto y de ellos descenderían los actuales bereberes. Esta hipótesis, hoy generalmente rechazada, explicaría el supuesto parentesco genético de los vascos con los argelinos y las supuestas semejanzas entre el idioma vasco y el ibero.

El visitante ha llegado a la parte más elevada de la meseta de Giribaile y allí encuentra un sillar toscamente cuadrado que parece a propósito para sentarse. Hurga en el zurrón, saca una botella de agua, que llenó la víspera en el manantial de Despeñaperros, junto al sospechoso letrado «Agua no potable», y se echa un trago. Agradece sentir, tras el esfuerzo del camino, el líquido frío en las fauces reseca, en la garganta y en el estómago.

Piensa el viajero en las circunstancias que acompañaron el nacimiento de los estudios ibéricos. La situación política en Oriente, donde los nativos comenzaban a rebelarse contra los europeos, dificultaba las excavaciones. Como a falta de pan, buenas son tortas, algunos arqueólogos volvieron su mirada a la exótica y primitiva España que suministraba un válido sucedáneo de Oriente, y se interesaron por su humilde cultura ibérica.

Empezó a saberse más de los iberos. En el segundo cuarto del siglo XX reputados arqueólogos (Bosch Gimpera, J. Cabré) los situaban entre los siglos -V y -III al tiempo que les asignaban un carácter menos africano y más autóctono.

Medita el viajero sobre el destino de la arqueología española, humilde alumna de la alemana. En los años del nazismo alemán (década de los treinta y comienzos de los cuarenta), la universidad alemana, siempre tan obediente, pone su ciencia al servicio de los prejuicios raciales de la inculca camarilla hitleriana. A cada raza le correspondía una cultura y la arqueología alemana, más avanzada, dictaminaba la superioridad racial de los europeos occidentales. Los arqueólogos españoles, siempre a remolque de los germanos, sobrevaloraron lo céltico y menospreciaron lo ibérico.

Después de la derrota de Alemania en la II Guerra Mundial, la pasión por los celtas decayó rápidamente y cedió el terreno a una nueva valoración de lo ibero como elemento autóctono, aunque enriquecido con los aportes mediterráneos de colonizadores fenicios, griegos y cartagineses.

La política seguía mandando sobre la arqueología. El régimen de Franco ensalzaba una España nacionalista, triunfal y ferozmente independiente, una, grande y libre. España marchaba por la senda del imperio hacia Dios, se proclamaba la existencia de un país unido antes de la llegada de Roma. ¿Dónde buscarlo? No faltaron prehistoriadores al servicio de la ideología dominante que lo suministraron. Ahí tenemos a los iberos, nuevamente exaltados y valorados en detrimento de los celtas: los iberos, los verdaderos españoles, una nación orgullosa aunque algo atrasada, que se enfrenta contra el invasor, si es necesario hasta el suicidio. El lector de cierta edad recordará la matraca que le dieron en la escuela con las gestas de Sagunto y Numancia, con los suicidios en masa antes de rendirse o de someterse a la ignominia de la esclavitud ¡El alcázar no se rinde!

Luego, transcurridas unas décadas, cuando el marxismo se puso de moda en la universidad, dio la vuelta la tortilla y los jóvenes y por lo general barbudos alevines de historiador, casi todos marxistas más o menos confesos, vieron el pasado bajo el prisma de lo económico, de la plusvalía y de la lucha de clases, un enfoque que todavía colea.

Hoy esos excesos se han corregido (aunque volvemos a caer en los del nacionalismo excluyente de las autonomías, cada cual reivindicando a sus iberos) y los jóvenes arqueólogos de las recientes hornadas son menos

pastueños de lo que lo fueron sus maestros, salvo excepciones.

Al pensar en los arqueólogos, entre los que el visitante tiene buenos amigos, recuerda también a algunos espontáneos que meten baza con teorías más osadas, aunque la universidad, ferozmente corporativista, los ignora. La figura más señera de esta ciencia paralela es la del controvertido profesor mercantil vallisoletano Jorge Alonso, que proclama haber descifrado la escritura ibérica y con ella muchas claves de su cultura.

Sentado en su piedra, con el culo frío, respirando el aire puro de la mañana en el silencio de la meseta de Giribaile, el viajero piensa en los avances de la ciencia. Los investigadores son más y disponen de mejores herramientas de trabajo y de métodos superiores a los de sus maestros. El conocimiento avanza tanto que hasta podría dar la impresión de que lo sabemos todo o de que lo que sabemos hoy es inamovible. Quizá no venga mal un poco de modestia. Del mismo modo que los arqueólogos actuales consideran muy precaria la arqueología de las dos generaciones que los precedieron, la de los años cuarenta y la de los setenta por poner fechas, quizá dentro de un cuarto de siglo el avance haya cuestionado muchos asertos que hoy parecen seguros. Tiento y no echar campanas al vuelo, que mucho de lo que parece definitivo bien pudiera ser provisional. Con los iberos hay que andarse con pies de plomo. Quizá corremos el peligro de considerarlos políticamente más avanzados de lo que en realidad estaban, de pensar que constituían naciones o estados con una capital y un territorio. Como que la Oretania tendría su capital en Oretum; la Bastetania, en Basti; la Edetania, en Edeta.

Lo que parece fuera de dudas es que en la costa había muchos enclaves mixtos de población fenicia mezclada con la indígena en los que la superior cultura fenicia sería determinante en el modo de vida, lo que afectaría al idioma, a la economía, a las costumbres, a la religión y a todo lo demás. Al mismo tiempo estos poblados o ciudades irradiarían su influencia sobre las tribus y poblaciones del interior con las que mantenían activo comercio. Quizá los iberos son el resultado de la influencia del mundo fenicio y oriental en general sobre las poblaciones indígenas del Bronce Final. Vaya usted a saber.

## CAPÍTULO 6

### *REBATO DE PUEBLOS*

El visitante de las ruinas de Orisia contempla en el extremo del cerro de Giribaile un castillo almohade que vigiló la vecina plaza fuerte de Vilches, avanzada de Castilla tras la batalla de las Navas de Tolosa (1212). Pensando en lo prolijas que suelen ser las lindes históricas, le viene a la memoria la útil división de pueblos antiguos peninsulares que estudió en la enciclopedia de la escuela: iberos al sur, celtas al norte y celtiberos en el centro, tres nombres fáciles de aprender que, más en detalle, abarcan un abigarrado conjunto de subgrupos, tribus y pueblos.

Hace dos mil quinientos años, la península estaba habitada por un mosaico de tribus sin fronteras precisas. Los colonizadores griegos, más pendientes del negocio que de los estudios étnicos, metieron en un mismo saco etiquetado bajo el rótulo «Iberos» a los pobladores de una amplia franja de territorio que va del río Ródano (al sur de Francia) hasta el sur de Portugal. Estos iberos mantuvieron cohesión cultural entre los siglos -VI y el -II, pero a partir de la conquista romana perdieron su identidad, costumbres, idioma y escritura, para romanizarse y constituir (junto con los otros pueblos de la península que siguieron idéntico destino) el sustrato hispanorromano del que, en última instancia, procedemos los actuales españoles.

Dentro del conjunto ibérico, los colonizadores distinguían al menos una docena de pueblos con características propias, a saber:

- **los turdetanos**: al Sur, desde el Algarve portugués. Eran los herederos culturales de los tartesios y los más cultos como consecuencia del prolongado comercio con fenicios y griegos.
- **los túrdulos**, en la Baja Andalucía.
- **los oretanos**, establecidos en las actuales provincias de Jaén, Ciudad Real, Albacete y Cuenca, con importantes ciudades en Cástulo (junto a Linares) y Oretum (Granátula de Calatrava, Ciudad Real).
- **los bastetanos**, con capital en Basti, en el cerro Cepero, cerca de Baza, se extendían por la provincia de Granada, y parte de las de Almería y Murcia.
- **los bastulofenicios**, una población mestiza resultado de la

- prolongada convivencia de los indígenas con las colonias fenicias y cartaginesas, en la costa entre Cádiz y Almería.
- **los contestanos**, linderos con los bastetanos, entre Valencia, Alicante, Cartagena y Albacete, con ciudades como Ilici (Elche).
  - **los edetanos**, en las provincias de Valencia, Castellón y Teruel, con una prolongación que llegaba al Ebro, y ciudades importantes en Sagunto y en Edeta (San Miguel de Liria).
  - **los ilerjavones**, en Murcia y Levante hasta Tarragona.
  - **los cersitanos** con capital en Kesse (Tarragona)
  - **los laietanos** con la ciudad de Barcino, junto a Barcelona.
  - **los indigetes**, en la costa de Gerona, vecindados de los colonos griegos de Emporion, con su ciudad en Puig de Sant Abreu, cerca de Ullastret.
  - **los ilergetes** por Lérida (Ilerda) y Huesca (Osca) hasta los Pirineos.
  - **los ausetanos**, en los mismos Pirineos.

Estos eran los pueblos que propiamente podríamos denominar ibéricos, todos agrupados a lo largo de la costa mediterránea con mayor o menor profundidad. Luego estaban los pueblos de la meseta y el interior (la Celtiberia) gentes de origen indoeuropeo o céltico: belos, titos, lusones, arévacos y pelendones. Los propiamente denominados celtas señoreaban un territorio comprendido entre el Guadiana y el Guadalquivir; los lusitanos se asentaban entre Portugal y Extremadura; los cinetes o conios, al sur de Portugal; los vettones y vacceos al norte y, más al norte todavía, a lo largo de la cornisa cantábrica, estaban galaicos, astures, cántabros y vascones. De todos estos pueblos, los más primitivos eran los pastores celtíberos de la meseta y los celtas castreños del norte, aunque quizá no fueran tan salvajes como los pintaron los griegos y los romanos.

## **La cultura ibérica**

Los iberos constituyen así un conjunto de pueblos que florecieron en la costa y en las comarcas mineras del interior colonizadas por el comercio oriental. Los rasgos e instituciones comunes que compartían, dentro de su diversidad, eran producto de una misma herencia recibida de sus ancestros, (los iberos del sur, de Tartessos; los del norte, de otros pueblos del Bronce); a

la que hay que añadir la influencia de los socios (griegos, fenicios o cartagineses) y la de los vecinos celtiberos o celtas.

Pero de los iberos ignoramos mucho más de lo que sabemos. Solo tenemos el conocimiento indirecto de lo que deducimos de las excavaciones y lo que algunos autores antiguos escribieron sobre ellos. En los dos casos se suscitan dudas: el arqueólogo puede malinterpretar lo que encuentra, y el viajero antiguo, griego o romano, puede malinterpretar lo que ve o puede albergar prejuicios contra una cultura extraña que no entiende. Esta tendencia a malinterpretar no es cosa de ayer. Ahí están los descaminados juicios y observaciones que emiten los viajeros extranjeros en la España del siglo XIX. El caso de los autores grecolatinos pudiera ser similar. Quizá no debiéramos aceptar a pies juntillas lo que nos cuentan de los iberos, simplemente porque sean sus contemporáneos.

## **El territorio de la tribu**

¿Cómo se gobiernan los iberos? Todos nacemos desnudos e iguales, como sagazmente señala la filosofía, pero es una constante histórica que cuando una sociedad, por primitiva que sea, se desarrolla, sus individuos más fuertes o más inteligentes someten a los más débiles, se erigen en gobernantes y se apoderan del granero comunal (o dicho en términos económicos, de sus excedentes de riqueza), lo que les sirve para adquirir los bienes de prestigio propios de su estatus privilegiado (vestidos, armas, objetos de metal, cerámica de importación, yates, coches deportivos, etc).

Como en muchas culturas mediterráneas, la sociedad ibera basa su funcionamiento en la clientela. La clientela es una institución simple y efectiva propia de sociedades en las que el derecho y la ley no se han desarrollado todavía para garantizar la protección del débil frente a los desmanes del poderoso. En el sistema clientelar, el poderoso protege al débil de los abusos de los otros poderosos y este, a cambio, lo sirve y lo obedece.

En estas sociedades antiguas de la Edad del Hierro que nos traemos entre manos existe un abismo social entre la minoría dominante de aristócratas-guerreros, señores de la guerra, que acaparan la mayor parte de los bienes del consumo y producción, y una mayoría de población agrícola o artesana a la que no le queda más remedio que someterse a ellos y buscar protección vinculándose al poderoso con lazos clientelares.

Un vistazo al sistema clientelar de otros pueblos mediterráneos más conocidos, nos puede dar una idea de su funcionamiento. En Roma el padre o

*paterfamilias* es, literalmente, propietario de las vidas y haciendas de sus hijos, nietos y esclavos, una patria potestad que solo se extingue con la muerte. El poder de una familia importante se manifiesta en su numerosa clientela. Algunos clientes son hombres libres pertenecientes a familias vinculadas a la estirpe del régulo o caudillo desde tiempo inmemorial; otros son libertos descendientes de esclavos que pertenecieron a la familia. El *paterfamilias* recibe, de vez en cuando, el acatamiento formal del cliente. A cambio de su inquebrantable fidelidad y entrega, el *paterfamilias* ejerce sobre él un patronazgo efectivo: lo protege legalmente contra los abusos de los otros poderosos (los otros régulos del poblado) y le echa una mano económicamente cuando es necesario. Incluso se da el caso de que algunos clientes, en su desamparada vejez, vivan del pequeño subsidio (*sportula*) que el *paterfamilias* les otorga para que no perezcan de hambre. En realidad se trata de un procedimiento de redistribución, en el que el poderoso hace la colecta, se reserva la parte del león y distribuye entre sus criaturas las migajas.

A cambio de su protección, el cliente obedece ciegamente al *paterfamilias*, venera sus mismos dioses privados e incluso ejerce el oficio que el señor le indica.

## CAPÍTULO 7

### *LA MONARQUÍA HEROICA*

No sabemos muy bien cómo se gobiernan los poblados iberos. Lo que parece fuera de duda es que los lazos clientelares varían según las distintas tribus. En el sur tartésico existen reyes divinizados, pero más hacia Levante y al norte el poder está más repartido entre la aristocracia (que forma, por ejemplo, el senado de Sagunto).

Parece que en la época tartésica y en la primera etapa de los iberos, en el siglo -VI, existieron, al menos en el sur, monarquías sacras al estilo oriental.

Cómo se forman esas monarquías es materia de mucha especulación. Podemos pensar que a los habitantes de esa comunidad los une una historia común que los remite a un caudillo fundador del poblado, al que es posible que veneren como un dios. Ese proceso de convertir a un mortal distinguido en dios o semidiós se denomina *heroización*. En una primera fase, probablemente, los hombres distinguidos se suponían candidatos a prolongar su vida mortal en otra vida ultraterrena reservada a los grandes hombres, al contrario de los simples mortales cuya existencia acababa con la muerte. Este privilegio de los ilustres, el de prolongarse en la otra vida, quizá estaba vinculado a la idea de permanencia en la memoria de los herederos y de la perpetuación de su fuerza en el linaje que dejaban en la tierra, la fuerza de la sangre. En cualquier caso, estas creencias se manifiestan en la veneración de los muertos ilustres de la familia, en un espacio sagrado del hogar reservado a los espíritus de los difuntos. En Roma eran los lares y penates, unas veces representados por mascarillas mortuorias y otras por pequeñas imágenes que recibían culto privado en el larario o capilla.

En la monarquía sacra, una familia real descendiente de un dios (que quizá en sus inicios fue solamente héroe, o fundador deificado), rige el poblado o el conjunto de poblados y va transmitiendo el cargo y sus privilegios de padres a hijos. En realidad, bien pensado, las actuales monarquías existentes en el mundo responden al mismo principio: el de un origen divino, transmitido por la sangre, que justifica que incluso algún rey claramente imbécil viva estupendamente parasitando a la comunidad.

La antigua monarquía sagrada pudo evolucionar a partir de una previa monarquía heroica, en la que el gobernado aceptara la autoridad de un gran

hombre (con lo que volvemos a una forma evolucionada del clientelismo del *paterfamilias*, ahora extensible a toda una tribu o a todo un pueblo).

El antepasado heroico más típico en el ámbito mediterráneo es el fundador del poblado (*oikistés* en griego, o *aristos*, el mejor, el más valiente, palabra de la que deriva «aristócrata»), lo que nos remite al carácter militar del cargo. Un guerrero distinguido que una vez había comandado a las tropas de la comunidad alcanzaba tal prestigio (y riqueza) que en tiempo de paz continuaba al frente del gobierno y al morir lo sacralizaban. Sus descendientes, que supuestamente habrían heredado su valor o su virtud en la sangre, constituían una dinastía. El culto privado que las familias rendían a sus antepasados, una característica común en el ámbito mediterráneo (patente en los lares, o dioses familiares romanos), se transmitía fácilmente al ámbito público en el caso de los héroes fundadores de una dinastía. La creencia de que el espíritu del gran hombre protegía al poblado desde la otra vida, estimulada por el tratamiento religioso que sus descendientes le procuraban para afirmarse en el poder, posibilitaba el paso de una monarquía de origen heroico a una monarquía sagrada. Aquellos míticos monarcas peninsulares cuyas noticias nos transmiten los autores clásicos (Gárgoris, Habis, y Argantonio) eran reyes sagrados como los que se hicieron sepultar en estupendos mausoleos entre el sur de Portugal y Levante.

¿Cual era el papel del rey sagrado? En otras culturas mediterráneas mejor conocidas que la ibérica, el rey sagrado es la pieza central de complejos rituales de tipo agrario, quizá desarrollados en el neolítico, o quién sabe si mucho antes. En esas religiones primitivas la fertilidad de la tierra y de los animales dependen del rey sagrado, o al menos a él le compete estimularla mediante rituales para que el pueblo no padezca hambre durante el largo invierno.

En algunos casos que los antropólogos proponen, el rito fecundante del rey sagrado para garantizar las cosechas y la multiplicación de los animales consistiría en su acoplamiento con un animal totémico (quizá una yegua o una burra, pero tampoco se puede descartar una cerda), que después sería sacrificado y comido por la comunidad.

Cosas más raras se han visto y la gente se las cree cuando es menester, que en eso consiste el hecho religioso. Estamos hablando de un tiempo en que los poderes civil y religioso estaban todavía unidos bajo la misma mano. Luego se escindirían convenientemente, Altar y Trono, aunque el sacerdocio siempre ha estado aliado con el poder, como es sabido. En última instancia, y

visto desde una perspectiva puramente materialista y moderna, se trata de conformar a los no privilegiados para que acaten la desigualdad social como lógica y conveniente dentro del orden cósmico sancionado por los dioses. Los descreídos dicen que ese es el objetivo final, cínico y realista de las religiones, por evolucionadas que sean, vender humo y conformar a los explotados.

Lo que los iberos meridionales heredan de Tartessos es la tradición de una monarquía sacralizada rodeada y servida por una aristocracia poderosa que está integrada, en un principio, por los guerreros más destacados en la defensa de la comunidad y después, inevitablemente, se transforma en un grupo privilegiado que ordeña al pueblo llano y vive de su trabajo.

El camino de la monarquía heroica a la monarquía sagrada puede recorrerse también en sentido inverso, dependiendo del grado de aceptación o de autoridad que consiga un rey. Como la historia demuestra a menudo, a un rey enérgico y autoritario puede suceder un hijo tarado incapaz de mantener la autoridad que ha recibido. En este caso la monarquía involuciona hacia un grado inferior de sacralización.

Existe un primer periodo de la sociedad ibérica, desde quizá el siglo -VI, en que las comunidades están presididas por monarcas sagrados al estilo oriental. El rey se sacraliza en una forma de culto ligada a su dinastía y cimenta su prestigio mediante la posesión y exhibición de objetos caros de importación: carros (que prestigian como los coches exclusivos de hoy) armas, joyas, espejos, peines, liras, etc.

En el caso de los iberos, a estas monarquías sacras suceden, por involución, estirpes guerreras, oligarquías urbanas o gobiernos de varios patricios, cada cual con su clientela que venera al antepasado sacralizado del señor o héroe del clan.

En unos poblados dominaría un único jefe, como un rey absoluto; en otros, una coalición de jefes, príncipes o régulos, la aristocracia en suma, obligados por un tratado o *fides*. Quizá se repartían el poder por barrios o manzanas, como sugiere el hecho de que en algunos poblados (Isleta de los Baños de Campillo, El Oral) se encuentren, en distintos sectores del poblado, casas palaciegas, almacenes y lugares de culto que debieron pertenecer a distintos aristócratas. En algunos casos uno de ellos ostentaría la jefatura del conjunto, como los reyes medievales eran *primus inter pares*, el primero entre sus iguales, respecto a la aristocracia poderosa.

Una vez más hay que mencionar la escasa uniformidad del mundo ibérico.

El tipo de sociedad, faltos como estamos de documentos, suele deducirse de los enterramientos. En el norte de la península, los enterramientos prestigiosos parecen bastante uniformes, lo que evidencia una cierta igualdad social, aunque siempre se trata de ricos (los pobres cuentan poco); en el sur, sin embargo, existe una gran diferencia de categoría entre las tumbas de los poderosos: algunas son suntuosos mausoleos, prueba de que, dentro de la clase dominante, existían jerarquías.

Con el tiempo, la sociedad ibera evoluciona y los hombres libres conquistan mayores derechos, con lo que el sistema clientelar se mitiga, especialmente por la influencia de la cultura griega, más democratizadora, que irradia a través de los contactos con romanos y cartagineses.

A partir del siglo -IV, parece que estallan revueltas sociales que se reflejan en la destrucción intencionada de algunos *heroa* o monumentos funerarios de las estirpes dominantes. ¿Luchan entre ellos aristócratas y reyes o se trata de levantamientos de las capas más sometidas de la población? No lo sabemos. En cualquier caso sucede otro periodo en el que la riqueza y el poder están más repartidos y el círculo de los individuos privilegiados se amplía. Dejan de erigirse enterramientos monumentales adornados con estatuas, al estilo de los de Pozo Moro o Porcuna, y pilares-estela, u otros tipos de *heroa*. La monarquía centralizadora cede paso a una atomización del poder entre los príncipes o régulos. También se refleja el cambio en la democratización de armamento, que aparece abundante en los ajuares funerarios de individuos de medio pelo, cuando antes se restringía a los grandes personajes.

No obstante, la sociedad ibérica continúa basando la autoridad en la fuerza militar. Hay que defenderse tanto de la codicia de los comerciantes púnicos, como de las incursiones de vecinos belicosos o de merodeadores lusitanos y celtas del interior. En ocasiones, un único príncipe extiende su poder sobre varios poblados. Algunos nombres nos transmiten los historiadores antiguos: Cerdubeles, rey de Cástulo; Edeco, rey de los edetanos; Luxinio, rey de Carmona y de Bardo. Colchas, que en -206 regía veintiocho ciudades, nueve años más tarde solo domina diecisiete (lo que muestra las fluctuaciones del poder). Los famosos caudillos ilergetes Indíbil y Mardonio maniobran entre los dos colosos, Cartago y Roma, en un tiempo ya tardío en el que la preeminencia de lo militar parece que anuncia un reverdecimiento de las antiguas monarquías absolutas de los primeros iberos.

El mundo ibero es muy variado y, a veces, contradictorio, de modo que lo que podemos decir de una región no vale para otra. Esas diferencias no

siempre pueden explicarse fácilmente. Por ejemplo, en los primeros tiempos de los iberos, sobre el siglo -VI, algunos poblados del valle del Guadalquivir se asientan en llanos fluviales cerca de los cultivos y del agua, pero luego los van abandonando y se tiende a situarlos en la meseta plana de cerros fácilmente defendibles que, además, dominan la llanura agrícola y fluvial. Para el siglo -IV todos los poblados abiertos han desaparecido. ¿Es indicio de inestabilidad social o es que no son necesarios estos poblados de poca monta porque ya los *oppida*, los poblados importantes, los fortificados, producen lo necesario para alimentar a sus habitantes?

Sorprendentemente, en Levante encontramos la tendencia contraria: se abandonan poblados fortificados en las alturas para trasladarse a lugares llanos y abiertos. Y en la costa catalana abundan los poblados abiertos de pequeño tamaño. Podemos pensar que los asentamientos se sienten protegidos por la autoridad de un poblado fortificado del que dependen, y a su amparo disfrutaban de una paz y seguridad que les permite vivir sin cuidados.

## CAPÍTULO 8

### *LAS TORRES DE ANÍBAL*

Dentro del territorio ibero encontramos distintos poblados u *oppida*, como este de Giribaile por el que el viajero deambula y reflexiona, poblados estratégicamente situados en cerros de meseta plana, de fácil defensa, con buenos campos de cultivo y un manantial o río que les asegura la provisión de agua. Cuanto más imponente es la posición del poblado, señoreando el paisaje, visible desde lejos, mayor prestigio tiene como centro político y administrativo, económico y religioso, sobre el territorio sometido.

Los poblados iberos constituyen verdaderas ciudades-estado con un territorio propio del que obtienen su riqueza agropecuaria y mineral. Las lindes del poblado suelen marcarse por accidentes geográficos —un arroyo, un monte, un antiguo camino—, pero, a menudo, andan en litigio con otros poblados vecinos, lo que es causa frecuente de conflictos y guerras.

Las fronteras suelen vigilarse desde unos pequeños castillos cuadrangulares que los romanos denominaron *torres de Aníbal* y los arqueólogos llaman recintos. A cada recinto de la frontera le corresponde otro del poblado rival, al otro lado de la raya, de manera que se vigilan mutuamente. Se han identificado hasta veinticinco para el poblado de las Atalayuelas (cerca de Fuerte del Rey, Jaén) cuyo territorio no excedía de sesenta y tres kilómetros cuadrados, lo que sugiere que los gastos militares consumirían buena parte del presupuesto. Eso es lo que pasa cuando gobierna una aristocracia guerrera. Si preparas la guerra, acabas guerreando y en ese caso la preparación de la guerra es prioritaria, aparte de que la clase dominante solo justifica su existencia si el poblado sufre una constante amenaza de agresión. Roma terminó con esas malas vecindades e implantó, más o menos, la Pax romana y el progreso aunque, para alcanzar esa concordia, previamente tuviera que romperle la columna vertebral a más de un caudillo ibero, celtíbero o celta.

Cada poblado tiene en su territorio caseríos y asentamientos menores, dependientes de él, en los que habita una numerosa población rural. Cuando los romanos la destruyeron, Orisia contaba con unas cien explotaciones agrícolas, casi todas a lo largo del río Guadalimar. Desaparecida Orisia, otro poblado fortificado, La Monaria, la sustituyó en su papel de cabecera del territorio. Sus ruinas son todavía visibles, al otro lado del valle, frente al

actual pueblo de Vilches.

El visitante está recorriendo un *oppidum* sin excavar, pero tiene la memoria reciente de otros desenterrados y estudiados. A cincuenta kilómetros de Orisia hay otro poblado, en el Puente de Tablas, cerca de Jaén, en el que se han descubierto dos calles principales que discurren longitudinalmente a lo largo de la meseta, con un urbanismo que recuerda el de cualquier pueblo andaluz antiguo.

## **La tumba del régulo**

Las casas iberas parecen bastante modestas, incluso las de los ricos. Por contraste hay mausoleos monumentales en cuya decoración los régulos y reyezuelos gastan fortunas pues los adornan con esculturas de fieras que protegen con su magia el espacio sagrado: leones, lobos, animales compuestos. Esta influencia procede de Oriente, donde vemos toros alados y leones protectores en las puertas de las ciudades asirias, persas e hititas.

Al pensar en los grandes monumentos funerarios, el visitante vuelve la mirada, desde las alturas de la fortaleza de Giribaile, a los dos cementerios que tuvo Orisia, los dos situados a lo largo de las dos calzadas de acceso a la ciudad. El visitante sale por una de las puertas de la muralla (o por el lugar donde probablemente estuvo, dado que puerta y muralla han desaparecido) y desciende hasta un montículo distante un tiro de piedra para constatar la existencia de un difuso segmento de suelo empedrado y un sillar angular tallado en forma de gola egipcia. Son los únicos vestigios visibles del enterramiento monumental de un régulo de la ciudad, hacia el siglo -v.

Seguramente el empedrado enmarcaba un monumento en el que tres o cuatro gradas de piedra rodeaban un podio de unos tres metros de altura al que pertenece el bloque. Sobre ese podio se sostendría una escultura funeraria, quizá un león, o un lobo, o cualquier otro animal totémico o mitológico guardián del sueño de los muertos, e incluso puede que un guerrero a caballo figurando al difunto.

Todo esto puede deducirse a partir de otros monumentos funerarios en mejor estado.

El visitante arranca un tallito de hierba y mordisquea la parte dulce del vegetal. ¿Qué habría sobre el pedestal? Incluso puede que fuera la escultura de un rey, reflexiona. ¿Por qué no? La sociedad ibérica estaba muy jerarquizada. Los mandamases gustaban de demostrar en la muerte la

autoridad y poder que habían tenido en vida. Nuevamente un vistazo a las sociedades mediterráneas de la antigüedad (y a bastantes de las más modernas) nos revelan esa aparente incongruencia: gentes que habitan en viviendas normales, incluso modestas y que, sin embargo, tiran la casa por la ventana para construirse enterramientos palaciegos. Ponen más atención en la otra vida (de la que, no nos engañemos, poco se sabe, a lo mejor ni existe) que en la presente, en la vida diaria con sus miserias y sus pequeñas satisfacciones. En teologías no nos vamos a meter, que no es el asunto de este trabajo, pero en cualquier caso resulta difícil aceptar que los deudos, después de lloradas unas lagrimillas convenientes, se entrapen o vacíen el granero para construirle al difunto un mausoleo que supere el de sus competidores.

A no ser que exista un motivo de índole material que justifique tal dispendio.

En el caso de los iberos (y de los etruscos, y de los escitas, y de los faraones, y de tantos otros) ese motivo existía: el prestigio de la estirpe.

La importancia del hombre se manifiesta en su entierro, pero ese prestigio que adquiere con la exhibición de riqueza que lo acompaña en su tumba, con pretensiones de permanencia en el tiempo, se extiende también a sus herederos. Esto explica que a los parientes no les duelan prendas a la hora de costear el monumento, porque en hacer un entierro y un enterramiento más costosos que los de los competidores se fundamenta su prestigio. Es la legitimación de los herederos, la revalidación ante la comunidad del preeminente puesto social que ocupan, es, en última instancia, el negocio del que viven.

El viajero que llegaba a la ciudad ibera lo primero que encontraba eran los cementerios, con las tumbas monumentales, lo que demostraba la importancia de la comunidad y de sus familias dominantes.

El visitante regresa de nuevo a la meseta que guarda, como un cofre, las ruinas de Orisia. El aire frío y sano refresca sus pulmones. Mira al horizonte y cree columbrar, a un par de kilómetros, las ruinas de una extraña construcción turriforme: los respiraderos y las torres de las minas. En esta comarca abundan los filones de plomo argentífero, que se vienen explotando desde la prehistoria. Estas torres mineras son relativamente modernas. Solo señorean el paisaje, junto con los olivos, desde mediados del siglo XIX, cuando la pujante revolución industrial disparó el precio del plomo y muchas compañías inglesas, belgas y francesas se apresuraron a abrir minas en estos parajes. La

euforia minera duró hasta el *crack* de 1929. Después, los precios cayeron y las minas empezaron a cerrarse. Ahora son un monumento de la arqueología industrial, con su circuito para visitantes interesados.

El viajero piensa que estas minas suministraron también la plata que financió las campañas de Aníbal. Y no solo la plata: también los hombres, los mercenarios iberos que el cartaginés llevó a las llanuras de Italia atravesando los Alpes con los elefantes.

Aníbal bien podía considerar suya esta tierra, puesto que se había casado con Himilce, la hija del rey de Cástulo.

## CAPÍTULO 9

### ***EL MUNDO DEMASIADO PEQUEÑO***

El viajero vuelve a recorrer las soledades del poblado que pereció por desafiar a los romanos. Pensando en aquel caso desastroso, rememora los avatares de la conquista que condujo a la romanización de la península y al final del pueblo ibero.

Hubo un tiempo en que el mundo se circunscribía al Mediterráneo y poco más, pero ese mundo era demasiado pequeño para contener a dos pueblos ambiciosos, el romano y el cartaginés. Inevitablemente tenían que llegar a las manos y el más fuerte destruiría al otro.

En el año -509, nadie podía sospechar que un día los dos colosos se enfrentarían a muerte. Los cartagineses acababan de firmar un tratado de amistad con los romanos, todavía un oscuro pueblo itálico. Roma no tuvo inconveniente en aceptar el monopolio cartaginés a cambio solamente de que Cartago no hostigara a sus aliados. La zona de influencia se establecía a partir de un cabo geográfico, el denominado *Kalon Akroterion*<sup>[6]</sup>.

Hacia el año -500, los cartagineses decidieron recuperar los mercados de la península. Sin contemplaciones bajaron los humos de los caudillos y reyezuelos que habían aprovechado el eclipse fenicio para comerciar por su cuenta. Después, instalaron dos bases estratégicas en la isla de Ibiza y en el magnífico puerto natural de Cartagena<sup>[7]</sup>.

Corrían tiempos difíciles. Todo el mundo aspiraba a enriquecerse con la explotación y el comercio de los metales. Las minas de Sierra Morena se fortificaban y a lo largo de las rutas de transporte del mineral, Guadalquivir abajo, se construían recintos fortificados y torres de vigilancia. Como antaño sus abuelos tartésicos, los caudillos ibéricos aspiraban a sacar tajada de la riqueza que brotaba de sus tierras o simplemente viajaba por ellas. A esto se añadía, seguramente, cierta inestabilidad social. Los arqueólogos se topan con muchas señales de guerra. Por ejemplo, en Obulco (Porcuna, Jaén) el magnífico mausoleo de un reyezuelo local fue destruido y el grupo escultórico que lo adornaba acabó en pedazos en el fondo de una zanja donde dormiría el sueño de los justos hasta su reciente descubrimiento.

Pasado un siglo, tras el ocaso de los griegos focenses y de los etruscos, las únicas superpotencias que se mantenían en liza eran Cartago y Roma. En -348

acordaron repartirse el Mediterráneo. La península ibérica quedó escindida en dos zonas de influencia: Roma se quedaba con el norte y Cartago se reservaba la región minera del sur, desde Cartagena.

Los cartagineses se propusieron ordenar, y ordeñar, el territorio que les había correspondido. Ya los recursos se iban diversificando y España no solo daba la plata de Sierra Morena y Cartagena, el cinabrio de Almadén y el hierro del Moncayo. A los metales del subsuelo se sumaba cuanto se criaba sobre la tierra, especialmente el esparto, la sal, y la floreciente industria alimentaria: las afamadas salazones de atún, ese cerdo del mar, y las fábricas de *garum*.

## **Roma contra Cartago**

Decíamos que era casi inevitable. Solo quedaban ellos en el Mediterráneo, romanos y cartagineses, pero el Mediterráneo no era suficiente para contenerlos. Sucesivos tratados comerciales no suavizaron el creciente antagonismo de los dos colosos que condujo primero a la guerra fría y después a la caliente: la Primera Guerra Púnica.

Durante veintitrés años, entre -264 y -241, romanos y cartagineses se enfrentaron por tierra y por mar hasta la victoria de los romanos. Los términos de la rendición fueron gravosos para Cartago: cedía Sicilia y Cerdeña, desarmaba su escuadra y se obligaba a satisfacer una crecida indemnización.

El Mediterráneo iba camino de ser el *Mare Nostrum* romano.

Los humillados cartagineses pensaron compensar la pérdida de sus bellas islas conquistando España. El oro y la plata de las indemnizaciones saldría de la explotación intensa y sin intermediarios de las minas de Cartagena y Sierra Morena. El prestigioso general Amílcar Barca desembarcó en Cádiz y extendió su dominio por el sur. Alternaba la diplomacia con la guerra y aprovechaba sagazmente la crónica desunión de los hispanos, pero aún así no le resultó fácil dominar el territorio. Tras siete años de dura campaña, cuando ya había vencido a los caudillos celtas Indortes e Istolacio, se ahogó al cruzar un río durante una escaramuza. Sus hijos Asdrúbal y Aníbal Barca proseguirían su obra.

Los Barcas demostraron ser tan buenos administradores como generales: racionalizaron la explotación de las minas, mejoraron las conserveras de pescado y optimizaron, como se dice ahora, el sector del esparto. Eran empresarios modernos que aportaban nueva tecnología: ingenieros griegos a

pie de obra diseñando nuevos aparatos y esclavos africanos picando en lo profundo de los pozos. El país se puso a producir para Cartago y los jefes indígenas, como obtenían su rebanada de ganancias, colaboraron de buena gana.

En -226, Asdrúbal logró que los romanos accedieran a ampliar la zona de influencia cartaginesa, que apenas sobrepasaba Cartagena, hasta la línea del Ebro. De este modo, Cartagena se situaba en una conveniente posición central para dirigir tanto los asuntos de África como los de España. Cuando Asdrúbal hizo acuñar monedas con su efigie, los acaudalados senadores de Cartago torcieron el gesto detrás de sus cajas registradoras: ¿no será que Asdrúbal aspira a convertirse en rey? Pudiera ser que albergara esa ambición, pero nunca llegó a realizarla porque un esclavo lo asesinó durante una cacería para vengar la ejecución de su amo.

Quedaba Aníbal, el famoso Aníbal, que, aunque apenas contaba veintiún años, ya había dado sobradas muestras de ser un consumado general y un experto diplomático. Él proseguiría la obra de los Barca.

## **Las gestas iberas**

Aníbal demostró ser un buen alumno de su padre. Alternando zanahoria y estaca, sometió las tierras de Levante hasta el Ebro, límite de la zona de influencia cartaginesa admitida por Roma. En esta campaña destruyó, tras un asedio de ocho meses, la ciudad de Sagunto, (hoy Murviedro, Valencia). Roma había suscrito un tratado de amistad con Sagunto (a pesar de que estaba en la zona de influencia cartaginesa). Como era de esperar, especialmente porque se veía venir desde que la facción más belicista obtuvo la mayoría en el Senado romano, Roma aprovechó el incidente para declarar la guerra a Cartago.

A los lectores que peinen canas, o ni eso, les resulta familiar el nombre de Sagunto y lo asociarán al de Numancia, otra ciudad cuya población prefirió suicidarse en masa antes que rendirse a los romanos en -133. Entrambas gestas fueron mitificadas en los tiempos de autarquía y nacionalismo exacerbado del franquismo y son hoy lugares comunes y gloriosos monumentos de la fidelidad hispánica y de la fiereza indomable que distingue al pueblo español. Como para muestra valía un botón solo se promocionó la imagen fiera de esas dos poblaciones con olvido de otras que las igualaron y hasta las superaron en heroísmo o fanatismo. Por ejemplo, los habitantes de Astapa, hoy Estepa, municipio sevillano famoso por sus mantecados

navideños, también prefirieron destruir la ciudad y suicidarse en masa antes que rendirla a Roma. La admirable hazaña de la Numancia celtibera, cuyos defensores llegaron a alimentarse con carne humana, fue incluso superada en Calagurris (hoy Calahorra) donde además salaron la carne humana para comerla en conserva.

Sea excusada la breve digresión gastronómica y regresemos ahora junto a Aníbal, al que dejamos conquistando Sagunto. Al cartaginés no le sorprendió que Roma le declarara la guerra. De hecho, romanos y cartagineses llevaban años preparándose para esa contienda, porque Cartago quería la revancha y a Roma le preocupaba el rearme y la pujanza de su rival.

Los romanos, siempre tan realistas, se lanzaron directos a la yugular del enemigo. Atacarían España y expulsarían a los cartagineses de sus centros de producción. Italia quedaba a salvo, defendida por su potente escuadra. Pero Aníbal se les adelantó y les asestó el primer golpe donde menos lo esperaban: en lugar de embarcar a su ejército, lo llevó por tierra, elefantes de guerra incluidos, a través de los Alpes nevados, e invadió Italia por el norte. Los romanos se recobraron del susto y salieron al encuentro del cartaginés con ejércitos superiores al suyo. Entonces se llevaron la segunda sorpresa: Aníbal los derrotó en tres batallas sucesivas. En la cuarta, la de Cannas, los romanos pusieron toda la carne en el asador para asegurarse la victoria.

Todavía, en las academias militares de todo el mundo, a los oficiales instructores se les dilata el esfínter cuando explican la estrategia de Aníbal en Cannas. El astuto cartaginés, al que ya quisieran parecerse todos ellos, llegaba al campo de batalla con un ejército mermado y heterogéneo. No obstante, en contra de todas las normas, dispuso a sus tropas más ligeras en el centro de la línea, donde el combate sería más enconado. Tal como había previsto, el centro cedió terreno ante el empuje enemigo y cuando los confiados romanos profundizaron en la bolsa resultante, la cerró por sus flancos y atacó a la retaguardia romana con su ágil caballería. Los romanos quedaron apelotonados en el centro del campo, estorbándose unos a otros, sin espacio para maniobrar. Fue quizá la batalla más brillante de todos los tiempos: cincuenta mil muertos, el ejército romano prácticamente aniquilado<sup>[8]</sup>.

Los romanos, repetidamente vencidos, mostraron entonces su mejor virtud: el tesón y la constancia. Resistieron en Italia como mejor pudieron y devolvieron los golpes en España, que era la despensa de Aníbal y su punto débil. Aquí derrotaron a Asdrúbal, otro hermano de Aníbal, aniquilaron los refuerzos que proyectaba enviar a Italia, conquistaron Cartagena y se aliaron a

caudillos indígenas para arrebatarse toda la provincia a los cartagineses.

Los iberos no advirtieron que aquellos romanos que los ayudaban a sacudirse el yugo cartaginés les iban a imponer otro aún más pesado y, además, definitivo. Aunque también es cierto que Roma los desasnó. Vaya lo uno por lo otro.

Al final, a los cartagineses solo les quedaba su tierra africana y un ejército cada vez más inoperante y débil en Italia, ya sin fuerzas para conquistar Roma. Aníbal comprendió que había perdido la partida y regresó a casa. Pasaba a la defensiva. Escipión, el general romano que había arrebatado a Cartago su provincia española, desembarcó en África y derrotó a Aníbal en Zama.

Los vencedores impusieron a Cartago una rendición suficientemente onerosa como para asegurarse que ya nunca levantaría cabeza. No obstante, medio siglo después, cuando les pareció que, a pesar de todo, la vieja rival se estaba recuperando, deportaron a su población e incendiaron la ciudad.

Cartago ardió durante diecisiete días. Sus ruinas fueron arrasadas, sus campos y huertas sembrados de sal. Tácito, el gran historiador romano, escribió: «Es propio de la naturaleza humana odiar al que se ha ofendido».

## **La paz romana**

Roma ocupaba las ciudades, los trigales, los olivares y las minas cartaginesas en Andalucía y Levante. Al término de la guerra se planteó el arduo dilema: devolvemos todo esto a los indígenas, como les prometimos, o nos lo quedamos. Naturalmente, se lo quedaron. Al fin y al cabo aquella tierra soleada y rica era su botín de guerra. El Senado no se quebró la cabeza a la hora de buscar un nombre apropiado para las nuevas provincias. Dividieron la península en dos sectores confusamente delimitados y las denominaron «la de acá» y «la de allá» (Citerior y Ulterior). El imperio romano estaba todavía en pañales. Faltaban tres siglos y mucho camino por recorrer para que se extendiera desde Alemania al Sahara y desde Portugal a Siria y agrupara bajo sus fronteras a más de cien pueblos. Por lo pronto, en España, la plata, los trigales verdes y el *garum* eran ya romanos, pero como no hay rosa sin espinas los incivilizados celtíberos y lusitanos del interior también codiciaban aquella riqueza. Desde siglos atrás habían tomado la casi deportiva costumbre de entrar de vez en cuando a saco en los ricos valles del Ebro y del Guadalquivir. Naturalmente, los romanos no podían consentir que unos salvajes vinieran a robarles la hacienda, por lo tanto establecieron una serie de

puestos militares avanzados para prevenir y abortar aquellos ataques. Lo malo fue que los incorregibles celtíberos también hostigaban a estas avanzadas. Entonces los romanos optaron por aplicar métodos más contundentes y lanzaron expediciones de castigo contra las tribus del interior. Fue otra conquista del salvaje Oeste. El valor indómito de los indígenas se estrelló contra la superior disciplina y táctica de los invasores. Las legiones romanas eran ya aquel formidable instrumento militar cuya eficacia no ha sido igualada por ningún otro ejército. El establecimiento de guarniciones y campamentos permanentes fue otra forma de conquista y colonización que difundió la cultura romana por el interior de la península. Así surgieron ciudades tan prósperas como Mérida, Zaragoza, Astorga y Lugo. En las sucesivas guerras de conquista, lusitanas y celtibéricas, primero; y cántabras, después, los gobernadores y generales romanos perpetraron a veces grandes canalladas y el Senado romano dio muestras de notable desvergüenza en la vulneración de los tratados y capitulaciones que sus subordinados en apuros pactaban con los caudillos indígenas. Por ejemplo, un gobernador, un tal Galba, prometió repartir tierras a ciertas tribus lusitanas si deponían las armas. Cuando las tuvo desarmadas y a su merced las hizo pasar a cuchillo. El famoso caudillo Viriato, uno de los pocos que lograron escapar de esta matanza, se convirtió en cabeza de la resistencia y hostigó con éxito a los ocupantes hasta que fue asesinado por tres de sus hombres vendidos a Roma. En el curso de estas feroces campañas ocurrieron episodios tan sonados como el asedio e inmolación de Numancia. Numancia resultó un hueso tan duro de roer que Roma hizo cuestión de prestigio su conquista y tuvo que emplearse a fondo para lograrla. Cornelio Escipión, el general más prestigioso, rodeó la ciudad con una muralla para evitar que recibiera auxilios externos y la rindió por hambre después de un asedio de quince meses. La versión patriótica, basada en textos de Floro y Orosio, sostiene que los numantinos prefirieron prender fuego a su ciudad y suicidarse en masa antes que rendirse, pero Apiano, que parece más fiable, relata que la heroica ciudad, ya agotada, se entregó al romano. Escipión la trató con ejemplar dureza para que sirviera de escarmiento a otros pueblos levantiscos: vendió como esclavos a los supervivientes y repartió las tierras entre las tribus vecinas aliadas de Roma. Las ruinas de la famosa ciudad celtíbera bien merecen una visita. Están sobre una colina cercana a la ciudad de Soria y se accede a ellas por cómoda carretera que conduce a un pequeño museo, en el centro mismo de la excavación. Numancia tenía forma elíptica, con dos calles principales que la cruzaban paralelamente en la dirección del eje mayor y hasta doce

secundarias en el sentido del menor. Las calles estaban ingeniosamente orientadas para evitar los helados vientos del norte. Las casas, construidas con adobe o tapial sobre zócalo de piedra, eran rectangulares. Un hogar en el suelo de la habitación interior servía para guisar y caldeaba la vivienda. Algunas disponían de bodega subterránea para guardar los alimentos.

Cayó Numancia y cayeron igualmente otras tribus y poblados rebeldes. En poco más de cincuenta años Roma se adueñó de toda la península. Solo quedó libre una delgada franja norteña habitada por cántabros, astures y vascones que no sería incorporada al imperio hasta el siglo siguiente.

## **La cierva de Sertorio**

El viajero, paseando por las ruinas del poblado que destruyó Sertorio, rememora los acontecimientos que trajeron a aquel notable romano a estas tierras. Roma había extendido su dominio por todo el contorno mediterráneo. La oligarquía aristocrática que controlaba el Senado se había hecho inmensamente rica con los botines de las conquistas, en tanto que el pueblo llano, el pequeño campesino y el artesano, se arruinaba al no poder competir con la mano de obra esclava que aportaban esas mismas conquistas. Las tensiones sociales se polarizaron en dos partidos políticos, los populares y los *optimates*: es decir, izquierdas y derechas, lo de siempre. El enfrentamiento entre populares y *optimates* desembocó en guerras civiles y sangrientas alternancias de poder que repercutieron también en las provincias. Cuando el dictador Sila se hizo con el poder, muchos populares tuvieron que huir de Roma para salvar la vida, entre ellos Quinto Sertorio que se refugió en España.

Sertorio estaba dispuesto a resistir. Era un hombre de notable mano izquierda y se granjeó la simpatía de los indígenas, cada vez más romanizados. Incluso recurrió a la argucia de hacerles creer que los dioses estaban de su lado y lo aconsejaban por medio de una cierva amaestrada con la que lo veían conversar cada tarde en un claro del bosque. Los hispanos, acostumbrados a los codiciosos funcionarios que aprovechaban el cargo para enriquecerse, quedaron encantados con aquel romano honrado y tolerante que rebajaba los impuestos y respetaba las costumbres del país. Durante un tiempo, Sertorio se mantuvo firme e incluso sus tropas celtíberas y lusitanas derrotaron a las tropas enviadas por Roma, pero luego se torció el negocio, muchos de sus partidarios lo abandonaron y uno de sus hombres de confianza lo asesinó durante un banquete. Su guardia personal, formada por hispanos, se suicidó en el acto, según la tremenda costumbre del país.

## ¿Pompeyo o César?

El vencedor de Sertorio, Pompeyo, era un hombre inteligente que en lugar de crucificar a los caudillos indígenas derrotados, les devolvió la libertad y los trató con magnanimidad. Los hispanos, vivamente impresionados por tan inesperada generosidad, le quedaron agradecidos de por vida. Cuando Pompeyo regresó a Roma dejaba atrás una fidelísima clientela que iba a necesitar más adelante. Quizá Pompeyo las veía venir. Porque a pesar de la derrota de Sertorio, el viejo y enconado contencioso entre *optimates* y populares no estaba zanjado. No pasarían muchos años sin que se reprodujera, esta vez con un formidable campeón al frente del bando popular: Julio César. Nuevamente la península representó un papel esencial en el conflicto. Los indígenas —quizá ya va siendo hora de que los denominemos hispanorromanos— tornaron a dividirse en dos bandos, los unos por César y otros, los más numerosos, por Pompeyo. La guerra civil afectó a todo el Imperio. César derrotó a los pompeyanos en Italia, en Grecia, en África y en España, pero no pudo disfrutar largo tiempo de su victoria puesto que un grupo de senadores conjurados lo asesinaron en Roma en -44. Es la famosa escena en que el gran César, al ver que entre sus asesinos figura su presunto hijo Bruto, de cuya fidelidad nunca se le hubiera ocurrido dudar, le reprocha «Tú también, Bruto, hijo mío», y, asqueado del mundo, renuncia a defenderse. Se cubrió romanamente la cabeza con la toga y se entregó dócilmente a la ferocidad de los puñales. César murió, pero su magna obra perduró porque su heredero y sucesor, el emperador Augusto, llevaría a buen término sus ambiciosos planes. Augusto no era militar, más bien era un oficinista bajito y enfermizo, con tendencia a resfriarse, pero en la invencible Roma, regida desde hacía casi un siglo por generales victoriosos, se esperaba que el heredero de César revalidase su nombramiento haciendo sus pinitos con las armas y ganando alguna batalla por el ancho mundo. Augusto, en el trance de cumplir con el trámite marcial, escogió la zona de Hispania que faltaba por conquistar, la cornisa cantábrica, aquel húmedo y montuoso territorio de los astures y los cántabros. No era lerdo el perillán: a cambio de un simulacro de guerra que era más bien una operación de policía, echaría mano a una comarca cuyas riquezas auríferas cubrirían sobradamente los gastos de la campaña. La guerra duró diez años y contra todo pronóstico fue tan sangrienta que prácticamente se zanjó con el virtual genocidio de los nativos. Clavados en la cruz morían entonando himnos de victoria, escribe Estrabón de aquellos bravos e irreductibles cántabros y astures. Roma impuso la paz de los cementerios. Durante los siglos siguientes se dedicó a extraer oro tan

concienzudamente que alteró por completo el paisaje en la región leonesa de Las Médulas de Carucedo, que explotaron a cielo abierto, a veces por el expeditivo procedimiento de desviar ríos enteros dentro de las galerías y hacer que las aguas arrastraran la tierra en los lugares que pretendían excavar.

## **La romanización**

De Italia no paraban de llegar colonos y funcionarios. Por otra parte, muchos soldados romanos se casaban con españolas y los guerreros hispanos se alistaban por decenas de miles en el ejército romano, comida sana y abundante, soldada segura, un porvenir. Entre unos y otros terminaron por adoptar en la península las costumbres y el modo de vida de los romanos. Quizá sea más exacto denominarlo helenístico porque los romanos, a su vez, estaban influidos por los griegos, un pueblo más culto que ellos al que también habían conquistado. El estilo de vida romano-helenístico que se extendía por todo el imperio se basaba en la ciudad (*civitas*) como elemento civilizador. La ciudad era un núcleo urbano independiente, regido por un Ayuntamiento o Senado, sujeto a leyes precisas, con territorio y recursos propios de aprovechamiento comunal, con una estructura económica compleja, y una organización social que integraba a los ciudadanos en un marco jurídico avanzado, superando las limitaciones del marco tribal anterior. Los romanos habían encontrado en España pocas ciudades dignas de tal nombre: solo las de la costa mediterránea, casi todas de origen fenicio. Augusto concedió títulos de *coloniae* (colonias) y *municipia* (municipios) a muchas otras. La colonia era ciudad de nueva creación, cuyos primeros pobladores eran a veces colonos llegados de Italia, generalmente soldados veteranos a los que se recompensaba con lotes de tierras. Los municipios, por el contrario, eran poblaciones indígenas que recibían el estatus de ciudad. En los dos casos, el gobierno municipal dependía de una asamblea de ciudadanos con derecho a voto entre los que se elegían los dos alcaldes (*duumviri*) y los concejales (*aediles* y *quaestores*). Los cargos eran anuales y sus aspirantes debían cortejar al electorado con banquetes y promesas. Un poco como ahora. Las ciudades romanas de nueva planta presentaban un trazado racional. Eran cuadradas o rectangulares, con una serie de calles que se cortaban en ángulo recto, con sus plazas y espacios públicos. Las dos calles principales, más anchas, se cruzaban en el centro sobre la plaza mayor porticada (*forum maximum*) en torno a la cual se alzaban los edificios públicos, templos, termas, mercado, etc. En las ciudades importantes había un teatro semicircular, al aire libre, y un anfiteatro, elíptico, cerrado, donde se daban

los espectáculos de gladiadores. La casa romana, a la que todo ciudadano acomodado aspiraba, era un edificio cuadrangular sin ventanas a la calle, cuyas estancias se abrían a un patio central columnado del que recibían luz y ventilación. A menudo había otro patio trasero, más amplio, ajardinado.

Augusto, además de impulsar la red de carreteras, organizó nuevamente la península y dividió en dos la provincia Ulterior: la Bética, con capital en Córdoba, y la Lusitana, con capital en Mérida. La antigua Citerior mantuvo su capital en Tarragona.

## **Ciudadanos y ciudadanía**

Roma trataba a las ciudades como a los individuos. Casi todas eran estipendarias (*stipendiariae*), es decir, sujetas a tributo en dinero, especie o servicios. Las celtíberas solían pagar en cabezas de ganado o en productos manufacturados locales, por ejemplo, las capas de lana llamadas *sagum*, lejano antecedente de la prieta capa zamorana, muy apreciadas en Roma. Junto a las ciudades contribuyentes existieron otras, pocas, federadas y libres que disfrutaban de exención tributaria (Cádiz, Málaga, Tarragona). Era el premio por haber ayudado a Roma en momentos de apuro o por haberse mostrado particularmente sumisas. También las personas estaban divididas en dos grandes categorías: esclavos (*servi*) y libres (*ingenui*). Los libres se subdividían en tres grupos. Los que no tenían ningún derecho (que eran casi todos los indígenas o *incolae*); los que tenían derecho de ciudadanía itálica (un premio otorgado a los aliados de Roma); y los que disfrutaban de plena ciudadanía romana, por lo general comerciantes, recaudadores, técnicos y soldados de origen romano. La ciudadanía romana confería pleno derecho a votar, a ser elegido para desempeñar puestos oficiales, y comportaba sustanciosas ventajas fiscales y jurídicas. En España, al principio, la inmensa mayoría de la población estaba constituida por indígenas libres y desprovistos de derechos de ciudadanía, pero luego, a partir de las reformas de Augusto, el número de ciudadanos (*cives*) creció, por concesiones a la aristocracia indígena y a los que prestaban servicios a Roma. Como la ciudadanía romana era hereditaria, se fue extendiendo y a poco amparó a casi toda la población. En el año 70, el emperador Vespasiano concedió la ciudadanía latina a todos los españoles libres. La antigua barbarie dio paso a una forma más civilizada de vida, a la adopción de costumbres romanas, incluso los idiomas vernáculos, entre ellos el ibero en sus distintas formas, se olvidaron y los españoles aprendieron a hablar latín, aunque con un acento peculiar que resultaba muy gracioso a los romanos. El futuro emperador Adriano, recién

llegado de España, intentó pronunciar un discurso en el Senado y en cuanto abrió la boca, sus colegas se desternillaron de risa. Vaya usted a saber cómo sonaba aquel latín que Cicerón describe como *pingue atque peregrinum*, es decir, gangoso y extraño. De los actuales idiomas españoles, el castellano, el catalán y el gallego descienden de aquel latín que aprendieron nuestros antecesores. De lo que se hablaba antes de la llegada de los romanos solo ha sobrevivido el vascuence, como es natural. Había mucho tráfico de esclavos en el imperio romano. Los esclavos eran prisioneros de guerra o hijos de otros esclavos que algún día fueron prisioneros de guerra. Algunos pertenecían al Estado o a los ayuntamientos, pero la mayoría eran de propiedad privada. Especialmente apreciados (y caros) eran los esclavos griegos empleados por familias pudientes como médicos, pedagogos, contables y administradores, a los que sus dueños trataban con amistosa deferencia. Los de propiedad estatal solían ser poco cualificados y vivían en peores condiciones, a menudo dedicados a trabajos agotadores o insalubres. Solo en las minas de Cartagena llegó a haber cuarenta mil esclavos estatales. Los que labraban los latifundios andaluces se calculan en doscientos mil. Casi todos eran extranjeros porque los romanos procuraban deportar a los esclavos para que al apartarse de sus países de origen se acomodaran más al cautiverio. Por eso en las lápidas sepulcrales de esclavos y libertos halladas en España abundan los nombres foráneos, mientras que las de esclavos españoles aparecen en países lejanos.

## **Las alegres chicas de Cádiz**

España había comenzado aportando a Roma metales y mercenarios porque otra cosa no tenía, pero cuando los beneficios de la cultura que sembró Roma entre nosotros rindieron sus frutos pudo ofrecer escritores como los cordobeses Lucano y Séneca o Marcial (este de Calatayud); científicos como el gaditano Columela y hasta emperadores como Trajano y Adriano, que eran de Itálica, junto a Sevilla. No todo fueron cerebros. Hubo también un aporte al espectáculo y a la fiesta. Por ejemplo, el famoso atleta lusitano Diocles, el mejor auriga de todos los tiempos, ídolo de las multitudes que entonces se pirraban por las carreras de carros, como ahora por el fútbol. Diocles comenzó su vida profesional a los dieciocho años y se retiró, querido y respetado por todos e inmensamente rico, a los cuarenta y dos, después de cosechar mil quinientas victorias. Junto a la aportación deportiva, la folklórico-musical, que la alegría no falte. En la Roma decadente e imperial se hicieron famosas las artistas de variedades procedentes de la «licenciosa Cádiz», como las adjetivan los severos censores. Todo banquete de señoritos

libertinos que se preciara debía ir seguido de la actuación de algún grupo de *puellae gaditanae* que cantaban y bailaban acompañándose con el son de las castañuelas andaluzas (*baetica crusmata*). Su cuerpo ondulado muellemente —pondera el aragonés Marcial describiendo a una de ellas— se presta a tan dulce estremecimiento y a tan provocativas actitudes que sacudiría la virtud del casto Hipólito si la viese. Cuando bailaban, contoneaban sus atractivas caderas —otra vez Marcial— y hacían gestos de increíble lubricidad, pero si cantaban, sus canciones eran tan desvergonzadas que no las osarían repetir ni las desnudas meretrices. Débil como es la carne, es lícito imaginar que la actuación de las bailarinas gaditanas iría seguida en muchos casos de desenfrenada bacanal.

Los romanos eran muy tolerantes en materia de religión. Incluso podemos decir que eran bastante escépticos y algo agnósticos *Quod es veritas?*, le pregunta Pilatos a Cristo. No tenían inconveniente en adoptar como propios los dioses de los pueblos sometidos. El cristianismo, en principio una creencia entre muchas, no tuvo dificultad para extenderse por el Imperio romano. Sus problemas vendrían más adelante porque, como toda religión monoteísta, tendía a la intolerancia y a la exclusión de los dioses ajenos y esto ya lo aceptaban peor los paganos. Una serie de leyendas, piadosas y entrañables, pero enteramente falsas, sostienen que el cristianismo fue propagado en España por obra del apóstol Santiago, de San Pablo y del grupo de misioneros conocido como los Siete Varones Apostólicos (Torcuato, Cecilio, Indalecio, Eufrasio, Tesifonte, Hesiquio y Segundo) que establecieron sendos obispados por tierras de Granada y Jaén. Hoy sabemos que el cristianismo llegó a la península desde las provincias romanas de África hacia el siglo II. Primero iluminó espiritualmente la Bética y Levante, para posteriormente llevar la luz a Extremadura y León. Al comenzar el siglo III, el apologista Tertuliano escribía con entusiasmo quizá exagerado: la fe de Cristo gana ya en todos los confines de España. La verdad es que amplias zonas de la península seguían siendo paganas, Las Vascongadas y Navarra, por ejemplo, no fueron cristianizadas hasta la Edad Media. A lo mejor por eso, se le ocurre a uno, sus actuales habitantes dan muestras de mayor reciedumbre en la fe que los de otras regiones que ya flaquean y parecen estar un poco de vuelta del asunto. La primera conferencia episcopal que se recuerda (concilio de Ilíberis, Granada, el año 300) estaba integrada por diecinueve obispos y veintiséis presbíteros. Fue también un español, el obispo de Córdoba Osio, el alma del Primer Concilio Ecuménico, celebrado en Nicea, para dirimir si el arrianismo era herejía. Lo era, y de las más gordas.

El cristianismo fue en aumento desde que el emperador Teodosio, un segoviano de Coca, la declarara religión oficial del Imperio el año 380. Desde entonces se produjo un rápido maridaje entre Iglesia y oligarquía que ha durado hasta nuestros días.

A la hora del balance por cierre de negocio ¿qué es lo que el mundo debe a Roma? Algunos historiadores nos han presentado al mundo antiguo como una inmensa vaca cuya leche fluía generosamente sobre las insaciables fauces de la explotadora Roma. La historia de Roma es, en efecto, la de una expansión imperialista que perseguía la explotación sistemática de las tierras, de los recursos y de los pueblos sometidos a su fuerza militar. No obstante, el balance final resulta muy favorable porque, a cambio de aquellos recursos, Roma civilizó el mundo antiguo. Roma somos nosotros: los europeos y cuantas naciones del mundo han tenido sus orígenes históricos o culturales en Europa (es decir, la mayoría de ellas). Lo que los europeos somos hoy es, para bien o para mal, el resultado de la interacción de dos vigorosas corrientes que se fundieron en el crisol de Roma: la cultura helénica y el pensamiento religioso judío, una peculiar aleación que quizá sea prudente seguir denominando civilización cristiana occidental. Roma nos legó su forma de vida, sus instituciones, impuso a los pueblos sometidos hermandad dentro del marco jurídico y administrativo del *cives romani* y nos legó el patrimonio precioso de su lengua, los dos pilares básicos sobre los que aún se asienta este Occidente que lentamente camina hacia la integración supranacional, es decir, hacia el ideal de ser de nuevo, básicamente, Roma.

# CAPÍTULO 10

## *EL DULCE HOGAR*

Estamos en un poblado ibero. No es difícil imaginarse la vida bullendo, la calle animada, gentes que salen y entran, niños que corren, mujeres que charlan con el cántaro al brazo, hombres que regresan de los cultivos de la vega, quizá con un borriquillo, algún guerrero que ha desamparado por un momento la guardia de la muralla, la falcata al cinto, porque se le ha antojado cumplimentar a su mujer sin aguardar a la siesta<sup>[9]</sup>.

En el poblado hay dos calles principales, a lo largo de la meseta alargada del cerro que lo sustenta. Entre las dos vías discurre un muro medianero que sirve de pared maestra a las casas de una y otra calle.

### **La fundación del poblado**

Los poblados iberos son el producto de un planeamiento centralizado y de un esfuerzo colectivo, como cualquier barriada de adosados actual.

El visitante se imagina cómo se construyó este poblado cuyos dispersos restos contempla ahora. Ve llegar por el camino a un grupo de hombres y mujeres, unos a caballo y otros a pie, con algunos enseres, quizá con un par de carros que transportan impedimenta. Los exploradores y el propio jefe han escogido el lugar después de examinarlo cuidadosamente y de discutir sus ventajas y sus inconvenientes. Lo principal es que el poblado esté estratégicamente situado para que pueda controlar su territorio y especialmente los principales caminos de ese territorio. El jefe o fundador (*oikistés*, en griego) que es el constructor, ha decidido el emplazamiento del poblado, quizá después de laboriosas consultas al aurispice o al sacerdote sobre la idoneidad del lugar para las fuerzas invisibles de la naturaleza. Al final lo han aprobado y el jefe y los suyos se trasladan allí con su familia, sus socios y sus clientes.

La fundación de un nuevo poblado exige el cumplimiento de ciertos ritos. En el caso de los iberos no los conocemos, pero deben ser similares a los de otros pueblos mediterráneos. Seguramente sacrifican ritualmente una oveja, una vaca o una cabra y hacen libaciones y lustraciones rituales en algún lugar elevado de la meseta que queda sacralizado a partir de ese momento. Es muy posible que sepulten solemnemente la cabeza y las patas del animal bajo el muro fundacional o en el camino que conduce a la puerta principal. Por cierto

que este tipo de ceremonias todavía se usaban veinte siglos después, en tiempos de Enrique IV de Castilla, como describe la crónica del Condestable de Castilla, Miguel Lucas de Iranzo: *«en la dicha cumbre mando asentar e faser un mojón grande fecho de tierra. E por memoria los dichos moços e muchachos (que antes han representado una lucha ritual )... mataron un carnero a cañaverazos, con cañas agudas, e le cortaron la cabeza, la qual fue soterrada en medio del dicho mojón. E algunos dixieron que le pusiesen por nombre el mojón del Carnero<sup>[10]</sup>»*

En algunos poblados iberos de Cataluña (Illa d'en Reixac y Puig de Sant Andreu, ambos en Ullastret) se han encontrado cráneos o mandíbulas humanas enterrados ritualmente bajo el pavimento de los espacios de uso público, una costumbre más frecuente entre los celtas. Quizá sean vestigios de antiguos sacrificios expiatorios o propiciatorios en los que la víctima era un ser humano. Hubo un tiempo en que las inmolaciones de seres humanos eran frecuentes en el mundo antiguo, aunque en tiempos de los iberos casi todos los pueblos los sustituían por animales.

Después del sacrificio propiciatorio, los celebrantes ungen una yunta de bueyes o de mulos y trazan un surco alrededor del escarpe para señalar el trazado de la futura muralla. Para señalar las puertas levantan el arado e interrumpen el surco. La ceremonia es sagrada y el surco debe respetarse como límite de la población hasta que se pueda sustituir por un muro de piedra con sus bastiones y sus puertas. El ritual, común a todos los pueblos mediterráneos, constituye un espacio sagrado, (*témenos* en griego; *templum* para los romanos). No es para tomárselo a broma. Cuando los gemelos de la loba fundaron Roma, el mayor de ellos, Rómulo, trazó el surco sagrado que delimitaba la ciudad, pero Remo, celoso o atolondrado, se burló de la ceremonia y propinó una patada al simbólico montículo de tierra. Rómulo no vacilo en hundirle el cráneo con su azada en castigo por el sacrilegio. Pudiera ser que la historia sea el eco de uno de estos sacrificios humanos que antes mencionamos.

En los ritos fundacionales los sacerdotes trazan el poblado trasladando mágicamente a la tierra la ordenación del mundo astral para garantizar la prosperidad y continuidad de la comunidad que va a habitar allí.

Supongamos, para bien de todos, que en la fundación de Osaria no se produjo ningún homicidio sacrificial y que todo quedó en un ternero y dos ovejas. Han terminado los ritos sagrados fundacionales y comienza la parte lúdica de la celebración que consistirá en un banquete en el que se consumen

comunalmente los animales sacrificados. Quizá los sacerdotes y arúspices han leído en las entrañas el excelente porvenir que le espera al poblado que hoy se inaugura. Esa es una costumbre mediterránea, especialmente etrusca, pero hay tantas costumbres etruscas que vemos en los iberos que no podemos resistir la tentación de evocarla. Tras el banquete, con la gente algo achispada, vendrán la música y las danzas, las exhibiciones, las recitaciones, el jolgorio, que el visitante, que imagina todo esto, no puede ratificar con pruebas palpables y bien que lo lamenta.

Ya está el poblado fundado con los mejores auspicios. Ahora viene la parte ingrata. Ahora hay que construirlo. Los sabedores estudian el régimen de los vientos dominantes, para que molesten lo menos posible, y la orientación del lugar. Sobre estos condicionantes el jefe fundador determina el trazado de un muro que servirá de pared maestra en la que se apoyen las casas de la calle principal. El otro lado del muro servirá a las casas de una calle paralela. En muchos casos las casas se apoyan en la muralla y solo dejan entre ellas, donde es menester, un pasillo estrecho para acceder al parapeto o para un canal de desagüe. Muchos poblados se construyen de una vez, como cualquier barrio de adosados moderno, lo que demuestra que el proyecto depende de una autoridad única, con empuje económico y social suficiente, a la que los futuros pobladores obedecen.

Los poblados ibéricos no se diferencian mucho en su urbanismo de los pueblos vivos de su entorno. Calles no muy anchas y más o menos rectas adaptándose a la configuración del terreno y cruzadas por alguna transversal menos importante. Lo que se echa en falta es la plaza característica de los pueblos españoles, que raramente aparece en los ibéricos, así como la iglesia dominante. También se echan en falta los templos o mansiones lujosamente adornados que caracterizan a otros pueblos mediterráneos. No hay edificios privados o públicos que destaquen sobre la medianía general. La arquitectura ibera es elemental, sin grandes edificios de uso colectivo, aunque presenta cierto orden jerárquico: las viviendas más estructuradas ocupan la zona más noble y la zona artesanal (herrerías, carpinterías, esparterías...), se sitúa en el lugar más conveniente para atenuar las molestias que acarrea. En algunos casos estas zonas industriales están dotadas de bancos de trabajo de forma circular y piedras volcánicas muy duras que servirían de yunques.

Comienzan las obras. Quizá los iberos no tengan muy definidas las profesiones de la construcción, arquitectos, albañiles, canteros, transportistas, carpinteros, pero, en cualquier caso, esas tareas se reparten entre los hombres

disponibles según las habilidades de cada cual. En la obra comunitaria participan todas las personas hábiles para satisfacer una especie de impuesto de trabajo o *corveas*.

Las viviendas adosadas se levantan sobre un cimientado de piedras toscamente talladas y dispuestas en hilera, unidas con barro y calzadas donde sea menester con guijarros. Este cimientado aísla el muro de la humedad del suelo y le da la firmeza necesaria para que sostenga la techumbre. El resto del muro se construye de adobe (ladrillo seco al sol) o de tapial (barro apisonado dentro de un cajón de madera).

El adobe, que se ha seguido usando en muchos lugares de la península hasta bien avanzado el siglo xx, es el ladrillo de los pobres, secado al sol. El procedimiento de su fabricación no ha variado nada. En un hoyo del suelo se mezclan arena, tierra, agua y paja picada que se amasan con los pies pacientemente hasta que forman una masa de barro compacta con la que se rellenan moldes de madera de dos pies de largo por uno de ancho y cuatro dedos de alto y se enrasan por medio de un palo. Cuando se levanta el molde queda debajo el adobe que se deja secar al sol unos días antes de utilizarlo. El muro de adobes, dispuesto como los ladrillos, el superior tapando la juntura de los dos inferiores se cementa con mortero de barro. Los iberos construyeron con adobe incluso algunas murallas de poblados (siempre sobre zócalo de piedra). El griego Pausanias (siglo II) alaba las cualidades de estos muros de adobe que absorben los golpes de los atacantes.

El tapial, otro procedimiento constructivo que se ha usado hasta la actualidad, hace el mismo efecto que el adobe aunque en su composición, además de arcilla, agua y paja, se incluyen pequeños cantos rodados y cerámica molida.

El muro de tapial se fabrica superponiendo una especie de cajón desmontable de madera (encofrado u *horma*, en latín) y relleniéndolo de una mezcla (tierra, barro o cemento de cal) que se compacta con ayuda de un mazo vertical o pisón. Cuando la mezcla se ha solidificado se retira el encofrado y aparece sobre el muro una especie de sillar arcilloso, la tapia. Las tablas usadas en el encofrado deben ser de una madera resinosa para que no se adhieran demasiado a la mezcla. Estas tablas, de un par de dedos de grueso, suelen clavarse con travesaños junteros para formar el cajón. Para que el encofrado se adapte a la anchura del muro se disponen unos travesaños de madera (agujas o cárceles) que se dejan hasta el final de la obra para que las de la hilera inferior sirvan de soporte a los encofrados de la superior. Al final

se retiran o simplemente se sierran a ras del muro.

Una vez construido y seco, al muro, sea de adobe o de tapial, se le aplica un revoco de cal que oculta sus imperfecciones, lo impermeabiliza y lo aísla de la humedad, su gran enemigo. La cal contribuye también a que los interiores, generalmente desprovistos de ventanas, sean más luminosos.

Los muros enlucidos se decoran a veces con cenefas pintadas, líneas, retículas o motivos geométricos con almagre o azulete.

Las cubiertas del poblado son planas en aquellos lugares donde la lluvia es escasa o ligeramente inclinadas hacia la calle en caso contrario. La techumbre se sostiene sobre vigas de madera apoyadas en el muro maestro y en el exterior, que son más sólidos. Sobre estas vigas se dispone un entramado de cañas, ramas y paja recubierto con barro hasta formar una superficie impermeable. En algunos casos se usan tejas de arcilla planas,

En Cataluña abundan los poblados fortificados sobre cerros de los que dependen alquerías diseminadas por su territorio, en llano.

En Levante abunda el poblado fortificado en cerro y los asentamientos en llano, pero también existen torres o fuertes que controlan el territorio y pueden servir de refugio a los campesinos.

En el valle del Guadalquivir y campiñas de Jaén y Córdoba encontramos poblados fortificados en los cerros con tendencia a la concentración en los más fuertes, al tiempo que en los llanos y cerretes del entorno hay recintos y alquerías fortificados dependientes del principal.

## **Las fortificaciones**

Los poblados ibéricos están dotados desde muy antiguo de fuertes murallas, tan fuertes que en ocasiones no guardan la debida proporción con la categoría del poblado y uno se acuerda de aquella anécdota atribuida al cínico griego Diógenes que aconsejaba a los habitantes de cierto lugar que cerraran las puertas de la muralla, no se les fuera a escapar la ciudad.

La parte más monumental del poblado ibérico son las murallas, en acusado contraste con las viviendas, que suelen ser bastante modestas. Desde luego el esfuerzo de construir muros tan espesos y bastiones tan potentes no parece corresponderse con el frágil urbanismo que encierran. Se sospecha que lo hacen por razones de prestigio, por mero alarde o por una rivalidad provinciana con los poblados vecinos.

Los iberos conocen y aplican todos los adelantos de la fortificación antigua: bastiones poligonales que defienden las puertas, torres de flanqueo, dobles muros, muros ataulados, saeteras, enfiladas mortíferas, fosos, escarpes, losas y hasta piedras angulosas hincadas frente al muro para dificultar la aproximación del enemigo (o sea, caballos de Frisia)... no les falta de nada. No sabemos muy bien si se trata de desarrollos autóctonos, propios de una sociedad guerrera, o simplemente herencia de culturas anteriores. En última instancia, las técnicas fortificadoras proceden de Oriente, de Egipto y Mesopotamia y especialmente de Asiria que transmitió sus conocimientos al imperio babilónico y a los persas. Es posible que esas innovaciones llegaran de la mano de los cartagineses, aunque no se puede descartar que fueran ya conocidas aquí puesto que casi todos esos adelantos están ya presentes en el poblado de los Millares, en Almería, que es de la Edad del Cobre.

En la segunda mitad del siglo -III, durante la Segunda Guerra Púnica que enfrenta a romanos con cartagineses en medio de una gran inestabilidad política, el panorama cambia y las murallas, hasta entonces elemento de prestigio más que otra cosa, se hacen necesarias para contener a ejércitos más numerosos y mejor armados.

Las murallas ibéricas solían enlucirse y encalarse, con lo que el sol, brillando en ellas les daría un aspecto imponente, además de cegar al enemigo. Quizá también las hubo pintadas de rojo, con óxido de hierro.

En Giribaile u Orisia no quedan más defensas que aquella muralla desmoronada en un montón de cascotes, pero el visitante tiene en la memoria otras fortificaciones ibéricas que conoce, desde los enormes bastiones ataulados del Puente de Tablas en Jaén a la muralla circular de casamatas de la fortaleza de Arbeca, en Tarragona.

## **La casa**

Antes de los iberos abundaban las chozas de planta circular, el tipo de vivienda que mejor aprovecha la relación material-espacio. No obstante, cuando se trata de construir dentro de un recinto amurallado, en el que el espacio no sobra, el mejor diseño es el cuadrangular, que los iberos adoptaron desde sus poblados más antiguos.

La casa ibera suele ser de reducidas dimensiones, sobre veinticinco metros cuadrados construidos, pero también las hay mayores, de hasta cien metros. Suele constar de una sola planta, a veces con un altillo practicable entre el techo y la cubierta, que sirve para almacenar víveres o enseres. Las casas de

los régulos son mayores, en casos excepcionales de hasta nueve habitaciones, estructuradas alrededor de un patio central, con dependencias para usos especializados. No ha llegado hasta nosotros ninguna casa iberica íntegra, solo ruinas en sus meros cimientos. No obstante, por el grosor de los muros se puede calcular la elevación y en algunos casos nos permite suponer la existencia de dos pisos de techo no muy elevado.

Casi todas las viviendas constan de una habitación central, alguna secundaria y un patio, a veces con porche. La habitación principal de cada casa tiene unos cinco metros de lado. Prácticamente viven ahí: el hogar en el centro y bancos alrededor en los que por la noche extienden mantas y colchonetas y se echan a dormir.

El hogar es el punto donde arde el fuego que sirve para cocinar, calentar e iluminar la estancia que era a la vez cocina, sala de estar y dormitorio. Suele emplazarse en el centro de la estancia cuadrangular, marcado por una solera de tierra apisonada o de piedra (empedrado o enlosado), rodeada de un círculo de piedras que limitan el fuego de palos, granzas o carbones. El visitante recuerda las antiguas cocinas de los cortijos andaluces y castellanos, que respondían al mismo criterio: el hogar en el centro o en un lado y, alrededor, poyos de piedra que sirven de asiento de día y de cama de noche.

La parte fundamental de la casa iberica es esa primera estancia, con puerta a la calle. Podemos imaginar a la familia reunida en torno al hogar en las frías y oscuras noches de invierno, como hasta la aparición de la televisión hemos venido haciendo los españoles en torno a la mesa camilla, con su brasero, para charlar y contar historias y como espacio de encuentro en el que también se transmiten los valores de la familia o de la sociedad y su cultura.

El humo, que asciende verticalmente, sale al exterior por una abertura de la techumbre o en ciertos casos escapa más difuso por entre las cañas que componen la techumbre entera. En cualquier caso no disponían de verdaderas chimeneas, todo lo más trampillas elevables, por lo que los hogares y las personas deberían oler a humazo y a humanidad.

En torno a la estancia principal se disponían los poyos de mampostería corridos de que hablábamos (quizá hubo también bancos de madera transportables). En algunos hogares ibéricos vemos nichos en el muro, que sirven de alacena, o mechinales que quizá sostuvieron las tablas de los vasares. En cualquier caso solo podemos imaginarnos el posible mobiliario de madera: muy escaso, quizá solo cantareras para las vasijas, banquetas para

sentarse, catres trenzados de esparto o saco para dormir, arcones para guardar ropa, enseres o alimentos, esteras de esparto para el suelo o para tapar vanos de puertas y ventanas y unos pocos cacharros de cocina: ollas, platos, cuencos, cuchillos de hierro parecidos a la falcata, asadores largos.

La casa del pobre es pequeña y angosta, no mayor que un estudio moderno, con todas las funciones acumuladas en el salón, que es a la vez comedor, cocina y dormitorio. Por el contrario, en las casas de los más pudientes se observa cierta comodidad: además del salón-cocina puede haber estancias destinadas a dormitorio, a despensa, a almacén e incluso para las mujeres, un espacio donde instalar el telar.

# CAPÍTULO 11

## **BUSCARSE LA VIDA**

¿De que vive esta gente?

Los iberos desarrollan una economía capitalista de base agropecuaria (y minera en algunas zonas). Además de los campesinos y pastores propios de este tipo de sociedad, cuentan con los obreros especializados necesarios para la producción de bienes de consumo (herrereros, ceramistas, carpinteros, estereros, tejedores, albañiles, y maestros en distintos oficios). En un nivel superior está la minoría dirigente, que administra el poblado y obtiene la mayor parte de las plusvalías generadas en el más puro clientelismo capitalista. Los excedentes de producción se canalizan a través de un activo comercio por medio de arrieros y carreteros que llevan y traen productos a otros poblados indígenas o a establecimientos griegos o fenicio-púnicos.

### **El paisaje productivo**

En las llanuras fluviales, los iberos cultivan cereales y leguminosas; en los montes, apacientan sus rebaños. El paisaje agrícola apenas acusa la intervención humana. No practican el aterrazamiento que más adelante permitirá extender los cultivos a los cerros. Solo roturan las llanuras cercanas a los poblados. El resto del paisaje lo señorea el bosque mediterráneo con su mezcla de encinas, acebuches y alcornoques. A partir del siglo -v las técnicas de cultivo mejoran con la incorporación del arado de reja metálica tirado por bueyes o por mulos (el llamado arado romano, que ha permanecido inalterado hasta la aparición de arados de hierro completos a principios del siglo xx).

Los iberos suelen sembrar alternativamente cereales (cebada, trigo) y leguminosas (habas, lentejas, guisantes), a veces en alternancias de una cosecha, otras veces de dos.

Las leguminosas como las habas (*Vicia faba*), los guisantes (*Pisum sativum*) y las lentejas (*Lens culinaris*) se alternan con los cereales, especialmente desde que han descubierto su capacidad de generar nitrógeno. De esta manera se permite la recuperación del campo sin necesidad de dejarlo en barbecho. Suelen combinar el trigo desnudo (*Triticum aestivum*) y la cebada vestida (*Hordeum vulgare*), pero también conocen cereales más bastos como la escanda (*Triticum dicoccum*), el mijo y la avena.

El cereal se conserva en tinajas, en silos subterráneos o en hórreos.

En los tiempos de Tartessos los colonizadores introdujeron en la península las especies cultivadas de la vid y del olivo. Los primeros iberos fabricaban vino y aceite, aunque es posible que lo hicieran en poca cantidad y se reservara solo para las clases dirigentes.

La vid se cultivaba desde el siglo -VII en las zonas de Cádiz donde existían asentamientos fenicios y el vino se conocía y fabricaba, al menos, desde el siglo -VI.

Uno de los componentes del bosque natural de la península era el acebuche, o sea el olivo silvestre (*Olea oleaster*), asociado al alcornoque y al lentisco. En Málaga, en la famosa cueva de Nerja, se han encontrado restos de acebuche de hace diez mil años. Pero los restos de olivo cultivado (*Olea europaea*) más antiguos hallados hasta ahora, los del poblado de Los Millares, en Almería, de hace unos tres mil años, permiten suponer que lo trajeron del oriente mediterráneo los fenicios que denominaban a Cádiz, *Kotinoussa*, o sea, «isla del acebuche». Aquel bosque de alcornoques y acebuches todavía subsiste en la sierra de Huelva, en torno a Aracena. Es un ecosistema con su fauna asociada de ginetas, mochuelos, liebres y zorzales.

En un principio, los iberos importaban aceite de los países mediterráneos, sobre todo de Grecia (se han encontrado los envases, las ánforas en la que los griegos exportaban su aceite).

Seguramente los bosques que rodeaban los poblados iberos serían de explotación comunal y de ellos extraían madera para construir, leña para quemar, carbón (que se ha seguido fabricando por el mismo procedimiento hasta el siglo xx); carne (ciervos y jabalíes, incluso osos) y frutos silvestres, especialmente bellotas, castañas, aceitunas, madroños y algarrobas.

La ganadería ibera es la propia de un país mediterráneo. Ovejas, vacas, cerdos y gallinas. Aprecian los ganados que proporcionan productos secundarios (leche, fuerza de trabajo, lana, estiércol) y solo cuando son viejos e improductivos, o excedentes de rebaño, los sacrifican para aprovechar la carne, las pieles y los cuernos. Los iberos son muy cazadores y tienen la suerte de que la caza abunde más que en tiempos de sus descendientes, los de la escopeta repetidora, los domingueros que han esquilado la fauna nacional. Entonces en casi todos los bosques proliferan los ciervos y los jabalíes y no digamos los conejos y las perdices.

Tienen caballos, mulos y asnos. El caballo autóctono es pequeño, de unos ciento veinte centímetros de alzada, poco mayor que un *pony*, cabeza grande de perfil convexo, cuartos estrechos y crin puntiaguda. El caballo actual, más grande, es resultado de la mezcla del peninsular con el caballo Tarpán, algo más grande, que vino del norte de Europa con las migraciones celtas.

El asno, probablemente de origen africano, es un elemento de prestigio. Mucho tendrá que caminar la historia para que en la época medieval desprestigie montar en asno e incluso sea causa de pérdida de nobleza.

En los poblados costeros se suman las actividades pesqueras a las cinegéticas. El ibero pesca con red, con anzuelo y con diversas clases de trampas. La pesca alienta diversas industrias derivadas, como la construcción naval y las conserveras, especialmente el *garum*, la famosa salsa que no puede faltar en la mesa romana y, en general, en la mediterránea.

Luego están las minas, la gran fuente de riqueza de los poblados que dominan un yacimiento importante, entre ellos Cazlona, la vecina de Orisia, la de la guarnición romana que desencadenó la tragedia contada al principio de este libro. Para que el mineral alcance sus mercados ultramarinos es necesario transportarlo hasta la costa. Algunos poblados viven de cobrar el derecho de paso por su territorio, que constituye una renta fija que les cae del cielo, tan ricamente, mientras controlen los pasos y no se los dejen arrebatar por el vecino, lo que nos lleva, nuevamente, a la guerra.

La riqueza adopta tres formas entre los iberos: metales, ganados o alimentos. Entre los alimentos se valora mucho el cereal. Los iberos más pudientes, o las comunidades más previsoras, guardan su excedente de cereal en silos subterráneos o en graneros elevados. Los silos subterráneos son unos depósitos en forma de bolsa con capacidad para unas tres toneladas de grano. Suelen excavarlos en la roca viva o en la tierra y los revocan interiormente con arcilla para impermeabilizarlos y evitar que el grano se humedezca y fermente. Por el mismo motivo se evita la entrada del aire llenándolos hasta arriba y sellándolos con una tapadera de piedra o cerámica pegada con mortero. Muchos silos se conservan perfectamente incluso después de que la casa desaparezca sin dejar rastro. A veces, cuando ya están en desuso, se convierten en vertedero de basuras. Cuando un arqueólogo encuentra uno de estos vertederos se relame de gusto porque le viene a las manos una valiosa información. Piense el lector lo interesante que sería dar con un basurero actual dentro de dos mil años: envases de latas de sardinas (o de caviar Beluga), cartones de *pizza*, teléfonos móviles obsoletos, rellenos de sujetador,

yogures, una hoja parroquial, botellas de *whisky*, tapones, un teclado de ordenador, condones usados, pilas alcalinas, platos rotos, juguetes deshechados por el rey de la casa, etc. Eso que a nosotros nos parece simple basura maloliente, podría, convenientemente dispuesto en las vitrinas de un museo, con sus textos explicativos, dar una idea bastante aproximada de cómo vivimos. Cuando llegue ese momento habrá muchos objetos de difícil clasificación. Por ejemplo, es posible que para entonces no se sepa la función de una pila alcalina o de la pequeñita que hace funcionar un reloj de pulsera. En tal caso, es bastante probable que se rotule como objeto de culto. Cualquier cosa menos admitir que se desconoce para qué sirve.

En algunas comarcas norteñas, los iberos construyeron almacenes de grano elevados sobre muros de piedra paralelos, probablemente con el piso de madera. Estos son los lejanos antecedentes de los hórreos y las pallozas que siguen alegrando el paisaje de la cornisa cantábrica.

## **Minería**

La minería, ya lo estamos viendo, era vital. Muchos asentamientos mineros se situaban en cerros bien defendidos. Algunos generaron, en el transcurso de siglos de explotación, enormes vertederos de escoria, con infraestructuras industriales notables. En el cerro de la Calera, en Dólar, Granada, existe un camino tallado en la roca para facilitar el acceso de los carros que transportaban el mineral.

## **El comercio**

Los iberos son buenos comerciantes. Entre los poblados ibéricos se produce un activo trapicheo. Cada cual cambia sus excedentes de víveres o de productos manufacturados por otros necesarios. Los buhoneros los llevan y los traen para comodidad de los productores. A una escala superior, que requiere cierta infraestructura financiera, están los comerciantes comarcales, con mayor capacidad adquisitiva y recursos suficientes para alcanzar mercados lejanos. Finalmente está el gran comercio, el que surte los grandes mercados portuarios, terminales del comercio internacional, que está en manos de los jefes importantes.

El comercio internacional no es nada novedoso entre los iberos. Hace más de mil años que se comercia activamente en toda la ribera mediterránea. Los barcos van y vienen entre los puertos comerciales (*emporiae*) que, a su vez, son terminales de rutas terrestres o fluviales jalonadas de poblados o instalaciones en las que pernoctan los carreteros y arrieros.

Los iberos comercian con los griegos (foceo-massaliotas), con los fenicios y con sus primos los cartagineses. Sobre todo exportan materias primas (metales, cereales, aceite) y, a cambio, reciben productos manufacturados procedentes del oriente mediterráneo más desarrollado (cerámica, objetos de metal, joyas, telas). Es el típico comercio de pueblos subdesarrollados con otros que han alcanzado mayor nivel industrial. En el norte, el comercio exterior se canaliza hacia el mundo griego, especialmente foceo, siempre deficitario de cereales. En Levante y el sur se comercia con los púnicos, que controlan el comercio desde sus bases de Ibiza (Ebusus).

El comercio requiere inversión. Los principales impulsores del mercado son los jefes de los poblados que acumulan los excedentes exportables y controlan los caminos por los que viajan los productos. También distribuyen los beneficios de ese comercio entre sus clientes, después de quedarse con la parte del león, naturalmente.

Seguramente estos tratos no se diferenciaban de los que se hacían en Oriente, donde era normal pagar una señal al comprometerse, ante testigos honorables. Los primeros mercadeos de los iberos se hacían por el sistema de trueque, yo te entrego una talega de trigo y tú me das una paletilla ahumada, pero después la generalización de la moneda agilizó el proceso.

## **La moneda**

La moneda se inventó en Lidia, una región de la actual Turquía, hacia el siglo -VII, y tuvo tanto éxito que se divulgó rápidamente por el Mediterráneo.

La moneda, como es de sentido común, era una pieza metálica fácilmente transportable. Su valor dependía al principio del contenido metálico, especialmente si era de oro o de plata, aunque con el tiempo fue valorándose también el prestigio de la ciudad o estado emisor, que garantizaba su valor.

La acuñación era importante. Un artesano del metal fabricaba los cuños, dos cinceles en los que se grababa el dibujo de la moneda, generalmente el símbolo y el nombre de la ciudad. Estos cuños se grababan a martillazos sobre discos metálicos del peso adecuado. El resultado eran monedas del mismo peso y valor aunque no había dos iguales porque raramente se centraba el cuño sobre el disco de metal.

Los iberos manejaron monedas griegas o fenicias y cuando se decidieron a acuñar las suyas, en el siglo -III, imitaron las de sus socios de ultramar<sup>[11]</sup>. Los lectores de mi generación, los que ya hemos cumplido el medio siglo,

conocimos unas monedas de cinco y diez céntimos de aluminio, la «perra gorda» y la «perra chica», que tenían en la cara un guerrero antiguo, a caballo, con lanza y en la cruz el escudo nacional. El guerrero era un homenaje a una de las primeras monedas que circularon por la península, la dracma ampuritana, acuñada en las colonias foceas de Ampurias y Rosas, que representaban al caballo alado de la mitología griega, el Pegaso. Otras monedas del área púnica (acuñadas en Gades, Cartago Nova y Ebusus) recogían diferentes motivos. También hubo monedas autóctonas como las de Arse (Sagunto).

El mundo de la moneda antigua es bastante confuso. En la península se encuentran acuñaciones con leyendas púnicas, libio-fenicias, ibéricas, latinas y hasta bilingües ibero-latinas. Es posible que en algunos casos la moneda con leyenda latina preceda a la leyenda ibérica. En el sur, las primeras monedas púnicas dan lugar a imitaciones locales en Cádiz (Gadir), Málaga (Malaka), Almuñécar (Sexi) y Adra (Abdera, Almería).

A partir del siglo -II, ya bajo dominio romano, muchas ciudades acuñaron su moneda, a imitación de la del ocupante. El emperador Calígula suprimió estas acuñaciones locales en el año 41. A partir de entonces solo se admitió la moneda romana.

## CAPÍTULO 12

### *A DIOS ROGANDO*

Los iberos, como todos los pueblos de la antigüedad, eran muy religiosos, aunque no es probable que disfrutaran una casta sacerdotal que les administrara las conciencias, les impusiera dogmas, los aterrorizara con el infierno y los sangrara con exigencias de diezmos, primicias o donaciones y limosnas destinadas al culto y al sostenimiento de los ministros. La religión de los iberos debió ser simple y alegre y sus relaciones con la divinidad se basarían en la sensatez y la complicidad, sin mucha necesidad de intermediarios: el creyente realiza una ofrenda y el dios le entrega algo a cambio, bienestar, salud, o protección.

Los dioses debieron ser fuerzas de la naturaleza, aunque después, influidos por los fenicios y los griegos, se asimilaran a dioses conocidos, en especial a la Diosa Madre.

#### **La diosa**

En los tiempos prehistóricos, los pueblos mediterráneos adoraban a una Diosa Madre de la que dependían la fecundidad de las cosechas, de los animales y la sucesión conveniente de las estaciones del año (vitales para la actividad agropecuaria). Esta señora de la vida y de la muerte (porque tras la muerte del invierno resucitaba en la primavera) se ha manifestado en diferentes culturas bajo formas diversas: las Venus paleolíticas, la Innana de los sumerios, la Ishtar de los acadios, la Isis egipcia, la Astarté fenicia, la Tanit cartaginesa, la Uni de los etruscos, la Artemio Efesia de los griegos focenses, la Deméter, la Artemisa o la Hera griega, la Juno romana y sus sucesoras.

No sabemos con qué nombre adoraron a la Diosa Madre los iberos, pero es evidente que le rindieron culto como el resto de los pueblos mediterráneos y que, llegado el caso, la asociaron fácilmente a sus equivalentes griegas, fenicias, púnicas y romanas. Desde el siglo -IV abundan los pebeteros (quemadores de perfumes) con forma de cabeza de diosa adornada con sus atributos (espigas, racimos de uva, palomas).

Este culto de la Diosa Madre ancestral se cristianiza y prolonga en la mariolatría o adoración a la Virgen María. En realidad, lo único que cambia es la advocación de la diosa, porque el lugar sagrado se perpetúa. Por eso

muchos santuarios marianos actuales ocupan el mismo lugar de los antiguos santuarios precristianos, con sus fuentes, sus cuevas, sus peregrinaciones, sus ritos curiosos, sus ofrendas, sus exvotos y sus canciones.

Las representaciones de la Diosa Madre bajo sus distintas advocaciones abundan en Iberia. Uno de los grandes relieves del mausoleo de Pozo Moronos la muestra sentada, desnuda, con tres pares de alas desplegadas y las piernas abiertas, en actitud paridora, con ramas llenas de pájaros en las manos. No cabe una expresión más plástica de la deidad dispensadora de vida.

En otras ocasiones, esta diosa que fertiliza los campos y los rebaños, aparece flanqueada por parejas de caballos o de otros animales.

Como protectoras de la fecundidad, algunas diosas mediterráneas se relacionan con la prostitución sagrada, entre ellas la Astarté fenicia. Esta costumbre incluso llegó a la Roma imperial en Pyrgi y en la propia ciudad de los Césares. Practicaban la prostitución personas de uno y otro sexo, especialmente las mujeres. En Kition se denominaban *hieródulas* o servidoras de Astarté. Las devotas acudían a ciertos templos y se entregaban los forasteros en celdas individuales. En Herodoto leemos:

... la costumbre más ignominiosa de los babilonios es la siguiente: toda mujer del país debe, una vez en su vida, sentarse en el santuario de Afrodita y yacer con un extranjero. (...) se sientan en el santuario con una corona de cordel en la cabeza (...) y no regresan a su casa hasta que algún extranjero les echa dinero en el regazo y yace con ella en el interior del santuario. Y al arrojar el dinero basta con que diga «Te reclamo en nombre de la diosa Milita (como llaman los asirios a Afrodita). La mujer sigue al primero que la requiere, sin despreciar a nadie. Tras la relación sexual, cumplido el deber para con la diosa, regresa a casa y lleva una vida honesta. Como es lógico, todas las mujeres guapas y esculturales se van pronto, pero las feas esperan mucho tiempo sin poder cumplir la ley, algunas hasta tres y cuatro años».

La prostitución sagrada era un vestigio de un rito propiciatorio de origen neolítico, o incluso anterior, encaminado a estimular la fecundidad de la naturaleza vegetal y animal. Celdas para la prostitución sagrada se han encontrado en el santuario de Cancho Roano (Badajoz) y en Cástulo (Jaén).

Es posible que los iberos realizaran rituales fecundantes como otros pueblos mediterráneos. Quién sabe si esas danzas bastetanas o las que retratan las cerámicas levantinas no terminaban en revolcón, como en las fiestas grecorromanas de Dionisos, tras la *phalephoria* o alegre procesión del falo, seguida de orgía ritual que aseguraba la fecundidad de la tierra.

En una tumba de Galera (Granada) aparece un recipiente de libaciones rituales de origen fenicio o chipriota, del siglo -VI, que representa a Astarté.

La diosa está sentada y el líquido de la libación, leche, aceite, hidromiel, agua lustral o cualquier otro fluido asociado a la fecundidad, se vertía por un sumidero situado en la cabeza y le manaba de dos agujeros abiertos en los pechos en el sitio de los pezones, desde los que caía en el recipiente que la diosa sostiene entre las manos.

La diosa de la vida y de la muerte se reproduce con frecuencia en urnas crematorias y en diversos elementos funerarios. Las damas de Elche y de Baza, con sus huecos para guardar las cenizas de los difuntos correspondientes, puede que representen a esta diosa.

Es posible que los iberos expusieran los cadáveres de sus difuntos para pasto de animales, entre ellos los buitres, que entonces no serían especie en peligro de extinción. Las aves se asociarían al ultramundo al que aspiraban los difuntos. De hecho, la diosa de la vida y la muerte se suele simbolizar con palomas u otras aves. La Dama de Baza presenta un respaldo con dos proyecciones en forma de alas.

En Elche ha aparecido una esfinge (león con cabeza de mujer y alas) que porta sobre el lomo una diminuta figura humana, presumiblemente el alma del difunto, y sobre las garras delanteras la imagen de Astarté o Tanit, otra diosa de la muerte. El animal alado debe ser lo que los griegos llamaban un *psicopompo*, un portador de las almas a la otra vida, y la diosa de la muerte lo guía.

Los iberos engalanan la imagen de la Diosa Madre con joyas y vestiduras lujosas. La Dama de Elche, que debe ser una imagen de la diosa, está recargada de joyas. Seguramente el tesoro tartésico de El Carambolo perteneció a una imagen de la Diosa Madre. Las Damas parecen replicas de otras imágenes, que serían maniqués de madera, imágenes de vestir, con solo la cabeza y las manos, como ocurre en los cultos de otras madres mediterráneas, sean Isis, Atena, o Tanit. Es evidente que la costumbre ha perdurado o se ha reproducido con las imágenes de la Virgen María.

## **Los dioses pastores**

La diosa que reinaba en todo el Mediterráneo, sin competencia alguna, se vio un día amenazada por los dioses pastores, solares, que impusieron los dorios y los hebreos. Estos dioses se vinculaban a ciertos animales pastoreables que suministraban la imagen sagrada, principalmente el toro, el morueco y el caballo. Algunas esculturas de animales sugieren la majestad y el poder. Pensamos en el toro de Porcuna, que luce en el testuz una flor de la

que brotan varios lotos o en los toros de Guisando. Diodoro de Sicilia señala que las vacas eran sagradas o semisagradas porque descendían de las que Hércules regaló a un rey. En algunos santuarios, como el de Mula, en Murcia, abundan las representaciones de caballos (quizá el animal favorito de la divinidad).

## **Gárgoris y Habis**

Los iberos alcanzarían formas religiosas complejas, con sus mitos, igual que los otros pueblos mediterráneos, y puede que tuvieran un panteón poblado de dioses, pero debido a la ausencia de literatura ibera no sabemos casi nada de ese panteón. Entre los mitos que nos han transmitido autores grecolatinos destacan el de Gerión y el de Gárgoris y Habis.

Gerión era un gigante con tres cuerpos unidos por la cintura.

Según Hesiodo, era hijo de Crisaor «el de la espada de oro»; según Homero y Herodoto, era hijo de Tifón y de la serpiente Equidna. El gigante tripartito cuidaba con esmero un rebaño de vacas rojas, retintas, de poca leche y buena carne, que pastaban en Iberia. Lo ayudaba un perro, Ortro, muy aparente para la vigilancia del rebaño porque tenía dos cabezas.

Hércules derrotó a Gerión y le arrebató el rebaño. Se trata evidentemente de un mito relacionado con el tiempo de los pastores.

El mito de Gárgoris y Habis, por el contrario, es propio de la sociedad urbana oriental, agrícola y sedentaria. «Los primeros habitantes del bosque de los tartesios —cuenta Justino (XLIV, 4)— tras la lucha mítica de los titanes con los dioses, fueron los curetes. De ellos el rey más antiguo fue Gárgoris, el descubridor del arte de recoger y aprovechar la miel. Una hija suya tuvo un niño, acaso por obra de amores incestuosos, lo que avergonzó mucho al rey, que determinó deshacerse de él. Primero ordenó que lo abandonaran en el monte, pero animales silvestres lo amamantaron y alguien lo encontró vivo días después. Entonces lo hizo colocar en un sendero por donde pasaban los rebaños, para que lo aplastaran, pero también salió a salvo. Lo arrojaron luego a las perras y a las cerdas hambrientas que, en vez de devorarlo le ofrecieron sus ubres. Entonces Gárgoris lo arrojó al mar, pero, los dioses lo llevaron a la orilla donde una cierva lo encontró y lo crió. Creció el niño entre su familia animal, ligero y veloz como ella, hasta que Gárgoris lo reconoció y admirado de su destino lo designó sucesor con el nombre de Habis».

«Habis fue un héroe civilizador. A un pueblo bárbaro, como el que heredó,

le dictó las primeras leyes civilizadoras y le enseñó a cultivar la tierra con los bueyes y los arados, lo que hasta entonces no se conocía; de esta suerte, los tartesios aprendieron a nutrirse con alimentos más finos y regalados. Aún hizo algo más trascendental; prohibió el trabajo a una parte de sus súbditos, a los nobles, y repartió a los restantes, a la masa, en siete ciudades y acaso en siete clases. Una vez muerto, sus sucesores rigieron los destinos de Tartesos durante muchos años».

Es seguro que los iberos tuvieron otros mitos, propios o importados de Oriente. En los relieves del mausoleo de Pozo Moro parece que asistimos a un banquete de algún dios infernal, sentado en un trono, con doble cabeza animal que devora a un hombre, una especie de inmenso Moloch. En otro relieve vemos a un personaje hercúleo, quizá un gigante, que arrastra sobre su hombro un árbol enorme lleno de pájaros. Probablemente son pasajes del mito mesopotámico de Gilgamesh, préstamos culturales llegados a través de los fenicios.

Los primeros templos urbanos que encontramos entre los iberos están asociados a los réculos del poblado y al culto a sus antepasados. Del bienestar del rey sacralizado depende la fertilidad de la tierra y de los rebaños. Con el tiempo, los clientes asumen como propio ese antepasado y el culto sale del ámbito familiar para instalarse en un templo, en el ámbito público, aunque al principio está asociado al palacio del señor.

Los paralelos en otras culturas mediterráneas confirman esta idea. En la isla de Eubea, (donde, según Homero se congregaron las naves griegas antes de marchar contra Troya, y el rey Agamenón de Micenas sacrificó a su hija Ifigenia para conseguir vientos favorables) se descubrió en 1981 a las afueras del pueblo de Lefkandi, un edificio del siglo -x. Tras la ruina de Micenas, en la Edad de Hierro griega, la población de Lefkandi veneraba a un héroe en su *heroonte* o santuario, un edificio rectangular con una estancia central en la que había un pozo funerario con dos habitaciones: en una se encontraron los restos de un carro y los esqueletos de cuatro caballos, sacrificados allí; en la otra, las cenizas del hombre y el esqueleto de una mujer, quizá su esposa, degollada para que lo acompañara a la eternidad (a su lado se encontró un chuchillo con mango de marfil). Como en la India de antesdeayer.

## **Templo y betilo**

Parece que los iberos no necesitaron templos, o por lo menos en sus poblados no se encuentran muchos edificios que puedan haber servido para

ese fin y los pocos que se encuentran parecen copias de modelos foráneos, fenicios o griegos.

Los posibles templos más antiguos constaban de una sala rectangular con un betilo en un extremo. El betilo es una piedra a veces esférica, otras veces en forma de columna redonda o cuadrada, acaso rematada en un capitel. Es posible que desde antes de los iberos se adoraran piedras sagradas en la península. En el museo de Arjona se conserva uno de estos betilos esférico, con una inscripción ibérica. Un ritual del santuario de San Vicente, en Portugal, mantenido tercamente a través de los tiempos, incluso en épocas cristiana e islámica, consistía en voltear ciertas piedras sagradas, quizá betilos.

Estos betilos son de influencia oriental, semita, llegada con los fenicios. En el templo de Edeta (en San Miguel de Liria) capital de la Edetania se encontró una cabeza femenina que representa a la diosa cartaginesa Tanit (lleva escritas en la frente las palabras *Dea Caelestis*, la denominación latina de la diosa).

Es posible que existiera una religión particular asociada al hogar de cada casa, vestigio de cultos ancestrales, y que luego este culto evolucionara en determinadas casas ilustres hacia un culto a los antepasados protectores cuyo sacerdote sería el jefe de la familia o *paterfamilias*. Ya quedan indicados los paralelos en otras sociedades mediterráneas. Recordemos la veneración doméstica romana a los lares, manes y penates en el oratorio privado de la familia, en una hornacina o habitación, que en algunos casos se extienden al ámbito público de un templo o capilla asociado a la casa.

En el caso de los iberos, los templos evolucionarán a partir de oratorios privados en las casas de los régulos más pudientes y luego se irían haciendo públicos para acoger la clientela de esas familias importantes. Es seguro que tendrían una función, además de religiosa, política, una forma de religión que justifica la preeminencia de una minoría sobre una mayoría, es decir, el eterno fundamento de casi todas las religiones, para qué nos vamos a engañar.

Los primeros templos eran una sala rectangular con un altar u hogar para libaciones o sacrificios en un extremo. En algunos poblados existe solo un espacio sagrado, que puede remitirnos a una única estirpe regia; en otros, por el contrario, existen varios, lo que puede indicar la existencia de diversas clientelas de príncipes aristocráticos, cada cual con su culto familiar, con su parroquia.

En los santuarios al aire libre pudo haber también algún templo. El del Cerro de los Santos pudo ser una cabaña rectangular de dieciséis metros de largo.

La evolución del templo abarca desde los edificios como Cancho Roano, en los que se alberga la triple función de palacio-templo y granero, hasta los templos urbanos independientes como el de Ullastret. En el siglo -III surgen otros de influencia griega dedicados a divinidades locales o más universales, como Tanit o Astarté.

Los arqueólogos identifican un posible templo en el poblado de Puig de Sant Andreu, en Ullastret, Gerona, un edificio rectangular cubierto de techumbre a dos aguas, con un porche abierto y un espacio cerrado rodeado de un poyo corrido y provisto de un hogar donde encender lumbre cerca de la cabecera. No es muy distinto a lo que sería la estancia principal de una vivienda, pero su amplitud sugiere que pudo tratarse de un espacio sagrado. No se descarta que pudiera albergar alguna imagen religiosa, aunque no se hayan encontrado rastros de ella.

Otro posible templo se ha detectado en La Quéjola (San Pedro, Albacete), en un pequeño poblado del siglo -v: al lado de la casa del jefe está el almacén donde guarda los excedentes (con muchas ánforas de vino) y un curioso edificio con fachada monumental de columnas con capiteles de arcilla y puerta cegada, lo que obliga a entrar por el techo (un detalle repetido en otros lugares). Dentro se ha encontrado un pebetero de diseño oriental que parece asociado al hecho religioso.

Uno se imagina la transposición de esa aldea a uno de nuestros pueblos de la España profunda: la plaza con la iglesia y la casa del alcalde o de los ricos con sus buenos graneros donde guardan el trigo, la matanza, los melones colgados de los techos, el depósito del aceite, alimentos sobrados para todo el año e incluso para vender los excedentes.

## CAPÍTULO 13

### *LOS SANTUARIOS*

Desde las más remotas épocas, la humanidad ha sentido que lo sagrado o numinoso se manifiesta en las montañas, manantiales, cavernas, formaciones rocosas, simas, bosques y otros accidentes geográficos desencadenantes de las energías telúricas. La transmisión de los lugares sagrados de una cultura a otra explica que muchos santuarios actuales estén situados junto a una gruta en una montaña rodeada de un bosque sagrado (*témenos*) y cerca de un manantial<sup>[12]</sup>.

Los santuarios eran lugares de culto y peregrinación, como luego lo han sido los santuarios cristianos de Roma, Jerusalén o Santiago. También eran centros de reunión de diversas tribus, territorio sagrado comunal, bajo el amparo de los dioses. Es bastante probable que en los santuarios se lograran acuerdos de índole política. No parece casual que algunos (Collado de los Jardines; El Pajarillo de Huelma, Jaén; La Encarnación, Caravaca, Murcia) estén emplazados en los límites entre el territorio de dos poblados, en lo que podríamos considerar tierra de nadie.

Los romanos primero y el cristianismo después destruyeron los santuarios de los iberos o, en algún caso, los sustituyeron por los suyos. Muchas ermitas actuales se construyen sobre dólmenes y monumentos más antiguos. En ciertas formas de culto popular perduran vestigios del antiguo paganismo: veneración de ciertas piedras sagradas, ritos de sangre o de sexo, etc.

No sabemos bien cómo organizaban sus santuarios los iberos, pero la tradición que recibieron muestra una influencia oriental clara, al menos en los santuarios tartésicos de Cástulo, Carmona, o El Carambolo, frecuentados desde finales del -VII.

Es probable que los iberos meridionales se dejaran influir por los fenicios, como en tantas otras manifestaciones culturales. Los primitivos santuarios fenicios, al igual que los cananeos, eran recintos al aire libre, sin altar, ni templo.

El santuario fenicio de Melkart, en Cádiz, era un espacio acotado al aire libre en el que se le prohibía la entrada a las mujeres y a los cerdos. Desde nuestra perspectiva actual —que es como no se debe juzgar la antigüedad— quizá esta exclusión de las mujeres nos sugiera un cierto antifeminismo. Es

posible que lo padecieran porque, además, los sacerdotes eran célibes y, aunque no es probable que estuvieran castrados, es seguro que eran reprimidos sexuales y se consideraban clase aparte de la comunidad, identificados claramente por la sotana de lino que vestían y por la cabeza tonsurada y cubierta por un velo.

¿Se parecía el santuario ibérico al fenicio? En algunos casos, puede que sí, pero no en todos. Ciertas figuritas de hombres y mujeres asociadas a los santuarios ibéricos parecen representaciones de sacerdotes y sacerdotisas, ellos tonsurados o velados y ellas luciendo peinados altos o tiaras. Algunos autores creen que se trataba de simples sacristanes, sin funciones sacerdotales.

El santuario era un espacio al aire libre, quizá acotado para distinguir el recinto sagrado del resto. Había un altar para sacrificios y libaciones y una fuente para las abluciones.

Desde la época tartésica, el ritual de los santuarios se basa en la ofrenda que el devoto ofrece a la divinidad: un objeto de piedra, metal o cerámica.

Estrabón asegura que los iberos sacrificaban «animales, no seres humanos como hacen los cartagineses; recogen la sangre en una cratera y atenúan los gemidos de la víctima con el canto de los asistentes y el sonido de la flauta». Como los griegos, después del sacrificio los participantes comían la carne de la víctima «sacrificial».

Parece que estos sacrificios cruentos no eran muy frecuentes y que la forma usual de trato con la divinidad consistía en las libaciones de agua, hidromiel, leche u otros líquidos. Quizá ofrecían también flores y luminarias de cera, de aceite o de sebo, o tortas cereales o cualquier otro alimento perecedero. Es posible que el ritual comprendiera la rotura de los cacharros en los que se había ofrecido la libación: en algunos santuarios se encuentran grandes depósitos de tiestos rotos cubiertos de ceniza.

¿Había imágenes de los dioses en los santuarios iberos? En unos casos se adoraría a los númenes invisibles que habitaban el lugar, espíritus asociados al paisaje o a una piedra o betilo; en otros, habría imagen, especialmente de la Diosa Madre, imágenes de madera profusamente vestidas y enjoyadas cuyo eco encontramos en las damas de Elche, en la de Baza, o en la de Obulco, la del museo de Jaén, con su serpiente en el hombro (la serpiente se asocia a lugares sagrados en el Mediterráneo). No es el único animal vinculado a la Diosa Madre. En algunas representaciones aparece con caballos o con caprinos y la diosa Astarte o Tanit suele relacionarse con la paloma. Todavía

la virgen del Rocío, probablemente instalada sobre un santuario precristiano, se simboliza con una paloma blanca, si bien en su romería, de carácter piadoso y cristiano, no se realizan los actos sexuales que pudieran sugerir la pervivencia de rituales fenicios en el caso de Astarté, la diosa de la fecundidad.

A lo largo de Sierra Morena hubo varios santuarios ibéricos. El principal fue el Collado de los Jardines, en Despeñaperros, hace dos mil seiscientos o dos mil cuatrocientos años y relativamente cerca el de Castellar de Santisteban, en las Cuevas de Biche, cinco grutas alineadas al pie de un acantilado donde el santuario funcionó hasta época romana, aunque su esplendor corresponde a la época ibérica<sup>[13]</sup>.

La Cueva de los Muñecos se abre en una enorme grieta, un abrigo decorado con pinturas rupestres que testimonian que este lugar era ya sagrado milenios antes de los iberos. Un agujero natural, una especie de pozo cuyo fondo no se aprecia debido a la maleza y a la oscuridad, protegido por una reja. Aquí arrojaban sus exvotos los peregrinos para conseguir los favores del dios del lugar, más bien de la Diosa Madre, la tierra viva.

También en el santuario griego de Delfos, se veneraba una grieta que comunicaba el mundo exterior con el inframundo misterioso del interior de la tierra. El Mediterráneo participa más o menos de las mismas religiones y, si examinamos las creencias de los celtas de la hiperbórea, encontramos las mismas semejanzas. Todos venimos a ser lo mismo: criaturas relativamente inteligentes que, por serlo, se afligen con preguntas que no tienen respuesta, pobres seres perdidos en el universo. El único animal que sabe que tiene que morir y se consuela inventando prórrogas ultraterrenas.

Los exvotos iberos cumplían la misma función que los exvotos modernos que adornan ermitas y santuarios cristianos: son regalos que se ofrecen a la divinidad para que cure la parte representada o como recompensa por haberla sanado. Hay exvotos que representan ojos, brazos, piernas, pies, manos, incluso órganos sexuales, pero son más frecuentes los del cuerpo entero de una persona o de un animal (caballos, bueyes).

Los exvotos difieren según los santuarios. Los que más abundan en los museos de todo el mundo proceden del Collado de los Jardines y son figurillas de bronce, fabricadas por el procedimiento de cera perdida y retocadas en frío con cincel. En el santuario de Cigarralejo (Murcia) los exvotos eran de caballos, seguramente porque la deidad del lugar protegía a

estos cuadrúpedos. En el Cerro de los Santos los exvotos son imágenes de piedra, de tamaño casi natural, de damas oferentes que sostienen entre las manos el recipiente de las libaciones. En el santuario de la Serreta de Alcoy (Alicante) son figurillas de barro cocido. Quizá en otros santuarios ofrecían libaciones de líquidos, tortas de harina o alimentos perecederos en lugar de exvotos.

El viajero imagina estos parajes en tiempos de los iberos. En las fechas más propicias al culto el santuario se pondría como una feria: las familias saludándose, los guerreros pavoneándose con sus mejores atavíos, la falcata brillante al cinto, el caballo a la brida, las doncellitas en flor cuchicheando y riéndose, los churreros haciendo churros...

El viajero, en sus imaginaciones, se permite ciertas licencias. Churros. ¿Por qué no iba a haberlos? ¿No daban aceite estos acebuches, no daban harina los campos del pan, no regalaban sus aguas delgadas y frías los arroyos cristalinos, no espejeaban las salinas al sol, no resplandecía el cielo impoluto...? Pues, churros.

Regresemos al Collado de los Jardines. En la meseta superior, a doscientos metros de la cueva, había una aldea entre crestas de roca que parecen clavadas por una mano gigante, un lugar de sobrecogedora belleza. Los pobladores de este lugar vivirían del pastoreo, pero también del negocio del santuario, como hoy los vecinos de Lourdes o de Fátima. Se han encontrado vestigios de fundición de exvotos que venderían en sus tenderetes a distintos precios, según el primor de la ejecución, desde los más simples, producto simplemente de cortar una barra y darle unos martillazos para indicar pies manos y rasgos faciales, a los más complejos y artísticos que representan una sacerdotisa con su manto picudo sostenido por algún artilugio similar a las peinetas que todavía usan las andaluzas en Semana Santa, las que lucen su palmito delante de los pasos o tronos de la Virgen o del Cristo. Una vez más hay que preguntarse cuántos usos del cristianismo proceden de antiguos cultos olvidados de los iberos o más antiguos aún.

## **Sepultura y mortaja**

Los enterramientos eran muy importantes en las sociedades mediterráneas (todavía lo siguen siendo). Algunos pueblos antiguos enterraban los cadáveres de sus muertos (inhumación); otros, los quemaban y enterraban los huesos (incineración o cremación). Se ha pensado que los que entierran lo hacen porque creen en la resurrección de la carne e intentan preservar el cadáver o

sembrarlo para que fructifique. El caso extremo son las culturas que momifican a sus difuntos, los egipcios, los incas, incluso el Vaticano con los últimos pontífices. Por el contrario, los pueblos cremadores podrían estar purificando al difunto o convirtiendo en humo sacrificial su envoltura material para que ascienda al cielo donde habitan los dioses. Las dos explicaciones son sugerentes, si bien una sencilla extrapolación a nuestras propias creencias sobre la vida ultraterrena nos muestra que inhumar o cremar no siempre tienen por qué justificarse con mitos sobre la otra vida, pueden ser simplemente cuestión de conveniencia o de costumbre, incluso de precio del entierro en determinados casos. Los pobres puede que ni siquiera tuvieran leña para quemar su cadáver, o simplemente preferían reservarla para empleos más útiles como calentarse en invierno o cocinar. Una pira como Dios manda costaba un dinero. De hecho, en ciertas culturas mediterráneas más conocidas, como la griega, las leyes limitaban el despilfarro de leña en las piras funerarias.

En España la forma de enterramiento más antigua es la inhumación. Solo a partir del siglo -IX aparece la cremación, unos siglos antes de los iberos, una costumbre funeraria en la que coincidieron tanto los celtas llegados de Europa como los fenicios del mediterráneo.

Debemos suponer que los iberos creían en el más allá, o en la certeza de que hay una vida después de este valle de lágrimas. Sin embargo, solo los miembros de la clase superior dejan huellas de rituales de enterramiento. Los cementerios son demasiado exigüos para los poblados. Faltan muertos. Algunos arqueólogos han supuesto que la ausencia de enterramientos pobres indica que el más allá estaba reservado solo a los ricos y poderosos «un privilegio que podía resultar más extraordinario en la medida en que fuera exclusivo y que excluyera a otros de su disfrute». Cuando el difunto pertenecía a una familia importante, su entierro manifestaba el prestigio de la familia, que debía demostrar y sostener el *status* del difunto. Los herederos no ponían pegos a la hora de rascarse el bolsillo, no solo por la euforia de heredar sino porque la demostración de *status* los ayudaba a mantener su categoría.

Los pobres, por su parte, aunque no renuncian a la vida ultraterrena, adaptan sus creencias a su capacidad económica, qué remedio. La escasez de enterramientos humildes nos lleva a sospechar que se limitan a transportar al muerto a un pudridero y abandonarlo sobre unas parihuelas altas municipales para pasto de las avecicas del cielo (entonces abundaban las colonias de buitres, sin peligro alguno de extinción) o en el mero suelo para alimento

indiscriminado de carroñeros y hormigas. El argumento a favor de los carroñeros, hiena, lobo o perros salvajes, cobra fuerza si consideramos que los iberos asocian el cánido a la muerte. En el museo de Jaén se exhibe una cineraria procedente de Villargordo en la que el cofre tiene la forma de lobo con las patas traseras en el suelo y las delanteras, piel y cabeza en la tapa. Parece que la urna en sí representa el vientre del lobo. Lo mismo cabe pensar de ciertas representaciones en las que se distinguen una cabeza de lobo que sostiene en sus fauces una figura humana (plato de Santisteban del Puerto, Jaén). En el monumento heroico fronterizo de El Pajarillo (Huelma, Jaén), siglo -IV, encontramos la figura de un perro o un lobo. Los hallazgos de enterramientos de perros y lobos en lugares sagrados y en el subsuelo de las viviendas (poblado de Turó de las Toixoneres, Calafell) así como las figuras de perros encontradas en espacios sacralizados (como el poblado de Mas Castellar de Pontós, Gerona) sugieren una sacralidad de los cánidos, que pudieron ser el tótem de las tribus o simplemente los animales que llevan al difunto al más allá.

Cuando un pobre muere, sus deudos también creen que prolongará su vida en el más allá, ¿por qué no, si la esperanza no come pan? Los pobres, por medio de sus ritos o de sus supersticiones, se aseguran también la pervivencia en el trasmundo. Pensemos en el cristianismo, una religión originariamente popular que promete la vida eterna para todos (si bien desde la invención del infierno, esa vida eterna podría resultar bastante incómoda). En aquellas sociedades donde el clero se ha puesto descaradamente al servicio de la clase explotadora, los pobres han desarrollado sus propias formas de religión sobre bases sincréticas y se han asegurado de este modo su acceso a los misterios del más allá, al margen de la religión de los poderosos. En la sociedad ibera pudo ocurrir otro tanto.

## **Funerales, tumbas, mausoleos**

El entierro ibero se parecería en más de un aspecto a los entierros tradicionales del área mediterránea, así que para imaginarlo echaremos mano de lo que sabemos de los rituales etruscos, griegos o púnicos de aquel tiempo.

El primer indicativo de la categoría del difunto sería la cantidad de gente del poblado y de otros limítrofes que acudiría a dar el pésame y a velar el cadáver, una estupenda coyuntura para socializar, hacer corrillos, contar chistes, chismorrear, criticar al difunto o a los deudos, o a sus herederos, y para cerrar tratos. Tras la vela o exposición ritual del difunto (*prothesis*),

ataviado con sus mejores galas, acompañado de sus herramientas más queridas, venía el entierro propiamente dicho o procesión fúnebre (*ekphora*), el traslado del muerto desde la capilla ardiente al cementerio en un carro convenientemente adornado para la ocasión, al que seguirían músicos (*aulos*) tañendo acordes funerales, coros de plañideras llorando a lágrima viva y prorrumpiendo en alaridos lastimeros además de arañarse cara y pecho, familiares cariacontecidos y amigos charlando en voz baja del tiempo, de las cosechas o de terceros. En el cementerio (o necrópolis) habría un crematorio (*bustum*) consistente en un foso lleno de leña. El cadáver se quemaba y los huesos que no se consumían se purificaban lavándolos con agua, se envolvían en una tela y se introducían en una urna funeraria de piedra o de cerámica que era lo que propiamente se enterraba junto con los objetos cotidianos del difunto: fíbulas, cinturón, collares, etc. Los cinturones solían dotarse de hebillas y placas con figuraciones sagradas, lo que los convertía en una especie de talismán. Esta sacralización del cinturón se originó en Irán y de allí se transmite a judíos y fenicios.

En algún momento del funeral habría danzas rituales acompañadas de música de flautas y crótalos.

En los funerales lusitanos de Viriato hubo combates rituales (Diod., 33, 21). Cuenta Apiano que los guerreros, tanto infantes como jinetes, «corrían alrededor del cadáver, con las armas desenvainadas y cantando sus glorias al modo bárbaro».

Los asistentes al entierro participaban también en un banquete funerario ofrecido por la familia doliente. Se sacrificaba un animal por el alma del difunto y su carne servía tanto para alimentar a los invitados, como a los dioses y al propio difunto, en cuya tumba depositaban una ración. Algunos alimentos parecían a propósito para la nutrición funeraria, especialmente el huevo y la granada, que eran símbolos de la renovación de la vida. Es lo que significan los huevos de avestruz, procedentes de África, que aparecen en enterramientos europeos desde tiempos anteriores a los iberos.

En el banquete funerario de postín, además de la sangre de los combates gladiatorios, tenía que correr el vino, que era un producto caro, casi siempre de importación y por tanto reservado a los pudientes. Obligadas eran las libaciones de vino, derramadas en tierra frente al altar o en el altar mismo para que lo aprovecharan los dioses. Incluso se vertía en la tumba por un agujero. En la cámara donde se encontró la Dama de Baza (que era una urna de las cenizas del difunto, con un agujero en el costado) había cuatro canales,

uno en cada esquina, que comunicaban con sendas ánforas.

El resto del vino lo consumían los participantes en el funeral solemne y gustosamente, en una ceremonia que reforzaba la cohesión social del grupo y anudaba alianzas. Después los vasos se depositaban en la tumba enteros o rotos, en un depósito adecuado (*silicernia*). Los objetos depositados en las tumbas suelen romperse o inutilizarse para evitar que los roben. La pátera de Tivissa (Tarragona), una de las más bellas muestras de arte ibérico, reproduce uno de estos banquetes funerarios.

Tras la ceremonia venía el entierro propiamente dicho, en la necrópolis. La tumba más simple es un hoyo excavado en el mismo lugar de la cremación, a veces una grieta en alguna pared rocosa. El hoyo se puede señalar con un montoncito de piedras o con una losa hincada. A menudo la urna cineraria que contiene las cenizas y los huesos del difunto se deposita dentro de una cista o sepulcro formado por unas cuantas losas de piedra o ladrillos, dispuestos en cuadro a manera de cofre contenedor de la urna y del ajuar. Este suele consistir en vasijas con alimentos procedentes del banquete funerario y objetos personales del difunto (sus adornos, sus armas, generalmente rotos y si se trata de armas de hierro, dobladas). La cista se cubría con otras losas o con una especie de tejadillo y sobre ella se acumulaba un túmulo de tierra coronado por una estela o cipo.

En los enterramientos se manifiestan diferencias importantes entre los distintos pueblos iberos. Los del norte practican enterramientos sencillos, apenas un montículo coronado por una estela de piedra. En la necrópolis aristocrática de Coll del Moro, cerca de Gandesa, los sepulcros son cajas hechas con losas que se recubren con un túmulo de tierra rematado por una losa vertical o un marmolillo.

En el sur, la cosa cambia. Los contestanos y edetanos (por Albacete) solían enterrarse en túmulos de planta cuadrada, un modelo que se hizo extensivo a otras regiones. Cuando el difunto tiene una extraordinaria relevancia social, como los reyes sacralizados del periodo antiguo, su tumba es tan monumental que la familia sacrifica en ella un patrimonio.

En los poblados ibéricos no se encuentran palacios de mármol ni viviendas lujosas, las casas de los ricos son como las de los pobres, fabricadas con los mismos materiales, solo que más grandes, con más habitaciones. El lugar donde verdaderamente se manifiesta la distancia social es la necrópolis, la ciudad de los muertos.

Allí la aristocracia eleva a la categoría de inmortales a los caudillos fundadores de su estirpe, los diviniza para que protejan a su estirpe o al pueblo y los sepulta en tumbas monumentales o *heroa*. En el fondo lo que se pretende es perpetuar el privilegio de la familia del heroizado cuidando de mantener su memoria. Es el mismo discurso que mantienen las monarquías por derecho divino, por nacimiento, la descendencia de un ser excepcional.

La tumba monumental suele adoptar la forma de una torre decorada con figuras de animales o escenas mitológicas, como el del famoso mausoleo de Pozo Moro, encontrado en Chinchilla, Albacete. Otros monumentos heroizadores son los de Obulco, en Porcuna o el Pajarillo, en Huelma.

A un nivel más modesto está la tumba con pilar-estela adornada con una única escultura. En unas y otras los animales representados, leones, toros, lobos, sirenas, esfinges o cualquier otro tótem de la estirpe o monstruo espeluznante protegen la tumba e intimidan a los profanadores.

Las necrópolis ibéricas suelen situarse al lado del camino que conduce al poblado, como hemos visto en Giribaile, de manera que la persona que se aproxima pueda contemplar los enterramientos, especialmente si son monumentales, y tenga una idea de la importancia y prestigio de la ciudad. La necrópolis de Pozo Moro está cerca de la vía Heraclea, la carretera general que comunicaba Andalucía y Levante.

Unos enterramientos monumentales que pasan más desapercibidos son los hipogeos (cámaras subterráneas bajo túmulo artificial) de influencia fenicia que imperó en Tartessos y aún antes<sup>[14]</sup>. A veces el hipogeo representa una vivienda palaciega en miniatura. El más notable es el de Toya, Jaén. En una cámara subterránea de Baza, en Granada, se encontró la famosa dama. Entre las de Tutugi (Galera, Granada) hay una tumba del siglo -IV que reproduce elementos arquitectónicos notables (zapatas decoradas) bajo un túmulo de dieciocho metros de diámetro. Estas tumbas palaciegas suelen incluir lujosos ajuares compuestos de una variedad de vasos griegos, de importación, con preferencia por las cráteras que servían para mezclar el vino, así como piezas cerámicas ibéricas adecuadas para guardar los huesos y las cenizas del difunto.

Hay otros enterramientos menos lujosos en túmulos rectangulares o escalonados, en piedra o en adobe, formando verdaderas calles como en nuestros cementerios actuales.

Debido a su interés arquitectónico o escultórico aplazaremos el comentario de estos monumentos para el capítulo del arte ibérico.

A un nivel algo más modesto simples losas o estelas en las que algunas veces aparecen filas de lanzas o escudos que señalan el número de enemigos muertos por el difunto (como las marcas en los aviones de caza en la II Guerra Mundial).

A veces se entierran fetos o restos de recién nacidos debajo de las viviendas u otros edificios del poblado. En Grecia se llamaba *enchytrismos*. Es una práctica común en el Mediterráneo y en la península incluso antes de los iberos.

Entre los fenicios y los púnicos persistió hasta épocas bastante avanzadas el sacrificio ritual de niños a Moloch, el Cronos o Saturno de los grecorromanos. El sacrificio de Isaac en la Biblia es un vestigio de estas prácticas tan extendidas entre los semitas. Las cenizas de las víctimas, generalmente primogénitos de las mejores familias, recibían sepultura en un santuario especial, el *tophet*.

¿Puede establecerse alguna relación entre estos hallazgos de cadáveres infantiles debajo del suelo de las casas y el tremendo rito oriental? Es lo que parecen indicar ciertos indicios encontrados en el poblado ibérico del siglo -VI de El Oral, en la desembocadura del Segura.

Los romanos, en su época arcaica, también conocieron los sacrificios de niños. El rey Tarquino los inmolaba a la diosa Mania, madre de los Lares.

Muchos pueblos de la antigüedad practicaron sacrificios humanos, casi siempre con prisioneros de guerra<sup>[15]</sup>.

El publicista don Jorge Alonso —cuyas teorías ya indicábamos al principio que se menosprecian en los ámbitos universitarios como provenientes de un aficionado indocumentado— ofrece una visión coherente de la religión de los iberos. Según él, existe una estrecha relación entre las religiones de una serie de pueblos mediterráneos (sumerios, egipcios, cretenses, etruscos, tartesios...) que estaban persuadidos de que las almas de los muertos pasan al mundo de ultratumba a través de una puerta, que a veces se dibuja en el enterramiento. A esta puerta llamaban *atin*, en ibero o *Atean*, en vasco —siempre según Alonso—. Los iberos estarían persuadidos de que las almas de los muertos iban al infierno donde una divinidad funeraria, la Señora o la Madre, decidía si volverían a resucitar o si permanecerían en el abismo de las llamas, no necesariamente sufriendo tormentos eternos como en el infierno cristiano.

Según esta cosmovisión, en las profundidades de la tierra existían ríos de fuego. Las grutas eran santuarios naturales por su condición de entrada a los infiernos «En la idea de que el fuego del infierno causa fuerte pena —escribe Alonso— una multitud de parientes del difunto está en la idea de pedir gracia y que se le conceda una buena acogida». Asevera este autor que los iberos estarían muy preocupados por su destino y alcanzarían una espiritualidad «casi cristiana».

La pena de fuego o «torrente de fuego» que atravesaban los muertos se llamaba en tartesio «tártaro», aunque Estrabón señala que en el interior de las tierras turdetanas «no están los infiernos sino Plutón, el dios de las riquezas» clara referencia a la riqueza minera de la región.

## **El misterioso lingote de cobre**

En algunos enterramientos ibéricos se observa que el empedrado que rodea el monumento es rectangular con los lados redondeados hacia dentro. Esa figura corresponde al *keftiu*, el lingote de cobre en bruto chipriota en forma de piel de carnero extendida, un diseño fácilmente manejable y apilable que se usa desde la más remota antigüedad en el oriente mediterráneo. En el palacio santuario tartésico de Cancho Roano hay un altar con esa forma y sobre él un pilar que hace de betilo.

Los iberos heredan de Tartessos esa abstracción geométrica de prestigio que se reproduce en el diseño de joyas y amuletos, así como a los basamentos empedrados de ciertos edificios nobles, especialmente los altares de sacrificio de bóvidos asociados al culto fenicio de Baal. La sacralidad del *keftiu*, que vuelve a aparecer en los pectorales de El Carambolo, continuó en época ibérica en altares y objetos religiosos.

## CAPÍTULO 14

### *CACIQUES, SIERVOS, MUJERES, NIÑOS*

El hecho de que la minoría aristocrática ibera, los primitivos señores de la guerra, controlara los medios de producción, acarrea una gran desigualdad social. Esta situación, iniciada antes de los iberos, desde que los poderosos se apropiaron los excedentes (de metal, de grano o de ganado), se acentuó con las exportaciones de metal a otras comunidades y con el comercio fenicio o griego.

En el poblado ibero hay pobres (mineros, destripaterrones, pastores) y ricos (los propietarios) y posiblemente algunos artesanos que consiguen un mediano pasar. Para unos y otros, entre los siglos -V, -IV, la esperanza de vida no supera los treinta y cinco años para los hombres y diez menos para las mujeres. Hoy las mujeres viven más, y eso lo tienen en cuenta incluso las compañías aseguradoras, de ahí que el estado ideal de la mujer sea la viudedad, pero entonces las mujeres se agotaban antes que los hombres debido a sus penosas condiciones de vida: un parto tras otro; una alimentación deficiente, especialmente después de perder los dientes (consecuencia de tantos partos); el extenuante trabajo doméstico (la molienda del grano entre dos piedras, el telar, la crianza de los hijos, las faenas agrícolas y ganaderas...).

En los siglos -III y -II las condiciones de vida mejoraron, la gente vivía algo más, pero, ni soñaban con las edades que hoy alcanzamos.

#### **La mujer**

La sociedad ibera está organizada para la guerra. La mujer no lucha, por lo tanto no puede aspirar al papel dominante del guerrero. En cambio, se gana el respeto como administradora de lo sagrado y como administradora de la escasez.

La situación de la mujer peninsular varía según la tribu a la que pertenece. Entre los cántabros de Santander, por ejemplo, la mujer domina al hombre: «es el hombre el que dota a la mujer y son ellas las que heredan y las que se ocupan de casar a sus hermanos: esto constituye una especie de ginecocracia, régimen que no es nada civilizado» leemos en Estrabón (III, 4, 18). Además, aquellos indómitos cántabros practican la covada, sorprendente costumbre

que escandalizó mucho al griego: «las mujeres, ceden el lecho a sus maridos en cuanto dan a luz y los cuidan» (III, 4, 17). Es decir, se comportan como si el que hubiera parido fuera el marido y ellas reanudan su trabajo como si nada, sin olvidar llevarle sopitas y mimos al «parturiento» que yace en la cama.

Esta costumbre se documenta también en otros pueblos antiguos como los corsos, y otros no tan antiguos, pero en cualquier caso primitivos, como los khasi de Asma, los iroqueses y los canarios.

La covada se ha interpretado de forma muy distinta. ¿Era un recurso mágico para espantar el mal de ojo que podía afectar a la feliz madre? ¿Era una manifestación del agobio que se apodera del varón al saberse padre, especialmente si la sociedad lo obliga a ser un padre responsable? ¿O será, como sugerían los evolucionistas hace dos siglos, el reconocimiento de la paternidad que marca el paso de la familia matriarcal a la patriarcal?

Existen razones para sospechar que entre los iberos mediterráneos se mantenían vestigios de antiguas sociedades matriarcales. Quizá la realeza se transmitía por vía femenina, un rasgo propio de las monarquías semitas más antiguas. Asdrúbal se casa con la hija de un rey ibero y lo reconocen como rey con plenos poderes (Dio. 25, 12). Aníbal hace lo propio, con la dulce Himilce, princesa de Cástulo, y también lo proclaman jefe.

Entre los iberos, el matrimonio de las hijas lo concertaba el padre. Sin embargo, entre los celtiberos, gente más agreste y, según los autores antiguos, menos civilizada, «las jóvenes no se casan con quien el padre quiere, sino que ellas escogen al pretendiente que más se ha distinguido en la guerra» (Salustio, *Hist.*, II, 91).

El objetivo de la vida de la mujer era casarse. Era deseable que llegara virgen al matrimonio. El romano Escipión se congració con los iberos al devolver intacta a su familia a una virgen que le había tocado en el botín. En Polibio encontramos un pasaje revelador: «La mujer de Mardonio, hermana de Indíbil, rey de los ilergetes, se echó a sus pies para suplicarle con lágrimas que cuidase de que se guardara más decoro con las prisioneras que el que habían tenido los cartagineses. Escipión, conmovido al ver a sus pies a una señora de edad avanzada de semblante venerable y majestuoso (...) y reparando en la hermosura de las hijas de Indíbil y de otros muchos régulos, (...) la consoló y le prometió que en adelante él mismo cuidaría como si fueran sus hermanas o hijas».

La situación de la mujer ibera variaba según su clase social. Si pertenecía a la aristocracia del poder y del dinero, gozaba de amplias prerrogativas, como se deduce de los ajuares de sus tumbas, que son tan ricos como los de los hombres. La mujer ibera aparece en las ceremonias religiosas en plano de igualdad respecto al hombre (lo vemos en las pinturas de los vasos de Liria), o en un nivel superior. A veces la divinidad se representa como una gran dama (Dama de Elche o de Baza). Incluso es posible que un grupo social tan prestigioso como el sacerdotal, estuviese integrado principalmente por mujeres (lo sugiere la dama oferente del Cerro de los Santos). Estrabón menciona que en la Bastetania los hombres y las mujeres bailan cogidos de la mano.

En cualquier caso, el trabajo de la mujer hace funcionar el poblado. Ella, además, colabora con el hombre en el cuidado del campo y del ganado e incluso lo sustituye cuando se va a la guerra (si es que no se ocupa del campo siempre, en lugar del hombre). Quizá, las frecuentes guerras favorecieron la importancia social de la mujer, pues ellas cuidarían de la casa y del poblado mientras los hombres se dedicaban a sus juntas, alardes, maniobras y expediciones de saqueo o defensa. Algo parecido a lo que ocurrió en la Primera Guerra Mundial, que impulsó la liberación de la mujer, al ocupar los puestos de trabajo en la fábrica, autobuses y oficinas mientras los hombres luchaban en las trincheras.

## **Vestido**

Los iberos vestían con sencillez y comodidad. Usaban una túnica de lino con mangas hasta medio brazo, el de las mujeres hasta los pies y el de los hombres hasta las rodillas.

La túnica se decoraba con cenefas pintadas y otros adornos bordados y se ceñía con un cinturón más o menos elaborado, según la capacidad económica del individuo.

Para combatir el frío se envolvían con una capa de lana (los romanos la llamaron *sagum*).

En ocasiones especiales, las mujeres se ponían una toca o mantilla que se echaban por la cabeza sobre una especie de peineta, como la que proyecta la dama de Elche. Uno está tentado a considerarla el remoto antecedente de la mantilla española. No tendría nada de particular, porque la mantilla es un adorno ceremonial y las figuras de iberas con toca son ceremoniales.

En las esculturas votivas del Cerro de los Santos, las damas exhiben muchos tocados y joyas. Puede que sean representaciones de las diosas o de mujeres ataviadas como ellas. Estrabón transmite un texto de Artemidoro a este respecto «en algunos lugares llevan collares de hierro con unos ganchos doblados sobre la cabeza que avanzan mucho por delante de la frente. Cuando quieren, cuelgan el velo de esos ganchos para que les dé sombra en el rostro. En otros lugares se colocan alrededor un disco redondeado hacia la nuca que ciñe la cabeza hasta las orejas y que se despliega hacia arriba y hacia los lados. Otras se rapan la parte delantera del cráneo para que brille más que la frente (también lo hacía Rita Hayworth) otras se colocan sobre la cabeza una columnilla de un pie de alto, trenzan alrededor el cabello y luego lo cubren con un velo negro». Este es el tocado de las vascas que aparece en los dibujos del *Civitates Orbis Terrarum*, del siglo XVI.

Los hombres, cuando se visten de ceremonia, también lucen sobre la túnica un manto adornado con cenefas, abierto al lado y prendido en el hombro con un broche o fíbula. Algunos se representan con el cabello recogido o con tonsura o bonete. No se puede descartar que sean representaciones de sacerdotes. En cualquier caso, el trato solemne con la divinidad se reservaba a las clases dominantes.

A los iberos les gustan los adornos metálicos: pulseras, brazaletes, pendientes, zarcillos, diademas, collares de cuentas de pasta vítrea, colgantes con figuras de animales y cadenitas, lujosas placas de cinturón, de plata o de oro. Vestirse de ceremonia es echarse encima un patrimonio. No hay más que ver a la dama de Elche.

El hombre se adorna menos que la mujer, pero también usa torques (aros de plata con una abertura para el cuello), brazaletes, y sobre todo, artísticas hebillas de cinturón de uno o varios garfios.

Las mujeres se maquillan, como se deduce de las esculturas policromadas (Dama de Baza y otras), de los espejos de tocador, con mango, y de los ungüentarios para perfumes y cremas. Es posible que se pinten el rostro de blanco para acentuar la palidez y se coloreen las mejillas y se marquen el contorno de los ojos con negro de antimonio, como otros tantos pueblos de la antigüedad, una moda que divulgaron los egipcios.

Los pobres van descalzos. Los que se lo pueden permitir usan sandalias o botas de cuero, que a veces combinan con espinilleras, de lienzo o cuero. También conocen las sandalias de esparto y las abarcas de cuero y esparto,

remotos precedentes de las esparteñas y abarcas usadas en la España rural hasta mediados del siglo xx.

Conocen los botones de hueso o madera y las trabillas, pero prefieren sujetar sus vestidos con imperdibles o fíbulas, algunas muy elaboradas y adornadas en forma de animal, otras más sencillas con un mecanismo en forma de anillo (fíbulas anulares hispánicas) característico de Iberia.

No gastan ropa interior, como casi ningún pueblo de la antigüedad (la ropa interior es un uso bastante reciente).

Son muy aficionados a la danza y a la música. Conocen instrumentos musicales de viento, de cuerda y de percusión. Las pinturas de los vasos de Liria representan danzas de diversos tipos: desfiles militares, danzas de guerra, bailes de celebración, vida y fiestas.

## CAPÍTULO 15

### *LA DESPENSA*

Los iberos debieron ser bastante frugales, como se manifiesta en la estatuaria, aunque esos muslazos y esos culos opulentos de los guerreros de Obulco, y esas carnes ebúrneas, quizá hasta brazos colgones, que adivinamos bajo los sayos de la dama de Elche (aunque matizadas por el rostro más bien huesudo) quizá correspondían a un ideal de belleza propio de pueblos malnutridos.

Hay que suponer que la base de la alimentación eran los cereales, de distintas clases, cocidos o molidos como harina. Primero comerían gachas de harina basta (como casi todos los pueblos de la antigüedad) y más adelante pan. Lo cocían en hornos comunitarios y es de suponer que el hornero detraería una parte de la masa, lo propiamente llamado *poya*, como pago por sus servicios. El pago de la *poya* se ha mantenido hasta nuestros días<sup>[16]</sup>.

Los cereales se completarían con bellotas y sus variaciones de pan de harina de bellota. «Es cosa cierta —escribe Plinio— que aún hoy la bellota constituye una riqueza para muchos pueblos hasta en tiempos de paz. Habiendo escasez de cereales se secan las bellotas, se mondan y se amasa una harina en forma de pan. Actualmente incluso en las Hispanias, la bellota figura entre los postres. Tostada entre ceniza es más dulce».

¡Pan de bellota! ¿Qué gastrósofo se resiste a paladear esa delicia ibera? Lo he elaborado, en un intento de lo que podríamos denominar arqueología experimental, lo he comido, se lo he dado a probar a amigos sufridos e intrépidos (ahora ya examigos) y el resultado ha sido desalentador: ni uno de ellos ha tenido glándulas de acabarse la tostada, ninguno ha pasado del primer bocado. Es evidente que los iberos y los otros pueblos de la península que lo consumían tenían más glándulas, más hambre y más costumbre.

El caso es que en mi dorada infancia, en la famélica postguerra, la bellota era un remedio para muchos estómagos desmayados. Incluso existía un postre rústico que algunas veces he reproducido con deleite, no sé si por el postre en sí o por el recuerdo de la infancia. Consiste en insertar una bellota fresca dentro de un higo paso. El bocado equilibra delicadamente la natural sequedad y el toque amargo de la bellota con el dulzor y la suavidad del higo. Esto en Extremadura se llamaba «casamientos» y en algunos lugares de Andalucía «cajones» (si bien, en otros, este versátil sustantivo designa los

cagajones de los borricos). Es un alimento de gran valor energético, como fácilmente se deduce. Uno se imagina que un guerrero ibero echaba en el zurrón dos puñados de higos embellotados y con eso y un poco de cecina podía tirarse un mes de campaña.

El cereal, y en su caso la bellota, lo molían en casa, en un molino doméstico. Los más antiguos constan de una piedra cóncava fija y otra redonda que se mueve en vaivén. Debía ser un trabajo agotador para la mujer, pero a cambio endurecería los brazos y los pectorales, con el consiguiente aumento de atractivo. Vaya lo uno por lo otro. Esos molinos de vaivén perduran hasta el siglo -v en que se divulga el molino giratorio formado por dos piedras circulares, una fija y otra móvil, con su manija de palo para accionarlo. Algunos creen que el invento procede del mediterráneo oriental, pero debe ser, más bien, una innovación indígena, lo que demuestra que los iberos eran capaces de notables adelantos técnicos.

El arte de la panificación muestra un estadio cultural avanzado, que los iberos seguramente heredaron de sus ancestros del Bronce. No obstante, continuarían consumiendo el cereal entero en recetas tradicionales, algunas de las cuales han sobrevivido hasta nuestro tiempo en el recetario de las comunidades agrícolas. Por ejemplo el guiso de trigo. Es fácil de hacer y tiene más éxito que el pan de bellota. Veamos: el trigo se pone a hervir una media hora y luego se aparta la olla del fuego y se cubre con un paño para que guarde el calor y el trigo siga hinchándose. Unas horas después se añaden trozos de cerdo (magro, tocino, y papada), y un puñado de hinojo. Se hierve nuevamente hasta que la carne esté lista y se sirve.

Además de los cereales, los iberos cultivaban diversas legumbres, frutas y hortalizas en las terrazas de sus ríos.

Un plato frecuente sería el que Stefanus Rodericus denomina felizmente «la cebada racional», es decir, el ibérico, magnífico y nunca suficientemente ponderado garbanzo. Los romanos menospreciaban el garbanzo, porque lo consideraban el alimento favorito de sus mortales enemigos, los cartagineses. En una comedia de Plauto un cartaginés ridículo se llama precisamente Pultafagónides, «el devorador de garbanzos». De hecho, se dice que los primeros garbanzos que entraron en España los trajo Asdrúbal a Cartagena. Sin embargo, el garbanzo debió conocerse en España antes de la llegada de los cartagineses puesto que la primitiva palabra garbanzo, *arbanço*, aunque mozárabe, es de origen prerromano<sup>[17]</sup>.

¿Qué otros alimentos encontramos en la despensa ibera? En los pueblos cercanos al mar, peces y moluscos ahumados, secos al sol o salados. La carne doméstica (ovejas, cabras, cerdos, asnos y caballos) no abundaría mucho y se reservaría para las clases pudientes. Los iberos comerían más carne de caza, ciervo, jabalí y las otras menudencias del campo: conejos, liebres, perdices y palomas.

Naturalmente no les faltarían leche y queso.

## **Vinos y cervezas**

El vino llegó a la península en las bodegas de las naves micénicas, antecesoras de las griegas, y en las fenicias. Aunque se conocía desde el siglo -VIII, se divulgó a partir del siglo -VI. El geógrafo Avieno señala que la vid abundaba en algunos poblados del Ebro. También debió ser frecuente en Levante y Andalucía, como sugieren los restos de lagares y almacenes descubiertos en diversos poblados de la costa: en Benimaquia, en Quejola (Albacete) y en la Torre de doña Blanca (Cádiz). Algunas de sus instalaciones estaban fortificadas, de lo que se deduce que el vino era un producto precioso y que había que defenderlo. Lo más probable es que su consumo estuviera reservado a la aristocracia dominante que lo bebería, sobre todo, en ocasiones ceremoniales. En los grandes enterramientos suelen aparecer vasos griegos destinados al vino. Quizá los príncipes iberos celebraban simposios o banquetes a la manera griega, con un significado religioso, especialmente banquetes funerarios. El vino se asociaba a la vida, al dios Dionisos. Es posible que una vez alcanzado el necesario estado de euforia, los graves deudos del difunto se entregaran a la danza funeraria y al éxtasis de los sentidos que te despega de la frágil condición humana y te hace participar de la inmortalidad del dios.

El simposio, o bebida en común, cumplía una doble función social: por un lado demostraba la solvencia del anfitrión; por otro, servía para cohesionar a la elite aristocrática que consumía el precioso producto. Como dice Rathje servía para «la adquisición del honor y la creación de una red de obligaciones». El trasiego de vino en *kylix* o copa de dos asas, diseñada para pasar de mano en mano, implicaba comunicación y relación, amistad y concordia. Los que han bebido en comidas campestres de la bota o del porrón comunal, en ejemplar hermandad, sabrán de qué estoy hablando.

Entre los griegos no se consumía el vino puro. Esa es una de las diferencias esenciales que distingue al hombre civilizado del bárbaro. A los

griegos les horroriza la embriaguez, por eso designan en cada banquete un *simposiarco*, el rey del banquete, que determina la proporción de agua y vino que hay que servir para mantener la alegría sin caer en la indecente borrachera. Según Ateneo, el vino bebido moderadamente potencia el buen juicio (la *autimia*); mientras que en estado puro hace aflorar los malos instintos, el bebedor se hace violento e incurre en excesos (la *hybris*).

Imaginemos una sala amplia con alto techo artesonado y muros pintados de vivos colores. Media docena de prohombres del poblado, quizá de poblados distintos, se han reunido para catar el vino del anfitrión. Lo beben mezclado con agua, a usanza griega. Es posible que este vino no supere los catorce grados, como creen algunos autores, pero si la vendimia se efectuaba en época muy tardía, lo que parece probable, el licor resultante tendría un alto contenido alcohólico. Tampoco podemos descartar que los antiguos adobaran el vino con plantas de esencia psicotrópica, lo que podría explicar la necesidad de rebajarlo con agua y que las degustaciones duraran, a veces, muchas horas. De hecho existe un dibujo en una vasija que se toma por un par de iberos recolectando granadas y más bien parece un par de iberos felicísimos en medio un campo de adormideras. Juzguen ustedes mismos.

Hiponacte de Efeso, en el siglo -VI, señala el poco juicio de los que beben vino puro. Beber vino puro es beber a lo escita, el pueblo bárbaro más despreciado, como vemos en Herodoto. Clemente de Alejandría censura por igual la embriaguez de escitas, celtas, iberos y tracios, es decir los pueblos no influidos por la cultura griega. ¿Eran bárbaros los iberos? ¿Consumieron alguna vez el vino puro? ¿Agarraban curdas memorables?

Lo que está fuera de duda es que el vino fue uno de los agentes civilizadores más importantes. Uno se pregunta si, en nuestra península, la civilización trajo el vino o si el vino trajo la civilización. El vino, después de la etapa en que se reservaba a la aristocracia ibera, se popularizó con las legiones romanas. Probablemente se plantaron muchos viñedos y dejó de ser un artículo de lujo. En el sitio de Numancia, los romanos bebían vino, mientras que los indígenas sitiados bebían *caelia*, es decir, cerveza. Entre los sitiadores había un tal Trogino al que apodaban *Caliz*, es decir, «la copa», por su afición al mosto. Los romanos asociaban la cerveza numantina a la rusticidad indígena. Y no solo los romanos. Incluso entre los pueblos mesopotámicos y egipcio, antiguos consumidores de cerveza e inventores de ella, el vino había escalado la cumbre de la consideración social, mientras que la cerveza se consideraba bebida de pobres y más alimento que placer.

El vino se fue extendiendo por la península a medida que avanzaba la romanización. Cuando escribía Estrabón, la población del interior y del norte casi no lo conocía y cuando llegaba a ellos una garrafa se la bebían rápida e inmoderadamente, mientras que los iberos del sur, más civilizados, administraban sus reservas y las dosificaban sabiamente. Unas generaciones más adelante, el vino había llegado a todos los españoles. En el apogeo del imperio, los vinos hispanos ganaron nombradía comenzando por los de Layetania, Tarraco, Lauro, Sagunto y la Turdetania. Incluso en el interior se criaban, en las riberas del Tajo.

En cuanto a la cerveza hemos de suponer que la antigua debió parecerse poco a la actual. Los sumerios, que consideraban la cerveza fuente de toda alegría y como tal la retratan repetidamente en cuadros mitológicos, la bebían con pajitas. De este modo atravesaban la capa superficial, menos rica y se bebían la profunda, espesa y sabrosa. Para ellos la cerveza era una bebida sociable y comunal. En un panel de la gran lira de las tumbas reales de Ur, el que está taraceado con concha y lapislázuli, vemos alegres bebedores, cada uno con su pajita, en torno a una gran jarra central. En la tumba de la reina Puabi, en Ur de Caldea, se ha encontrado la taza de plata y la pajita de oro que la difunta usaba para beber cerveza.

Polibio refiere, con cierta socarronería, el caso de un jefecillo español, un nuevo rico, que disponía de cráteras de oro y de plata, pero las llenaba de «vino de cebada», es decir, de cerveza. Lo mismo cabe decir de los licores, que también los hubo en la antigüedad, y muy variados, a partir de la fermentación de cereales o frutos (higos, manzanas, dátiles, peras...) a veces con añadido de plantas aromáticas, agua, miel e incluso vinagre. Los romanos los despreciaban como vinos falsos (*vina ficticia*). En Polinio leemos: «Todos estos vinos han sido condenados por Temistio, una de las mayores autoridades. Así debe ser: la naturaleza no ha creado los arbustos para que nos los bebamos».

Un licor autóctono que gozó de gran prestigio fue el hidromiel, probable invención celtibérica, una mezcla de agua y miel fermentada al sol a la que, cuando su uso se extendió por el Mediterráneo, se le fueron añadiendo diversos aromas al gusto.

## **El garum**

El *garum* fue una salsa ibérica que alcanzó justa fama en la cocina internacional. Durante siglos fue un complemento imprescindible en las

mesas más exigentes, pero no sobrevivió a la caída del imperio romano y fue paulatinamente sustituido por la pimienta y otras especias.

El *garum* era una especie de pasta de anchoas, de consistencia casi líquida, que se elaboraba fermentando al sol en grandes recipientes, durante meses, hocicos, paladares, intestinos y gargantas de atún, murena, escombros, esturión y otros peces de gran tamaño.

El *garum* combinaba con todo y se añadía liberalmente a platos de carne, pescado o de verdura, incluso a la fruta, al vino o al agua. El gusto se inclinaba entonces por los sabores contundentes, por lo picante, por lo agri dulce. De hecho muchos platos de carne se aderezaban con miel y pasas. Podemos imaginar que para el paladar moderno, el *garum* resultaría nauseabundo. El aliento de los que lo consumíanapestaba: «si recibes una tufarada de aliento pestilente —escribe el poeta Marcial— *ecce, garum est*».

Había muchas calidades de *garum*. El mejor, comparable al caviar iraní, era el llamado *sociorum* que llegó a costar 180 piezas de plata el litro en tiempos de Roma.

## La trilogía mediterránea

La romanización acabó con las precarias economías de autoabastecimiento indígenas e impuso una agricultura de producción basada en el cultivo racional de la llamada «tríada mediterránea», el aceite, el trigo y el vino. Esta fue, con los metales y la salazón de pescados, la gran aportación española a Roma. El aceite producido en Andalucía competía ventajosamente con el italiano y se exportaba junto con el trigo en esas ánforas en forma de estilizada peonza que vemos en los museos o decorando las paredes de las tabernas marineras. La proyección inferior del ánfora estaba destinada a clavarse en el lastre de arena que cubría el fondo de la bodega de las naves. Aunque los envases eran retornables, muchos se rompían en el trasiego de los almacenes del Tíber y sus tiestos se arrojaban a un descampado cercano. La acumulación de ánforas rotas formó un verdadero monte de cincuenta y cuatro metros de altura y un kilómetro de contorno, el Testaccio (de *testae* tiesto) que hoy se integra en el caserío romano, cerca de la Puerta de San Pablo. Casi todas las ánforas del Testaccio llevan sellos identificativos que señalan su origen español, especialmente los niveles del siglo II, antes de que la competencia del aceite barato y de peor calidad del norte de África amenazara el mercado andaluz. Ya se ve que la decadencia del imperio romano tuvo también su capítulo gastronómico.

En cuanto al trigo, todo el que consumía Roma (que era mucho, porque era el producto básico que la seguridad social repartía a una muchedumbre de desempleados) procedía de Egipto, de Sicilia y de la meseta y el sur de España. Donde el terreno lo permitía se instalaron grandes fincas explotadas desde *villae*, remoto antecedente del cortijo andaluz y también ¡ay!, del denostado latifundio tantas veces y tan injustamente achacado a los conquistadores cristianos que heredaron la tierra un milenio más tarde.

En cuanto a los vinos, nunca fueron artículos de exportación masiva porque no sabían como conservar y mejorar el vino y los caldos se agriaban con facilidad. Por eso lo adobaban con especias. Hasta que se comenzó a divulgar el tonel, a mediados del siglo II, el vino se envasaba en ánforas (como el aceite o el trigo), aunque embadurnaban el interior con hollín de mirra o con pez para conservar mejor su precioso contenido. Parte de esta pintura se desprendía, por eso había que filtrar el vino antes de beberlo.

## CAPÍTULO 16

### *LA ESCRITURA*

¿En qué lengua cantaban aquellos españoles? ¿Qué idioma vernáculo hablaban las autonomías de entonces?

Los distintos pueblos ibéricos, desde el sur de Francia hasta el Algarve portugués, no hablaban un idioma común sino una serie de dialectos más o menos emparentados y de difícil interpretación, pues tampoco utilizaban una escritura común.

La península era una Babel de dialectos o idiomas. Los lusitanos y celtíberos hablaban una lengua céltica algo distinta de la usada por sus primos del otro lado de los Pirineos, pero igualmente emparentada, aunque sea de lejos, con el griego y el latín porque pertenece, como ellas, al tronco indoeuropeo.

Los tartesios y los iberos levantinos hablaban extrañas lenguas preindoeuropeas.

Para terminar de confundir, estos idiomas se expresan en distintos sistemas de escritura: la tartésica, reflejada en numerosas lápidas del Algarve, Extremadura y el Bajo Guadalquivir que se usó desde el siglo -VIII; la escritura meridional, que abarca el Alto Guadalquivir, Andalucía Oriental y el sudeste y se usa desde el siglo -IV; otra escritura levantina, usada desde Levante al sur de Francia, desde el siglo -V. La levantina se escribe de izquierda a derecha y la meridional al contrario.

En el siglo XIX y buena parte del XX se pensó que el vascuence era un pariente de la lengua de los iberos y se intentaron descifrar las inscripciones ibéricas a partir de él. Los resultados han sido, hasta ahora, desalentadores, pero algunos estudiosos persisten en el empeño y siguen sosteniendo el parentesco ibero-vascuence.

Gómez Moreno, hacia 1920, relacionó el alfabeto ibérico con el silabario chipriota, una variante del alfabeto fenicio, y consiguió identificar el sonido de sus letras, aunque seguimos sin conocer el significado de las palabras. Desgraciadamente, los cientos de inscripciones ibéricas descubiertas, casi todas excesivamente cortas, tampoco constituyen un cuerpo suficiente que nos permita establecer un vocabulario y una gramática del ibero.

Quizá la escritura ibérica estuvo más divulgada de lo que sospechamos. Estrabón atribuye a los turdetanos (los directos herederos de Tartessos) compilaciones de viejas leyes que tendrían cinco mil años de antigüedad. Puede que la cifra sea exagerada, pero el dato indica la existencia de escritos de los que no ha quedado rastro. Es posible que usaran un soporte frágil, de difícil conservación, hojas de árbol, corteza, pieles, láminas de madera... Se han dado casos semejantes. En 1973 un arqueólogo inglés, Robin Birley, que excavaba un fuerte romano del siglo II en la muralla de Adriano, descubrió una lámina de madera no más gruesa que una viruta producida por un cepillo de carpintero que asomaba en una capa compactada de helechos y paja que cubría el suelo original. Al principio pensó que serían los restos de un banco de carpintero romano. No obstante, extrajo la madera, separó con un bisturí las dos láminas de las que se componía y, después de observarla con lupa, descubrió que contenía palabras latinas. ¡Era la carta de la esposa de un soldado, escrita hacia el año 102, que acompañaba al envío de «pares de calcetines, pares de sandalias y dos pares de calzones»! El equipo de Birley rescató cerca de mil laminillas de madera, de las que unas doscientas contienen textos latinos legibles: listas de intendencia, turnos de servicio del cuartel, cartas de recomendación, destinos de servicio, instancias al mando, cuentas y recibos.

Los etruscos, otro pueblo antiguo de cultura avanzada (al que se deben muchas innovaciones romanas) produjeron una copiosa literatura, pero solo se ha conservado un libro datado hacia el -350, y ello por pura casualidad, porque unos momificadores egipcios utilizaron el tejido de lino en el que estaba escrito para envolver la momia de una mujer que se conserva en el museo de Zagreb (Croacia).

Si citamos estos sucesos es para ilustrar los descubrimientos que nos puede reservar la arqueología. Hasta ahora se había pensado que los romanos escribían sobre papiro, el papel de la antigüedad, o sobre tablas de madera ahuecadas y cubiertas con una lámina de cera. A partir del hallazgo de Birley sabemos que también usaban esas laminillas de madera de la albura del abedul o del aliso, finas y flexibles como el papel (hasta el punto de que incluso se pueden doblar cuando están frescas), sobre las que escribían con tinta de hollín.

Quizá los iberos produjeron una literatura que no ha llegado hasta nosotros porque usaba un soporte demasiado frágil, de madera, piel, hojas o cortezas de árboles.

## Los bronce de Botorrita

Una de las inscripciones ibéricas más largas que conocemos se encontró en el término de Botorrita (a veinte kilómetros de Zaragoza) en las ruinas del poblado celtibérico de Cotrebia Belaisca.

El bronce de Botorrita 1, que apareció al pie del Cabezo de las Minas, es una plancha de cuarenta centímetros de larga por diez de ancha, fechada hacia el año -70.

Los arqueólogos creen que se trata de un texto legal redactado en idioma celtibérico, aunque escrito en alfabeto ibérico. En diversos simposios los especialistas han estudiado el sentido y etimología de numerosas palabras así como aspectos morfológicos, fonéticos y sintácticos, pero aún así se reconoce que «queda otro acervo más impenetrable que al parecer se pierde en un fondo más antiguo y oscuro<sup>[18]</sup>». El caso es que las traducciones propuestas no guardan casi ninguna semejanza. Un erudito, después de quemarse las cejas desentrañando el texto en arduas vigilias, ha llegado a la conclusión de que el texto describe un rito sagrado consistente en el ordeño de las osas. Así, como suena, ordeñar a las osas, aprovechar la producción láctea del fiero plantígrado. Aquí, dejando al lado gramáticas y desinencias, el sentido común nos obliga a admitir que una osa en su sano juicio nunca se dejaría tocar las tetas, mucho menos ordeñar, por mucho rito que fuese, menudas son, con esas zarpas que gastan, y esas uñas como escarpas.

No todos los investigadores coinciden en lo del ordeño de las osas. Otros presentan propuestas distintas, aunque no menos confusas. El profesor A. Tovar:

1. ...del (dios) Togot— y de sárnicio—... no el día (?)
2. ...ni el día... ni el día... ni el día...
3. ...así... plata (*con un participio que concuerda*)
4. ...ciento... al (dios) Togot— en así... o el corral de vacas... o al que.

El profesor Rodríguez Adrados:

los tocoidos y los sarnicios sus aliados que no el campo ni vendan (?), el campo ni den el campo ni para Masna (?), dejen inculto el campo y que lo siembren

(*superlativo en D. femenino*) y... gana plata (?), camino cava...

el límite de la salida del valle (?), más allá de Otanaus (?), los tocoidos allí... a ese para el ejército o al que (?)

El profesor M. Pérez Rojas:

«La confederación de Tiris— y To Koitos y Sarnikio— (declara) a la autoridad suprema (=legado): (que) su intercomunicación no (tiene) paso franco,

Ni paso franco de la casta gobernante, ni paso franco de la gentilidad, ni paso franco de la tribu».

SOSAUKU

ARETU hijo de BELOTAMAI y

OUSKES STENA hijo de UERSONITI:

compartid la plata (=dinero) (cobrada como impuesto?), al tránsito junto la frontera en Sangilistara, a los transeúntes de «To Koitos» y OSKUES BOUSTOMUE hijo de KORUI IOMUE

o sea una disposición legal en la que implica a dos individuos o colectividades (Tokoitos y Sarnikio) a los que se prohíben ciertas acciones y se habla de plata, de límites o fronteras.

Ya vemos que hay poco acuerdo y que los resultados son decepcionantes.

El llamado Bronce de Botorrita 3, también conocido como Gran Bronce, aparecido en 1992, es una gran plancha de bronce plomado de unos cincuenta y dos centímetros de ancho por setenta y tres de alto, grabada por una sola cara y con orificios de sujeción. Como un periódico, presenta dos líneas de encabezamiento y cuatro columnas de texto que a algunos arqueólogos les parece que contienen una lista de personas, más de doscientas, entre ellas muchas mujeres y algunos nombres extranjeros.

Fuera del ámbito universitario no faltan arqueoaficionados que discrepan de esta interpretación. Uno de ellos, don Jorge Alonso, la traduce a partir del vasco y asevera que se trata de la crónica de una inundación por desbordamiento del río Huerva. El texto propuesto es el siguiente:

*«Una inundación procedente de las cercanas montañas vierte toda el agua posible sobre un arroyo de tierra pedregosa que desemboca junto a Contrebia. En ese momento el aguaje (mezcla de agua y barro) procedente de los surcos destroza los corrales de la ribera. La tronada (desastre) cubre las calles de tierra, el agua rebosa, pues los sumideros no dan abasto. Parece que la gente se vuelve loca, mientras el torrente baja embravecido, saca a los muertos de sus tumbas y los arrastra. Los buitres humanos, los saqueadores, están al acecho para sacar provecho de la tragedia, aunque saben que sus actos pueden ser castigados con duras penas,*

*incluso con el descuartizamiento. El fuerte caudal arrastra a quienes no han podido protegerse, que desaparecen entre la incontenible riada de muerte.*

*Según rumorea la gente de Contrebía, tienen que implorar gracia para los fallecidos por culpa de la inundación, convertidos luego en fantasmas salidos del profundo infierno (el lugar más temido) y portando velas en sus manos, pues las autoridades no han ofrecido en su memoria los funerales adecuados. Una vez que cesa la crecida, un enviado de la mesa de Autoridades inspecciona los destrozos de las instalaciones que hay junto a la ribera del río, así como el Gran Señor (quizá un noble con autoridad militar).*

*Es un cuento que la tragedia de Cointrebia se debiera a la falta de desagües. Cuando los dirigentes de Contrebia supieron que la incontenible inundación era inminente, dieron aviso público a los vecinos y ordenaron que comenzaran la evacuación. Por lo tanto es una falsedad que la culpa la tuviera la Hermandad de la tierra de Contrebia. Este es nuestro testimonio<sup>[19]</sup>».*

## CAPÍTULO 17

### *LA GUERRA Y SUS HERRAMIENTAS*

El hombre moderno vive en una sociedad evolucionada en la que imperan la libertad, justicia, la solidaridad, la compasión, el buen gobierno, la seguridad social y todas esas virtudes e instituciones que hacen de nuestra vida un camino de rosas.

Se necesita cierto esfuerzo de imaginación para comprender que en la sociedad antigua imperaba la ley de la selva: el más fuerte dominaba al débil y le arrebatava sus recursos y su fuerza de trabajo. El más fuerte se apoderaba de la plusvalía.

En semejante estado no debe extrañar que la ocupación determinante de los iberos (y de otros pueblos) fuera la guerra. Vivían de la agricultura, de la ganadería, de la minería y del comercio, pero todo eso se sustentaba en la fuerza militar. El individuo valía lo que su fuerza (ese es el origen de las aristocracias y de las monarquías) y lo mismo cabe decir de los estados.

En los tiempos del Bronce, las armas eran caras y solo la aristocracia acomodada podía costearse las. La divulgación del hierro socializó el armamento y es posible que contribuyera al debilitamiento y posterior desaparición de las monarquías orientalizantes y al auge de las aristocracias guerreras.

Los iberos eran guerreros en mayor o menor medida. Casi todos los extranjeros que los tratan coinciden en afirmar que las diferencias entre poblados o jefes se solventaban por las armas.

Entre los iberos norteños, donde el poder estaba a menudo en manos del consejo de ancianos, cuando el poblado tenía que ir a la guerra, los próceres de la tribu designaban a un hombre experto que dirigiera el ejército. El problema era, a veces, que este caudillo tendía a mantenerse en el poder una vez pasado el peligro.

En el sur, donde el poder estaba en manos de régulos o aristócratas, es de suponer que cada caudillo capitaneaba a los suyos.

Algunos pueblos mediterráneos más adelantados y más cohesionados socialmente (los griegos, los romanos o los cartagineses), habían desarrollado, hacia el siglo -III, tácticas de orden cerrado, con los soldados ordenados en

manípulos, cohortes y falanges que convertían a sus ejércitos en máquinas de guerra casi invencibles.

Imaginemos una formación en orden cerrado. La infantería pesada va armada con un gran escudo y una larga lanza que cada soldado apoya en el hombro del que tiene delante en espera del momento de combatir. Esta infantería va acorazada, con lorigas o petos y se protege la delantera de las piernas desnudas con grebas. Avanza en filas, codo con codo, las largas lanzas apuntando al enemigo. Entre los escuadrones quedan unos pasillos por los que se cuelan los infantes ligeros que hostigan al enemigo lanzándole falaricas o proyectiles de honda.

Cuando los ejércitos se encuentran a unos cincuenta pasos, los infantes ligeros se retiran, los pasillos entre las escuadras se cierran y la infantería pesada avanza en filas sucesivas lanzando falaricas en cuanto el enemigo queda a tiro. Los contendientes llegan a la distancia de las lanzas. Se entabla el combate, los de las filas traseras cubren los huecos de los que van cayendo en la delantera, procurando mantener la formación. Mientras tanto la caballería se enfrenta a la del enemigo por los flancos. La que vence cabalga hasta la retaguardia del enemigo y lo ataca por la espalda.

La precisión y coordinación del orden cerrado requiere un ejército profesional y permanente con cuarteles, campos de entrenamiento y compleja organización.

Los iberos, en un estadio cultural menos avanzado, nunca desarrollaron un ejército profesional. Eran excelentes guerreros, fieros y efectivos, pero no eran soldados. Su individualismo los hacía refractarios a la mecánica coordinación del orden cerrado. Lo suyo era el combate individual y las bandas irregulares, las campañas rápidas, entre arriega y siembra, el golpe súbito, la táctica irregular de la guerrilla.

No obstante, la fiereza del ibero como combatiente individual fue muy apreciada. Mercenarios iberos sirvieron como auxiliares en los ejércitos cartagineses o griegos. El ejército que Aníbal llevó a Italia, con el que estuvo a punto de doblegar el poder de Roma, se componía principalmente de mercenarios iberos, galos y nómadas.

El guerrero ibero se desplazaba a veces a caballo, pero raramente combatía montado porque, al carecer de estribo y de silla rígida (se inventarían en la Edad Media), no podía realizar el esfuerzo de alancear o golpear al oponente sin perder el equilibrio. El caballo actuaba más bien como

un medio de transporte rápido que podía trasladar al guerrero en poco tiempo y descansado (las armas pesaban unos cuantos kilos) al extremo del campo de batalla donde se necesitara.

La guerra suele hacerse en verano, cuando los días son más largos y el tiempo seco. En invierno escasea el alimento y los caminos embarrados dificultan los desplazamientos.

## **Las armas del ibero**

Las armas del ibero son muy efectivas y combinan inteligentemente la protección con la capacidad ofensiva.

El arma más característica de los iberos del sur era la falcata, un sable que algunos creen derivado de la *machaira* griega, de origen Ilirio (siglo -VIII) que se divulgaría en Iberia desde el siglo -VI. Otros creen que la falcata es una creación autóctona, derivada de una especie de guadaña con la que se cortaba la hierba.

La falcata solía alcanzar una longitud equivalente a la distancia que media desde el codo a la punta del dedo índice extendido. La de la caballería era algo más larga.

Se fabricaba de una pieza, empuñadura incluida. La empuñadura se cerraba alrededor de la mano con una barra protectora en forma de caballo o de ave. Algunas estaban damasquinadas en plata.

La hoja de la falcata presentaba un borde afilado como una cuchilla en su primera mitad y una punta aguda seguida de un nervio central, que reforzaba la hoja. Una acanaladura vaciada por los dos lados favorecía la entrada de aire en la herida y con un poco de suerte provocaba una embolia gaseosa mortal.

Diodoro de Sicilia, historiador del siglo -V transmite unas notas sobre la falcata: «Los iberos emplean una técnica peculiar en la fabricación de sus magníficas espadas: entierran trozos de hierro para que se oxiden y luego aprovechan solo el núcleo mediante nueva forja. La espada corta cualquier cosa que se encuentre en su camino. No hay escudo, casco o cuerpo que resista a su tajo». Esto nos recuerda a un arma moderna parecida a la falcata, el *kukris* de los *gurkas nepalíes*, con el que, como se sabe, son capaces de descabezar una ternera de un solo tajo.

La falcata se llevaba sobre el estómago, casi horizontal, en una funda de madera con herrajes de metal que se colgaba de un tahalí desde el hombro

derecho.

Entre los iberos del norte las falcatas son más escasas. Allí abunda más la espada céltica del tipo La Tène, recta, de dos cortes.

También en el escudo hay alguna diferencia entre los iberos del sur y los del norte. En el sur abunda más la *caetra*, un escudo circular de un par de palmos de diámetro, de madera recubierta de cuero, con un círculo metálico en el centro (el *umbo* u ombligo) en el que procuraban detener los dardos. Este escudo no es una mera arma pasiva para detener los golpes: también se emplea para golpear al enemigo y sobre todo para desbaratar el tajo o la lanzada del contrario antes de que se desarrollen con toda su efectividad.

Los iberos del norte usan también el *scutum* celta, ovalado y grande, de unos ochenta centímetros de largo por cuarenta de ancho, de madera recubierta de cuero, con un umbo metálico central en forma de bisagra.

El *soliferrum* era una barra de hierro con la punta aplanada en forma de lanza. Era un arma de caballería de la altura de un hombre o algo más. Su peso y el grosor variable del astil determinaba un desplazamiento del centro de gravedad, que la hacía inadecuada como arma arrojadiza.

La lanza arrojadiza ibera era la *falarica*, posible precursora del famoso *pilum* de las legiones romanas. Era una larga y fina punta de hierro sujeta con un pasador a un astil de madera. Lanzada a unos quince metros de distancia en tiro parabólico, podía atravesar el escudo del enemigo y herirlo con su larga punta o al menos entorpecerle la defensa cuando se llegaba al cuerpo a cuerpo sin darle tiempo a desclavarla del escudo.

A veces, en lugar de pasador, el hierro de la *falarica* se sujetaba al astil con una cuerda untada de brea que se podía encender antes de lanzarla.

Los iberos consideraban el arco y la flecha armas de caza y no los usaron en la guerra, con la posible excepción de los turdetanos, más influidos por los púnicos.

Los honderos baleáricos gozaron de gran prestigio en los ejércitos mediterráneos en los que actuaron como auxiliares. Sus proyectiles eran balas de plomo, del tamaño y la forma de una bellota grande, en las que a veces escribían: «Hiere a fulano», con el nombre del general enemigo.

Los aristócratas iberos más antiguos, cuando iban a la guerra, se protegían el pecho con un gran disco de bronce que se ajustaba con correas sobre unas hombreras acolchadas que al tiempo que defendían evitaban que las correas

lastimaran los hombros.

Los guerreros más humildes se protegían el pecho y la espalda con petos y espaldares de esparto, a veces reforzados con láminas de bronce o de hierro que cubrían razonablemente las partes vitales del tronco.

Es posible que algunas partes desnudas, los brazos y las piernas, se embadurnaran con permanganato, lo que les daría una textura acartonada.

Los cascos protectores de cabeza solían ser de cuero o de metal, con diseños copiados de otros modelos mediterráneos. En el norte abundaban los del tipo montefortino, parecidos a una gorra de *jockey*, de origen italiano, adornados con una crinera o resorte en el que se insertaba un adorno de crines de caballo, con lo que el guerrero parecía más alto y amedrentador. En algunos casos la crinera era solamente un agujero por el que sacaba su propia cabellera, lo que sujetaba el casco sin necesidad de barboquejo.

A partir del siglo -IV, la mayor nivelación social se refleja en la democratización del armamento, que abunda más que antes en los ajuares de las tumbas. Desaparecen las corazas de discos y los cascos adornados con cimbras, la espada se acorta y se divulgan la *falcata* y el *soliferrum*.

# CAPÍTULO 18

## *LAS ARTES*

### **El ceramista**

Imaginemos a un ceramista ibero. Su viejo oficio es de los más útiles para la comunidad puesto que la mayoría de los utensilios necesarios para la vida diaria, se fabrican de barro cocido, desde los pesos de los telares hasta las urnas en las que se entierran las cenizas y los huesos de los difuntos.

Es un trabajo duro, que requiere aprendizaje y organización. Primero hay que fabricar el barro, regando y pisando la arcilla adecuada, traída a veces de una cantera lejana, a lomos de animal. De esa arcilla, cuando está en su punto, suficientemente amasada para que sea moldeable sin agrietarse, el alfarero va tomando pegotes que pone sobre la plataforma del torno y, al tiempo que le imprime un movimiento circular con el pie, la va modelando con las manos. Hay muchas clases de vasijas, casi todas copiadas de los modelos fenicios o griegos, desde las grandes ánforas (*pithoi*) que sirven para guardar aceite, vino o trigo, hasta la jarra de cocina o el vaso bicónico, pasando por cráteras, escudillas, y orzas de distintos tamaños y usos.

Nuestro alfarero sabe que antiguamente la cerámica se modelaba a mano, sin torno (aportado por los fenicios en el siglo -VIII), pero el resultado era deleznable comparado con estas bellas vasijas que ahora salen de sus manos.

Una vez terminadas las piezas se secan primero a la sombra o bajo un entramado de tela de saco o un cañizo, y por último al sol. Hay que evitar que las piezas se sequen rápidamente para que no se agrieten. Cuando se tiene un número suficiente de piezas, pasan al cobertizo del pintor que las decora. Cada taller tiene sus figuras y su estilo: por lo general hacen rayas o motivos geométricos, pero también hay otros que pintan guerreros, o danzantes al estilo de los vasos griegos. Muchos siglos después, los arqueólogos sabrán la época de un hallazgo por la clase de cerámica que lo acompaña, incluso podrán distinguir escuelas, talleres y estilos, como el de Liria con sus diseños geométricos y florales, o el de Elche-Archena, en el que se dibujan personas y animales.

Algunos potentados siguen comprando caras cerámicas griegas de importación. Es una cuestión de prestigio.

Ya están terminadas las vasijas. Los operarios las colocan cuidadosamente en el horno y las cuecen.

El horno es una construcción de base circular terminada en cúpula. Por dentro se divide en dos partes: la cámara de combustión, sostenida por pilarillos de ladrillo, entre los que se mete la carga de leña que debe calentarlo, y la zona de carga, una plataforma horizontal sobre la que se apilan los cacharros que se van a cocer, juntos pero sin tocarse, y ordenados de manera que el calor llegue menos a las vasijas de paredes más delgadas que no necesitan tanta cocción.

## **El herrero**

El minero ibero vive en una aldea industrial que rodea la cantera de donde se extrae el mineral de hierro. No es una mina horadada en la tierra tal como la imaginamos hoy, sino una explotación a cielo abierto, una serie de desmontes y zanjas que siguen la veta del mineral.

Una aldea minera necesita un suministro continuo de agua para lavar el mineral extraído de la mina. También precisa mucho carbón para fundir y reducir el mineral lavado.

El mineral sale mezclado con muchas impurezas. Antes de enviarlo a sus mercados hay que depurarlo y suprimir las escorias. Para eso se calienta en hornos de carbón al rojo vivo, oxigenado mediante fuelles de cuero, que alcanzan temperaturas de hasta mil doscientos grados. El carbón vegetal se fabrica en la misma aldea, donde hay una sección de carboneros que reciben continuamente su materia prima, la leña, de una legión de acarreadores que van y vienen continuamente del bosque cercano.

Las minas se distinguen por las montañas de sedimentos que producen, y por la deforestación del entorno que provocan. Cuando una mina tiene muchos años, los leñadores tienen que ir lejos para encontrar árboles con los que fabrican el carbón.

Nuestro minero se ha preguntado más de una vez por qué los lingotes de metal en bruto se parecen a una piel de animal abierta. Es posible que alguna vez los lingotes funcionaran como moneda de cambio, al igual que las pieles o las cabezas de ganado que estas representaban. También es posible que se les diera esa forma por razones religiosas.

El herrero es un hombre respetado en el poblado. Su arte, como todos los que se relacionan con el fuego, también la alfarería, tiene algo de sagrado. La

herrería, el trabajo del hierro, comenzó en Oriente Medio hacia el siglo -XII, coincidiendo con las invasiones de los misteriosos «pueblos del mar» que tantas alteraciones políticas y sociales produjeron en aquella zona. Luego los grandes buhoneros, los fenicios, trajeron a la península los primeros objetos de hierro, así como los secretos de su metalurgia.

Nuestro herrero ibero, con los hornos de su época, solo puede alcanzar los referidos mil doscientos grados de temperatura, que es insuficiente para fundir el hierro (que funde a 1537°, una temperatura que solo se alcanzará en Europa a finales de la Edad Media). Lo único que consigue es ponerlo al rojo vivo y ablandarlo lo suficiente para golpearlo y darle la forma requerida a base de brazo, yunque y martillo. La pieza de hierro se mete en la forja hasta que se pone al rojo blanco, la saca con ayuda de unas tenazas, la coloca sobre el yunque y a base de golpes le elimina las impurezas que trae de la mina. Cuanto menos impurezas contenga, más fuerte y elástica será la pieza. La pieza del arado que abre el surco no requiere tanto trabajo como una espada que no debe contener impureza alguna, que la haría quebradiza. La espada debe ser tenaz, es decir, resistente a la fractura. De hecho, las mejores falcatas ibéricas resisten la prueba de su calidad: consiste en tomarla de la punta y de la empuñadura, apoyar la hoja sobre la cabeza y doblarla. Cuando se suelta la punta, la espada se endereza de nuevo: dura, pero flexible. Si el hierro tuviera el punto de fusión tan bajo como el bronce, se podría verter en moldes y sería mucho más fácil fabricar objetos de hierro. Con las limitaciones de la forja, solo se pueden hacer láminas que, a base de martillo, se transforman en útiles de labranza o armas. No obstante, el hierro también tiene sus ventajas. El herrero conoce su oficio. Sabe, por ejemplo, acerar el hierro carbonatándolo en contacto con carbones al rojo vivo; sabe revenirlo, o fijar la microestructura del acero; así como templarlo, sumergiendo la pieza caliente en agua fría, lo que la dota de una notable elasticidad.

Nuestro herrero tiene un primo broncista al que visita en su taller. El trabajo del bronce es más descansado que el del hierro. El artista dispone de un horno abierto que alimenta con carbón vegetal. El lingote de bronce se calienta en una bandeja de piedra arenisca sobre las brasas incandescentes del horno. Cuando el metal se funde, el broncista retira la bandeja con ayuda de unas tenazas y vierte su contenido sobre un molde de arcilla refractaria o de piedra arenisca. Hay dos clases de moldes: univalvos, de una sola pieza, con la forma que se quiere obtener, o bivalvos, dos piezas unidas y atadas, con un canalillo para verter el metal. Cuando el bronce se enfría, el broncista lima la

pieza o la cincela para adornarla y darle la forma definitiva además de rasparle las rebabas de la fundición. Un buen bronceista puede copiar en su taller cualquier pieza fenicia o de las que los mercenarios traen en su zurrón cuando regresan de Sicilia o de Italia.

El bronceista transmite a sus hijos, que heredarán el oficio, los secretos del bronce. Si se trata de hacer un objeto lujoso, tan dorado que parezca oro, añade más estaño a la mezcla. Si, por el contrario, lo que pretende es una pieza muy decorada, que los orfebres deben trabajar en frío, entonces le añade plomo, que le da plasticidad al bronce. También sabe hacer objetos pequeños por el procedimiento de cera perdida: se moldea en cera una figurilla, con todos los minuciosos adornos que un material tan plástico admite, y luego se sumerge en un vaso de arcilla refractaria blanda cuidando de dejar un canal (o bebedero) que comunique con el exterior. Cuando la arcilla está dura se vierte el metal por el bebedero: la figura de cera que encierra en su interior se derrite y su lugar lo ocupa la figura de metal. Luego se cortan los bebederos y se liman las rebabas.

Un buen bronceista sabe también soldar piezas pequeñas para obtener una más compleja y conoce las técnicas que contribuyen a embellecer cada pieza salida de sus manos: el relieve, con cinceles; el sobredorado; el repujado; la filigrana y el granulado. Sabe hacer vajillas lujosas con escenas de banquetes rituales, lobos, centauros, etc., lo que se le pida.

## **El orfebre**

El orfebre trabaja piezas de plata y oro, mucho más fáciles de fundir y de cincelar que las de bronce. La orfebrería es un arte antiguo, que ya floreció en Tartessos, hace siglos. Cerca de algunos santuarios hay talleres de orfebres que fabrican pequeños exvotos.

## **El escultor**

Los escultores iberos, como los actuales, vivían de esculpir figuras para las iglesias o para los cementerios<sup>[20]</sup>.

En la primera mitad del siglo XX se creía que las esculturas ibéricas eran obra de artistas locales de los siglos -V al -VI que copiaban obras griegas muy antiguas y eso explicaba su arcaísmo. Después se pensó que eran mucho más recientes, de la romanización, desde el siglo -III, (aunque algunas más antiguas testimoniaban influencia griega, entre ellas la Dama de Elche). Hoy se acepta que la escultura ibérica tuvo su propio desarrollo, aunque sin descartar las

influencias fenicias, y a partir del siglo -IV, griegas.

Las damas de Elche y de Baza son esculturas funerarias interiores, destinadas a la cámara sepulcral. Otras esculturas, como las de Pozo Moro o las de Obulco, adornaban el exterior de la sepultura.

La escultura de animales mitológicos debía guardar las tumbas de los régulos o las fronteras del poblado. La función de los leones, los lobos o los toros de piedra sería la de centinelas o defensores.

Algunas famosas esculturas, que se han transmitido fuera de contexto, es posible que representen a animales mitológicos guardianes de las tumbas: el grifo, cuerpo de león y cabeza de águila, la esfinge, cuerpo de león y cabeza humana, la Bicha de Balazote, con cuerpo de toro y cabeza de hombre.

## CAPÍTULO 19

### ***LOS YACIMIENTOS IBEROS***

Los iberos están en los museos, pero también están sobre el terreno, en los lugares en los que construyeron sus poblados, sus santuarios, sus cementerios, sus minas, sus alfares y sus caseríos. En este capítulo recorreremos los yacimientos arqueológicos más notables de la península ibérica, desde el sur hasta el norte, en la dirección contraria a la de las agujas del reloj.

#### **Cancho Roano**

En el término de Zalamea de la Serena, Badajoz, en una vaguada del arroyo Cagancha pueden visitarse las ruinas de un edificio de inspiración fenicia, cuadrado, de veinticinco metros de lado, en el que se han encontrado diversos objetos de lujo.

Después de un siglo de actividad, el edificio fue incendiado y demolido a finales del -V. Después lo colmataron de tierra, es decir, lo sepultaron, y se convirtió en un quemadero de cadáveres, última evolución de su espacio sagrado.

Cancho Roano pudo ser un santuario relacionado con alguna divinidad acuática (lo sugieren la proximidad del arroyo Cagancha y el pozo). Es posible que lo levantaran los fenicios con el propósito de controlar la comarca minera en la que está enclavado (las minas de cinabrio de Almadén; los yacimientos del entorno y el oro aluvial de los ríos Jerte, Alagón y Arrago). Pudo ser a un tiempo palacio, santuario y mercado. Esta versatilidad pudiera tener su lógica, igual que el Escorial tiene la de ser palacio-monasterio-biblioteca-panteón real.

En el solar de Cancho Roano se levantaron tres edificios sucesivos. El primero era una cabaña ovalada; el segundo, mayor y cuadrangular, estaba orientado al sol, y tenía tres altares de adobe, uno de ellos en forma de piel de bóvido o lingote chipriota, el *keftiu*, (ya vimos que tiene un significado religioso) y encima un pilar o betilo.

Este templo o santuario pudo relacionarse con un culto dinástico a los antepasados que nos remite a las monarquías sagradas tartésicas que preceden al mundo ibérico. En su fase inicial, el palacio y el templo se confunden en un edificio dinástico-sacro. Después palacio, templo y granero. Por una parte

tiene las habitaciones privadas del rey sacralizado que lo habita; por otra, almacenes de productos y riquezas, con muchas ánforas, posiblemente procedentes de tributos y ofrendas.

Mediado el siglo -v remodelan el edificio y lo rodean de una terraza de piedra y un foso excavado en la roca hasta los niveles freáticos, lo que aseguraba un permanente suministro de agua que aísla la construcción.

El edificio debía ser de una sencilla monumentalidad con su fachada principal, orientada hacia el nacimiento del sol, adornada con dos torres poligonales que flanqueaban la entrada, con los muros de adobe enlucidos con arcilla roja y levantados sobre cimientos de piedra, los suelos de arcilla roja y los interiores y la terraza exterior encalados.

El cuerpo principal constaba de un patio cuadrado, con un pozo, del que partía una escalera de piedra que conduce a un vestíbulo y a una sala transversal desde la que se accede a tres almacenes en los que se han encontrado ánforas y orzas para contener cereales, aceite, vino, así como diversos objetos de bronce, calderos y jarros. En otra estancia aparecieron objetos de lujo importados: cerámica griega, cuentas de pasta vítrea, escarabeos egipcios, marfiles, sellos de oro, etc. El *sancta sanctorum* del edificio era un gran altar rectangular.

En los laterales de Cancho Roano se han descubierto doce pequeñas estancias en las que se depositaban ofrendas. En otros lugares del Mediterráneo estas celdillas de los templos se dedicaban a la prostitución ritual. En el templo B de Pirgi, en Etruria, Italia, construido hacia el -500, una larga hilera de celdas, similares a las habitaciones de un motel, pudieron dedicarse a la prostitución ritual que los fenicios (y algunos griegos) consideraban como una forma de entrar en comunión con lo divino. Desde la perspectiva del occidental educado en el cristianismo esta asociación de religión y sexo puede resultar sorprendente, pero, como se sabe, a distinta cultura distinta forma de adorar a Dios, y en esto, como en todo, el que la lleva la sabe.

## **El Carambolo**

En 1940, la Real Sociedad de Tiro de Pichón de Sevilla se instaló en un cerrete despejado del Aljarafe, con estupendas vistas a la ciudad de la Giralda, en el término del pueblo de Camas. En 1958, al rebajar el suelo frente al edificio principal, durante unas obras de remodelación, apareció un gran brazalete metálico que pensaron sería de cobre, y después un lebrillo de barro

que contenía otras veinte piezas: otro brazalete parejo del anterior, un collar con colgantes, dos grandes placas en forma de *keftiu* chipriota y dieciséis placas rectangulares más pequeñas: el tesoro de El Carambolo, un conjunto orientalizante con alguna influencia céltica.

Tras el sensacional hallazgo, el arqueólogo Juan de Mata Carriazo excavó el lugar, pero no aparecieron más joyas.

Seguramente, las joyas de El Carambolo eran adornos de la imagen de un dios o una diosa de madera que los fieles alhajaban y vestían como todavía se hace con las Vírgenes y los Cristos que se veneran en iglesias y ermitas.

## **Los relieves de Osuna**

Osuna fue una ciudad ibérica emplazada en una de las comarcas agrícolas más ricas de la península. Allí se han encontrado una serie de interesantes relieves, hoy depositados en el Museo Arqueológico Nacional, que podrían proceder de dos tumbas principescas. En una, datable entre los siglos -III y -II, un sillar de esquina representa por una cara a una flautista y por la otra a un hombre ataviado con una especie de capa española que marcha tras ella. Otro sillar de esquina del mismo edificio reproduce a dos damas oferentes pertenecientes quizá a la procesión fúnebre.

De un monumento funerario distinto, siglo -II?, parece proceder un sillar en ángulo que representa a dos guerreros enfrentados. Un guerrero lleva túnica corta, escudo céltico largo y falcata; el otro, coraza y cimera. Del mismo mausoleo sería un guerrero a caballo que empuña una espada.

También se encontró en Osuna un relieve tardío en el que un hombre y una mujer se besan en la boca con un beso casto y leve, no de tornillo y lingual.

## **El Collado de los Jardines**

El santuario ibérico del Collado de los Jardines, está en Sierra Morena, a pocos kilómetros del paso de Despeñaperros. Hace dos mil cuatrocientos años el acceso no debía ser tan fácil y la peregrinación tomaría semanas, incluso meses para los que vinieran desde muy lejos, pero hoy se llega en coche, cómodamente. Solo hay que seguir la autovía de Andalucía y tomar la desviación de Aldeaquemada. A unos cinco kilómetros, de carretera ascendente, que discurre entre pinares y prados amenos, se llega a una nava alta donde se encuentra el Centro de Interpretación y su aparcamiento. Desde este punto, tras visitar la exposición, el visitante toma un sendero que conduce

a la Cueva de los Muñecos entre pinos y peñascos, encinas y monte bajo perfumado de tomillo, romero y brezo.

Un farallón de piedra viva ocre y gris se levanta, como una muralla, a más de cien metros. Delante se extiende el sublime anfiteatro de montañas con sus tonos grises, verdes y amarillos resplandeciendo bajo el purísimo azul, uno de los paisajes hermosos que se puede imaginar el viajero. Delante, a un par de kilómetros discurre la hoz del río Magaña, la antigua carretera que trazó el ingeniero Iturbide en 1779 y realizó poco después Lemaur, la misma carretera, encajada entre altos farallones de roca que dibujó Doré, estrecha, con pretilos de piedra tallada, la profunda garganta por la que se abrió paso el ferrocarril, el desfiladero más impresionante de Europa, según algunos viajeros. Bernardo de Quirós, hacia 1920, lo describe: *«Los potentes bancos de escarpes verticales y de cumbres dentelladas se elevan a veces como altas torres o ingentes bastiones. Los líquenes forman extensas manchas amarillas y anaranjadas que destacan sobre el gris ceniciento de la roca. Entre los altos crestones, la vegetación encuentra asilo y forma zonas verdes, rellenando espacios situados entre las capas rocosas y aumentando la policromía del conjunto litológico, en el que destacan las encinas por su verde oscuro y los fresnos por su verde claro. Algunos robles (sic) y enebros brotan también entre las grietas, y, en la hondonada, se elevan, frondosos, los alisos y los fresnos, bordeando al torrente el matorral florido de las adelfas y la tupida maleza de los cistus, madroñeras, genistas, tapsias y acantos».*

La montaña se abre en una enorme grieta, un abrigo decorado con pinturas rupestres que testimonian que este lugar era sagrado milenios antes de los iberos. Delante de la abertura hay un agujero protegido con una reja, una especie de pozo cuyo fondo no se aprecia debido a la maleza y a la oscuridad. Aquí arrojaban sus exvotos los peregrinos para conseguir los favores del dios del lugar, más bien de la diosa, que sería la Madre Tierra.

Hace un siglo, los pastores llamaban a este paraje la Cueva de los Muñecos por la cantidad de estatuillas de bronce, los exvotos ibéricos, que se encontraban en sus alrededores.

Los pastores los usaban como proyectiles para sus hondas y esa práctica las dispersó por todo el valle. Desde principios del siglo xx comenzaron a interesar a los museos y se estableció un activo comercio clandestino que ha determinado que hoy más de siete mil exvotos del Collado de los Jardines anden dispersos por museos y colecciones privadas de todo mundo. Los expoliadores arqueológicos de principios del siglo xx todavía no disponían de

detectores de metales, pero habían observado que donde había una figurilla enterrada aparecía en la superficie de la tierra una mancha de óxido, lo que ellos llamaban «tierra muñequera». Cavaban y a poca profundidad aparecía el «muñeco».

A través de una de estas figuritas, el que esto escribe tuvo su primer contacto con los iberos, cuando era un estudiante de bachillerato. Un amigo suyo lo llevaba en el bolsillo como amuleto. No era gran cosa, apenas una barrita de bronce con la cabeza, los pies y las manos levemente indicados.

Sobre el cerro que se asoma al tajo hay una aldea ibérica encajada entre los enormes farallones de roca que dividen la cumbre como placas dorsales de un dragón dormido. Un sendero conduce hasta el punto más alto, desde el que se aprecia un paisaje amenísimo.

En esta aldea había talleres de fundidores que fabricaban los exvotos. En la falda, frente a la cueva, debió de crecer un bosque sagrado o *témenos* de encinas, acebuches y alcornoques.

## **El santuario de Castellar de Santisteban**

A cincuenta kilómetros del Collado de los Jardines, junto al pueblo de Castellar de Santisteban, existe otro santuario ibérico en las Cuevas de Biche, cinco grutas sucesivas al pie de un acantilado. El santuario, frecuentado desde el calcolítico hasta la época romana, conoció su esplendor con los iberos.

En el pueblo se puede visitar un interesante museo ibérico, instalado en las dependencias del antiguo castillo-palacio.

## **La cámara sepulcral de Toya**

En 1909 un gañán apodado *Pernazas* se hallaba labrando una finca del Cerro de la Horca, cerca de Peal de Becerro (Jaén), cuando la reja del arado chocó con una losa. Apartó la yunta, levantó la piedra y encontró un subterráneo en cuya penumbra se distinguían vasijas y objetos de imprecisos contornos. *El Pernazas* creyó que había encontrado un tesoro y regresó por la noche con la familia. El subterráneo era de reducidas proporciones y contenía vasijas con cenizas, pero del «oro del rey moro» que su descubridor esperaba no había ni rastro.

Un erudito local, don Agustín Caro Riaño, aludió al extraño edificio subterráneo en un artículo, que casualmente llegó a manos del estudioso Gómez Moreno. Este fue el punto de partida para que el arqueólogo don Juan

Cabré Aguiló diera con el monumento que, mientras tanto, se había estado usando como refugio de pastores, cazadores y labriegos.

Cabré examinó la cámara en 1918 y en 1927 la excavó Cayetano de Mergelina. El edificio, de planta cuadrada (4,55 por 4,60 metros) reproduce una casa-palacio ibera a escala reducida: Tres naves, una principal y dos laterales divididas en dos habitáculos. Está construido en sillares de piedra caliza unidos en seco, sin argamasa. En 1943, el profesor Mergelina restauró la cámara. Actualmente puede visitarse *in situ*, cerca de Peal de Becerro, o bien, en su magnífica réplica de poliéster y fibra de vidrio del Museo de Jaén. Esta admirable copia se parece al original como una gota de agua a otra y reproduce incluso el más leve arañazo de la piedra.

La cámara de Toya es un tipo de tumba poco común entre los iberos. Se conocen otras similares en Baza y Almedinilla y aún en la zona de Toya, donde se descubrieron y fueron destruidas otras, la última en 1953. Las tumbas subterráneas se inspiran en los hipogeos jónicos y en otras tumbas etruscas emparentadas, a su vez, con hipogeos fenicios y egipcios.

Del examen del ajuar funerario de Toya, fechado en los inicios del siglo -IV, se deduce que el difunto era un príncipe ibero, un jefe guerrero que se hizo enterrar con diversas vasijas, entre ellas una crátera griega (en realidad una buena imitación italiana), varias urnas cinerarias de piedra y diversas armas. Lo más interesante son las ruedas de un carro de guerra que nos recuerda la rica tradición tartésica de carros rituales, en las estelas funerarias, como símbolo de estatus del aristócrata quizá relacionado con el viaje al más allá.

Hubo también una pequeña estatua «no mayor que una muñeca» a la que la familia de *El Pernazas* llamaba «la reina mora». Probablemente se trataba de una deidad funeraria, una dama ibérica que andará hoy por alguna colección particular.

El plagio, la suplantación artística, el karaoke vital, forman parte de la condición humana. Piénsese en la cantidad de gente, usted mismo por ejemplo, que ha oído contar un viaje o un suceso y después lo cuentan como propio. En el verano de 1967, el que esto escribe participaba en la excavación de una *villa* romana cerca de Toya, y solía llevar la llave de la cámara sepulcral en el bolsillo delantero de su bañador. Un día le encomendaron que acompañara a la cámara sepulcral a un gran arqueólogo nacional, máxima autoridad en cultura ibérica. Después de media hora de camino, campo a

través, por barbechos achicharrados por el sol, llegamos al montículo, en el que una zanja conducía a la cámara (hoy el entorno ha sido adecentado y ajardinado). Abrí la puerta, encendí la linterna y entramos. El arqueólogo recorrió en silencio las tres naves de la tumba. De vez en cuando asentía gravemente a mis explicaciones cuando yo le señalaba detalles: los falsos arcos adornados de entalladuras que comunican la nave central con las laterales, el banco corrido de la nave principal, las losas del suelo rotas por las piquetas de los buscadores de tesoros... Finalmente se volvió hacia mí y me hizo esta confidencia: «¡Esto es extraordinario! Llevo toda la vida escribiendo sobre Toya, y haciendo que la gente venga a verla, pero no sabía que fuera tan bonita».

## **La Dama de Baza**

La famosa dama de Baza, hoy en el Museo Arqueológico Nacional, se descubrió en el año 1970, en una tumba de cámara de la ciudad ibera de Basti (Baza, Granada).

La dama de Baza tiene unos rasgos tan familiares, agitanada, con esos caracolillos de pelo, que más que diosa parece una señora de carne y hueso, quizá la propia difunta, aunque heroizada y representada como la diosa funeraria. Uno se la imagina rodeada de nietos, paciente, buena, haciéndoles tortitas de harina fritas, o buñuelos de miel, administrando su casa, cuidando del trigo, de los animales, recogiendo en persona los huevos en el corral...

La hipótesis de la señora vestida de diosa no es nada descabellada: algunas familias entierran a sus difuntos con el hábito del Carmen, o con el sayal franciscano, es decir, con atuendo religioso, aunque el difunto no haya sido muy creyente en vida.

La Dama de Baza se ha fechado a comienzos del -IV. En el informe de su descubridor, el profesor Presedo, leemos «La piedra es de color gris, con un peso de unos ochocientos kilos. Tiene 1,30 metros de altura (...) Está estucada y pintada (...) La mano izquierda esta cerrada y aprisiona un pichón pintado de azul intenso (...) va cubierta con un manto que la cubre de la cabeza a los pies, vestida con una larga túnica bajo la cual asoman dos sayas (...) toda la escultura no es más que una urna funeraria (...) con un hueco debajo del trono en el que se depositaron las cenizas del difunto (...) Queremos dejar testimonio de la impresión que sentimos en el momento de su descubrimiento: reposadamente en su trono, con la mirada baja dirigida al fondo de la tumba. A sus pies y a los lados el ajuar del guerrero sepultado.

Tenía en su sitio una solemne grandeza mezclada de cierto primitivismo y una tosca sencillez de inexpresividad (...) La inspiración griega que la hizo posible la ennoblecía incluso a través de la incapacidad artística que revela en muchos detalles. Protectora de la vida hasta más allá de la muerte, mantenía en su mano el pichón, símbolo del alma que ha escapado de las cenizas del muerto<sup>[21]</sup>».

¿Es un pichón, es decir, un palomo joven, o es otro pájaro lo que la dama sostiene en la mano? Parece demasiado pequeño y oscuro para pichón. Uno se pregunta si no será una golondrina, un ave que todavía es sagrada entre los campesinos españoles (quizá porque su carne no es comestible), y que se deja anidar libremente bajo los aleros de los tejados e incluso dentro de las viviendas. La explicación piadosa es que le quitó las espinas a Cristo, pero uno está tentado de pensar que quizá su sacralidad sea mucho más antigua, del tiempo de nuestros bisabuelos iberos, e incluso anterior.

En el ajuar de la Dama de Baza aparece una insólita falcata. ¿Indica eso que la señora era de armas tomar? Sin descartar que lo fuera, la falcata quizá sea un mero elemento de prestigio. También podría ser que las cenizas fueran de un guerrero y no de una matrona.

## **El *oppidum* del Puente de Tablas (Cerro Plaza de Armas)**

A tres kilómetros de Jaén, en el lugar denominado Puente de Tablas, se extienden las ruinas de un importante poblado ibérico sobre un cerro amesetado de siete hectáreas de extensión, que domina las vegas del Guadalbullón, afluente del Guadalquivir.

El poblado está defendido por una impresionante muralla en bastiones ataulados. En el poblado se han encontrado restos desde el siglo -IX, pero su fortificación y poblamiento más intenso comienzan en el siglo -VII y se intensifican a finales del -V. Medio siglo después, el asentamiento comienza a decaer y se despuebla hacia el siglo -II, probablemente debido a la crisis general que sigue a la II Guerra Púnica.

Cuando una ciudad muere deja un hueco que otra puede llenar, porque las tierras siguen siendo buenas y los caminos y el comercio continúan activos. El vacío de este poblado sin nombre lo ocupó Jaén, en un cerro cercano.

En Puente Tablas, la casa ibérica tiene a veces un patio interior y una escalera que conduce a la planta superior.

## Las esculturas de Obulco (Porcuna)

En el Cerrillo Blanco, cerca de Porcuna, Jaén, apareció entre 1975 y 1979 un extraordinario conjunto de esculturas ibéricas que hoy se expone en el museo de Jaén.

Las esculturas se habían labrado hacia la primera mitad del siglo -v, pero poco después (hacia el año -400) fueron destrozadas deliberadamente y sus pedazos sepultados en una zanja, como el lector recordará... No es la primera vez que esculturas sacralizadas son profanadas por enemigos y enterradas piadosamente por sus deudos. En 1865, durante las excavaciones de la acrópolis de Atenas, apareció una gran cantidad de esculturas que los persas habían destruido cuando tomaron la ciudad en -480 y luego los atenienses habían enterrado, entre ellas la famosa del Portador del Becerro.

El mausoleo de Cerrillo Blanco ¿fue destruido por los cartagineses durante su lucha para someter a los jefes iberos, o en el curso de una revuelta social? Esto último parece más probable. De hecho, a partir del siglo -iv, los mausoleos iberos son menos lujosos, lo que parece indicar que se ha producido una redistribución de la riqueza y el poder como consecuencia de esa revuelta social.

Las esculturas representan personajes y animales distintos, a veces agrupados en escenas. Hay un posible sacerdote envuelto en vestiduras ceremoniales; una escena de pugilato; un cazador con una liebre en la mano y su perro detrás...

La escultura más notable representa a tres figuras en movimiento, labradas en un mismo bloque de piedra. Un jinete ha descabalgado, con una mano sostiene las riendas del caballo y con la otra alancea a un enemigo caído al que el hierro le entra por la boca y le sale por la espalda. En realidad nos falta la cabeza y no tenemos constancia de que la lanza penetre por la boca, pero lo suponemos, porque esa era la muerte sacralizada en la antigüedad. Recordemos que los dragones mueren por la boca (o por el ojo) y que en el canto XVI de la *Iliada* se describe descarnadamente esa muerte: «Idomeneo alanceó el despiadado bronce por la boca de Erimante de frente. El impacto le saltó los dientes y le rompió los blancos huesos por debajo de los sesos. Los ojos se le llenaron de sangre (...) y la negra nube de la muerte lo cubrió».

¿Qué representa el grupo escultórico? Quizá un combate ritual que formaba parte del rito funerario. Observemos que los guerreros combaten en parejas y que el vencedor va completamente armado, mientras que el vencido

no lleva armadura ni ha sacado la espada de la vaina. Da la impresión de que se trata de un sacrificio en el que la víctima asume su destino y se entrega a la muerte representando un combate ritual. Esta actitud fatalista, que desde nuestra perspectiva puede parecer descabellada, no lo era tanto en la antigüedad. En el milenio -I, y quizá antes, diversas culturas mediterráneas practicaban sacrificios humanos sobre la tumba de los caudillos para que los espíritus así liberados acompañaran y sirviesen al difunto en la otra vida. Los primitivos hispanos practicaban lo que los romanos llamaron la *devotio ibérica*: durante la batalla, los clientes del régulo (*devoti, soldurii*), debían proteger la vida del jefe con las suyas. Si el jefe perecía, el código de honor exigía que ellos también murieran, por lo que se suicidaban ritualmente para acompañarlo en la otra vida. Es posible que este sacrificio se hiciera bajo la apariencia de un combate ritual durante las exequias y eso explica que uno de los combatientes no se proteja con armadura ni desenvaine la espada frente a su oponente o ejecutor.

Los combates rituales se mencionan en relatos de exequias de los difuntos más ilustres, Viriato por ejemplo<sup>[22]</sup>.

Las luchas rituales no son específicamente ibéricas, sino mediterráneas y aparecen en el arte griego y en las tumbas etruscas. Estas son el origen remoto de las luchas gladiatorias romanas, aunque en el Imperio ya se habían convertido en mero espectáculo, olvidado su significado religioso. El origen sacrificial se mantiene en el hecho de que los gladiadores vayan desigualmente armados, uno con espada y escudo (el *sammita*) y el otro solo con red y tridente (el *retiario*).

Quizá el hallazgo reiterado de armas (*falcatas*, algún *soliferrum*) en ajuares funerarios incluso de sepulturas femeninas se explique como alusión a estos combates realizados en honor del difunto para asegurar su feliz tránsito en la otra vida.

## **La grifomaquia**

En otra escultura de Porcuna un hombre desarmado se enfrenta a un grifo, el animal compuesto de cuerpo de león y cabeza y alas de águila. Esta bestia imaginada en Oriente siglos antes, puede que tenga un sentido funerario. Desde los tiempos de Tartessos se repite en la península el tema de la lucha del hombre contra el monstruo, generalmente un león, que es una de las pruebas que debe sufrir el caudillo para divinizarse o heroizarse. Puede ser un vestigio del ritual de iniciación, como los de algunos pueblos primitivos,

donde el individuo que pasa de la pubertad a la plena hombría tiene primero que enfrentarse a una fiera, o exponerse a ser devorado por ella, o sufrir dolores difícilmente soportables (recordemos el ritual de iniciación apache divulgado por la película «Un hombre llamado caballo»). El león aparece frecuentemente en tumbas iberas con carácter mágico y protector.

El grifo (un león con pico y alas de águila) es de ascendencia griega. La palabra procede del griego *gryps* ganchudo, por el pico de águila pero también del persa *giriften*, agarrar o asir. Los helenos incorporaron este animal a su mitología en la historia de la lucha de los *arimaspos* contra los grifos que guardaban el oro de Escitia. Los comerciantes griegos traficaban con el oro escita desde el siglo -VII y estaban convencidos de que el grifo era un animal real que protegía los yacimientos de oro en el desierto de Gobi.

¿De dónde pudo surgir la idea de este animal mitológico? Probablemente tenga base real: se han hallado en la superficie del desierto de Gobi, esqueletos de *Protoceratops* y *Psittacosaurus*, que vivieron hace cien millones de años. El pico y los huesos de las caderas del *Protoceratops* son tan parecidos a las de las aves rapaces que los griegos las confundieron con ellas, por eso Cresias (-400) creía que eran unas «aves con cuatro patas» y Esquilo los llama «silenciosos perros de caza con picos crueles y puntiagudos».

## **El masturbador**

La escultura más desconcertante del conjunto funerario de Porcuna es la que representa a un masturbador en plena comisión de amor propio. La insólita escultura está medio disimulada en un rincón de la sala del museo de Jaén, pero a pesar de ello capta poderosamente la atención del visitante. Para el catálogo oficial señala «Lo más sobresaliente de esta figura es el gran falo que sujeta firmemente con la mano derecha. Es demasiado grueso y en él se aprecia parte del bálano y está claro que le ha sido practicada la circuncisión».

La valoración negativa del calibre del instrumento es, quizá desacertada. Tendríamos que haber sondeado la opinión del propietario de la pieza, y la de su pareja, antes de atrevernos a descalificarlo tan rotundamente. En cualquier caso, el aparato reproductor representado es tan notable que, de haber aparecido separado del cuerpo, fácilmente podrían haberlo tomado por un objeto distinto. En una reciente visita al museo presencié como un niño preguntaba a su padre: «¿Papá, qué hace ese señor, qué tiene en la mano?» Y el padre, saliendo del paso con notable desenvoltura, le respondía: «Un helado

de dos euros, hijo, de los de bola»; a lo que la madre, cotejando el miembro, replicó: «¡De dos euros, nada: ese helado es por lo menos de cinco euros!».

¿Qué pinta un masturbador en un contexto religioso y funerario? Una vez más tenemos que recurrir a paralelos culturales mediterráneos. En un texto sagrado egipcio leemos: «En el principio era el caos. Caos era la oscuridad. El primer dios Ammón, surgió de las aguas usando tan solo su fuerza para formar su cuerpo. Solo, cogió su pene con su mano. Hizo el amor a su puño. Alcanzó el placer con sus dedos y con la llama de la ráfaga de fuego que surgió de su mano, creó el universo».

Un dios se masturba y crea el universo. He aquí el sentido religioso de esa acción, aunque religiones posteriores la hayan condenado como pecaminosa. En realidad lo que hizo Ammon, según el mito egipcio, fue beber su semen y luego escupirlo. De las gotitas esparcidas surgieron sus hijos divinos.

Un dios primordial se masturba y de su semen esparcido nace el mundo con todo cuanto contiene. Una explicación mucho más poética que la verdadera, en la que el Dios primigenio crea al hombre del barro y a la mujer de una costilla del hombre.

¿Un mito egipcio entre los iberos del siglo -v? ¿Por qué no? Objetos egipcios se encuentran, incluso en fechas más antiguas, en contextos ibéricos, traídos por los fenicios<sup>[23]</sup>. Los mitos bien pudieron llegar también con aquellos comerciantes. Los mediterráneos participaban de muchas tradiciones culturales comunes desde mil años antes.

Las escenas con dios masturbador, como muchas otras representaciones sexuales de los monumentos egipcios, fueron eliminadas por los piadosos cristianos que señorearon el país del Nilo durante siglos. San Antonio y sus anacoretas se ensañaron con las imágenes paganas de los templos, especialmente con los falos y las representaciones sexuales.

En ciertos santuarios egipcios se suponía que el dios realizaba actos sexuales para garantizar la creación y renovarla. En un pequeño santuario, al final de la gran avenida de Karnak, se masturbaba ritualmente la estatua del dios Ammón todos los días, antes de la salida del sol. De esta forma el dios renovaba la creación. Los arqueólogos creen que la estatua debía poseer un pene de tamaño considerable, aferrado con su mano izquierda. Había a su servicio una sacerdotisa conocida como «la Esposa de Dios» o «La Mano de Dios», lo que indica claramente cuál era su papel en el rito.

«Algunas imágenes de Karnak pueden parecer algo desagradables (largos penes erectos, jóvenes deidades succionando sus propias partes y otros exhibiéndolas impúdicamente) —escribe el arqueólogo Gay Robbins de la universidad de Emory (USA)— pero eso formaba parte del concepto del mundo según los egipcios».

El poder del faraón procedía también de este rito de masturbación. Una vez al año, al inicio de la subida del Nilo, el monarca navegaba desde su residencia en Menfis a Karnak, recogía en su barca la estatua de Ammón erecto cubierta con una tela de lino blanco y la llevaba a Luxor, donde el faraón, su esposa y la estatua se quedaban en una cámara oscura del gran templo.

No tenemos indicios de la clase de ceremonia que realizaban la pareja divina y la estatua itifálica (o sea, en erección), pero sí que el faraón reafirmaba su puesto participando solemnemente en el rito.

En todo el Mediterráneo, el sustrato neolítico y su religión basada en rituales de reproducción han dejado rastros de adoración al falo. En el mundo griego y romano es frecuente la representación desde los modelos más antiguos, que son primero una simple columna de piedra con terminación redondeada, a la que, en una etapa posterior, se añade la figuración esquemática de un pene erecto y arriba una cabeza. Con el tiempo evolucionan y dan el sátiro o sileno, un hombre selvático con orejas puntiagudas y cola de caballo perpetuamente itifálico, que acosa sexualmente a las ninfas de los bosques.

En el museo de Jaén, la escultura del masturbador, una de las cumbres de la estatuaria ibérica, el héroe o dios que empuña el falo más rotundo del arte español, por otra parte tan pacato y monjil, está casi relegado al anonimato, en un rincón mal iluminado de la sala, para evitar que los visitantes se escandalicen.

No es nuestra intención enmendarle la plana a nadie, pero a nuestro juicio debería situarse en un lugar más prominente, siquiera sea por respeto a su carácter religioso. Lo que ocurre es que la masturbación arrastra muy mala prensa en estas generaciones nuestras, educadas en los prejuicios y en el oscurantismo de los piadosos colegios del franquismo nacional-católico. Ya va siendo hora de eliminar los prejuicios y sacar la masturbación del armario, porque, como decía mi admirada Antoñita Colomé, la gran actriz de los años 30-40 del pasado siglo y mujer desinhibida y libre de prejuicios: «Chingar

está bien, no digo yo que no, pero lo mejor de todo es el gustito que se da uno mismo».

Arrastrado por la gravedad del asunto, quizá me he apartado un poco de la línea que traía, que era estrictamente arqueológica. Séame perdonada esta breve digresión, sin duda aburrida para el lector, que está deseando conocer más detalles científicos de la escultura ibérica del siglo -v.

## **El estilo de Obulco**

La perfección de las esculturas de Obulco, aunque para los cánones de belleza actuales, los traseros y los muslos sean excesivamente gordos, da que pensar. ¿Son obra de artistas locales o de algún excelente escultor griego, probablemente foceo, capaz de tallar en un mismo bloque de piedra varias figuras en movimiento? Más que un artista parecen obra de una escuela, quizá el maestro con sus operarios, un taller itinerante como los que en la Edad Media iba de catedral en catedral, allá donde hubiera trabajo.

El maestro escultor se recrea en los detalles, quizá para complacer al cliente, y reproduce con exquisito primor los nudos, los adornos, y, sobre todo, las armas, el equipamiento de los guerreros: las lanzas, las espadas (tanto la larga, celta, como la falcata), el escudo redondo de cuero (*caetra*) colgado de los hombros cuando no se está usando, la coraza formada por discos metálicos, el coselete de piel en forma de ocho, las grebas que protegen las piernas, el casco de vistosa cimera...

## **El *oppidum* de Arjona**

Arjona, a corta distancia de Porcuna, es un pueblo pintoresco emplazado sobre un cerro, vértice geodésico de primer orden, lo que constituye un estupendo ejemplo de lo que fueron los *oppida* de la campiña del Guadalquivir. De Arjona procede el impresionante toro ibérico del museo arqueológico de Granada.

Desde la explanada superior del antiguo *oppidum* de Arjona, del que quedan impresionantes lienzos de muralla en talud en el denominado Cementerio de los Santos, se domina un paisaje de olivares que ya de por sí vale la visita. Tiene Arjona, además, un interesante museo arqueológico con distintos restos de época ibérica y romana, entre ellos una esfera de piedra con una inscripción ibérica, quizá el betilo de un templo o santuario cercano que después fue la ermita de san Nicolás.

En la cumbre del *oppidum* de Arjona pudo existir un santuario prerromano

que después fue sucesivamente ocupado por un templo romano, una mezquita musulmana y la actual iglesia cristiana de Santa María, del siglo XIII. En la explanada de la iglesia se realizaron en 1624 las primeras excavaciones sistemáticas documentadas en España, inspiradas por la Iglesia, con objeto de sacar a la luz los supuestos restos de mártires cristianos, entre ellos los de los santos patronos del pueblo, san Bonoso y San Maximiano. En estas excavaciones salieron a la luz una necrópolis argárica y diversos niveles de la época ibérica.

## **El santuario heroico de Huelma**

En el paraje el Pajarillo, término de Huelma (Jaén) se encontraron en 1993 los restos de un monumento ibérico del siglo -IV, que dominaba la importante ruta histórica que une el valle del Guadalquivir con las hoyas granadinas, a través del cauce del río Jandulilla.

Sobre una terraza que dominaba el camino, se levantaba un zócalo de piedra que servía de pedestal a un conjunto escultórico que representaba a un héroe luchando con un gran lobo y a otra serie de figuras secundarias. Hoy estos restos escultóricos se exponen en el Museo de Jaén.

El motivo principal del monumento es el de la lucha del héroe civilizador con la fiera, un tema bastante frecuente en la mitología mediterránea, que nos recuerda, entre otros, los trabajos de Hércules. Probablemente el héroe representado era el antepasado de algún jefe de la zona, que de este modo prestigiaba su estirpe. El monumento pudo marcar los límites de la comunidad y quizá en su entorno albergaba las instalaciones necesarias para la celebración de algún rito de paso en el trajín comercial de aquella importante ruta.

Al igual que en el caso del monumento funerario de Porcuna, el grupo de El Pajarillo tuvo un final abrupto después de unos cincuenta años de existencia.

En la escultura ibérica, el lobo representa al gran depredador y aparece a veces despedazando cabritos. El héroe que se enfrenta con él y lo vence es el héroe civilizador de los mitos de lucha. Pero el lobo también puede ser la bestia que conduce a los difuntos a la otra vida. En el museo de Jaén hay una cista funeraria de piedra, procedente de Villargordo, que representa, toda ella, a un lobo, las patas como soportes y la cabeza del animal como tapadera. El lobo contiene al difunto, como se comentó al hablar de las necrópolis. Probablemente es un vestigio de los tiempos en que los muertos permanecían

insepultos en los pudrideros para que los lobos y los buitres los devoraran y los condujeran a la otra vida.

El grupo escultórico de Huelma incluía algunas figuras menores de animales que pudieran ser perros que acompañaran al héroe, o lobeznos, los hijos de la loba que el héroe tiene que vencer. Hay, además, algunos fragmentos de dos leones y dos grifos que pudieron adornar el acceso a la plataforma que sostenía la escena principal.

## **El Cerro de los Santos**

El santuario del Cerro de los Santos, donde se encontraron las primeras estatuas iberas, está en el término de Montealegre del Castillo, Albacete. Es un cerrete en medio de la llanura de Tecla, cerca de las lagunas ricas en sales sulfatado-magnesiadas, que son las que seguramente determinaron, con sus cualidades curativas, el establecimiento del santuario. Además por allí pasaba la concurrida Vía Heraclea por la que se transportaban los metales de Sierra Morena hacia los puertos de Levante.

El paraje estaba cubierto de un denso bosque (otro elemento sagrado entre los iberos) que a mediados del siglo XIX se taló para convertirlo en campos de cultivo. En cuanto comenzaron las labores agrícolas, los arados tropezaron con grandes piedras que resultaban ser representaciones esculpidas de lo que los sencillos labriegos tomaban por «santos» como los de las iglesias. En total se han encontrado unas cuatrocientas cincuenta esculturas o fragmentos, casi todas de varones, aunque las más vistosas son las de damas muy enojadas con altas mitras y velo en la cabeza. Algunas cabezas son retratos de los fieles, que las ofrecían como exvotos.

En 1862, cuando todavía se ignoraba la existencia de la cultura ibérica, el director del museo arqueológico nacional, J. Amador de los Ríos, consideró que eran esculturas visigodas. En la segunda mitad del siglo XIX, el interés por la arqueología propició el expolio de diversos yacimientos y dio lugar a un activo comercio. Un falsificador, don Juan Amat, más conocido como el relojero de Tecla reproducía esculturas en el estilo de las halladas en el Cerro de los Santos. Otras veces añadía detalles o inscripciones a esculturas genuinas para acrecentar su valor de mercado. Se sospecha que el falsificador tenía una firma peculiar consistente en adornarlas con un collar de dos vueltas y colgantes circulares.

Las esculturas del Cerro de los Santos eran obra de artesanos locales que tallaban sobre arenisca blanquecina fácil, con mayor o menor calidad

dependiendo de las posibilidades económicas del oferente. Estas ofrendas se dispondrían a lo largo del terreno sagrado del santuario o *témenos*. Es posible que el pequeño edificio que hubo en la cumbre del cerro guardara alguna imagen de madera o algún betilo de piedra que representara a la divinidad.

El santuario estuvo vigente hasta época romana, como se manifiesta por la evolución del atuendo de las esculturas y por el hecho de que algunas esculturas lleven ya en latín el nombre del oferente.

## **El mausoleo de Pozo Moro**

En 1970, en el paraje de Pozo Moro, término de Chinchilla (Albacete), por donde la Vía Heraclea (luego Augusta) que enlazaba el valle del Guadalquivir con Cartagena se cruza con la que se dirige a Complutum (Alcalá de Henares), se descubrieron los restos de un *heroon* o mausoleo de un gran caudillo, que en su momento estuvo rodeado de otras tumbas más modestas, los típicos túmulos de planta cuadrangular.

El mausoleo era una torre de piedra de más de diez metros de altura, construida de sillares, con algunos relieves de tema mitológico y algunas estatuas de leones que sostenían parte de la estructura. Este conjunto, convenientemente reconstruido, puede admirarse en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

El mausoleo de Pozo Moro debió construirse hacia el año -500, pero es posible que sea más antiguo y que lo desmontaran de otro emplazamiento y lo construyeran de nuevo en este lugar para sepultar a un difunto ilustre. La apropiación de materiales anteriores es frecuente en la antigüedad. Pensemos en la mezquita de Córdoba: el monumento es árabe, pero los capiteles y las columnas proceden casi todos de monumentos romanos o visigodos más antiguos.

El mausoleo de Pozo Moro reproduce un diseño frecuente en enterramientos neohititas o arameos del norte de Siria hacia el siglo -VII. No se descarta que sea obra de escultores sirios llegados a la península ibérica. Algunos artistas de esa procedencia trabajaron en ciudades griegas o etruscas (Cerveteri, Felsina) ¿por qué no iban a llegar aquí?

La torre funeraria estaba dentro de un recinto en forma de piel de bóvido o lingote chipriota, el consabido *keftiu*, y rodeado por un murete. Sus sillares estaban bien escuadrados y trabados con grapas de plomo, pero se sustentaban directamente sobre la tierra, sin cimientos, por lo que el monumento se

desplomó al poco tiempo de edificarlo y sus partes quedaron esparcidas hasta que las cubrió la tierra.

Los interesantes relieves de Pozo Moro representan algunos mitos de Oriente, que quizá aludan a la fundación de un reino o de una ciudad. En el relieve principal, un personaje monstruoso con dos cabezas de felino superpuestas, las lenguas fuera, está sentado en un trono, de perfil, y en la mano derecha sostiene un recipiente del que asoma un niño (o persona de menor tamaño), mientras en la mano izquierda agarra la pata de un jabalí al que tiene panza arriba sobre una mesa.

Otros dos personajes con cabezas animalescas, sirven al entronizado. El primero gasta una especie de falda hasta el suelo, como las de los cortesanos mesopotámicos y egipcios, y le ofrece un cuenco. El segundo, con cabeza equina, parece que está sacrificando a una figura humana, quizá un niño, sobre una mesa o altar.

¿Qué representa este relieve? Quizá un mito similar al de Cronos, devorador de sus hijos, de origen fenicio, que se transmite hasta la *Teogonía* de Hesíodo (-700). En cualquier caso, un banquete funerario cuyo personaje principal está devorando a sus semejantes.

En el segundo relieve, un forzudo arrastra un árbol lleno de pájaros mientras que dos hombrecillos, quizá simples mortales, lo ayudan a llevarlo con una especie de biellos. Además hay un monstruo que arroja fuego por la boca.

Algunos han supuesto que representa a un héroe fundador que ha robado el árbol de la fecundidad y se lo ofrece a los hombres, pero también pudiera plasmar el relato de la tablilla XII del Poema de Gilgamesh, el gran canto mesopotámico: «El viento del sur descuaja un árbol de la orilla del Éufrates y el río lo arrastra. La mujer lo lleva a Uruk, al jardín de Innana. El árbol crece pero no echa follaje porque la serpiente que habita en el subsuelo lo impide. En sus ramas saca sus crías el pájaro Imdugud». Al final, el héroe Gilgamesh abate el árbol, le arranca las raíces, le poda la copa mientras los hijos de la ciudad le talan las ramas. Lo entrega a Innana para que se haga el trono y el lecho. Los habitantes del árbol huyen, la virgen Lilith al desierto y el pájaro Imdugud al monte, con sus crías.

El tercer relieve, lamentablemente incompleto, porque solo se ha conservado la mitad derecha, representa a un personaje fornido, de potentes piernas, que copula vigorosamente con una dama de la que, para

desesperación nuestra, no se ha conservado la cabeza ni los muslos ni el trasero. El copulador gasta un pene de considerables dimensiones, así como unos testículos como berenjenas de simiente. Nuevamente parece que la escena reproduce un pasaje del *Poema de Gilgamesh*, tablilla, I, columna IV, donde se narra el acoplamiento de Enkidu con la ramera sagrada. Veamos:

«La ramera vio a aquel salvaje, al hombre bárbaro que habita los confines del llano. ¡Ahí está la ramera! ¡Enseña las tetas, desnúdate y que posea tu belleza toda! ¡No seas melindrosa! ¡Acoge su ardor! En cuanto te vea se llegará a ti, quítate el vestido para que se eche sobre ti. ¡Procúrale el placer que pueda dar la mujer! (...) Mostró así al salvaje el amor de una mujer y el amor de él entró en ella. Durante seis días y siete noches, Enkidu en celo copuló con la ramera y cuando se hubo saciado salió a buscar su manada». Aleccionador.

Ya estamos viendo que las escenas sexuales no son raras en contextos funerarios mediterráneos. En algunas tumbas etruscas se ve también a parejas de amantes en plena efusión, por ejemplo en dos sarcófagos de Vulci, Etruria del siglo -v. El mismo sentido podría tener la del masturbador de Obulco si en su origen hubiese estado acompañado por una mujer con la que estuviera a punto de copular.

El cuarto relieve de Pozo Moro, representa a la diosa fenicia Astarté sentada, de frente, con tres alas a cada lado, con flores de loto en las manos. Astarté era una de las esposas de Cronos, una virgen mediterránea muy venerada por los semitas, a la que Salomón le erigió un templo en Jerusalén.

Otro relieve representa al difunto con escudo y casco en el que se lee su nombre: Bodilcan.

¿Qué significan estos relieves? Probablemente son libros de imágenes, como los relieves religiosos del románico, que aluden a una sociedad compleja y a mitos orientales introducidos por los fenicios.

## **El jinete ibero de Villares de la Hoya Gonzalo**

Relativamente cerca de Pozo Moro, en el lugar de los Villares de Hoya Gonzalo, (Albacete) se ha encontrado otro enterramiento principesco, un gran túmulo adornado con una escultura de un guerrero heroizado a caballo, de comienzos del siglo -v. Se encuentra en el Museo Provincial de Albacete.

A otro monumento funerario, del que no conocemos el contexto, debió pertenecer la famosa esfinge conocida como Bicha de Balazote por su lugar de procedencia, también en la provincia de Albacete, que representa a un toro con cabeza de hombre barbudo.

## **La Dama de Elche**

La escultura ibera más famosa apareció dentro de un nicho de losas el 4 de agosto de 1897 en el paraje de La Alcudia, junto a Elche, en las ruinas de la antigua Ilici. Los obreros que la encontraron comunicaron el hallazgo de «una reina mora» al propietario de la finca, el doctor Campello. El hispanista francés Pierre París, que casualmente llegó a Elche pocos días después para asistir a la representación del *Misteri* y se hospedó en la casa de un cuñado del doctor, vio la escultura y, comprendiendo su gran valor, se puso inmediatamente en contacto con el Louvre y con los banqueros Salomón y Bardac, que le giraron cuatro mil francos para que la adquiriera para el museo parisino.

La Dama permanecería en el Louvre durante cuarenta y tres años hasta que, en 1941, el general Petain, jefe del estado francés, se la devolvió a Franco como gesto de buena voluntad y hermandad entre los regímenes que representaban. Desde entonces se puede admirar en la sala ibérica del Museo Arqueológico Nacional.

En periodos de exaltación nacionalista (española) o regionalista (valenciana), la Dama de Elche se ha convertido en el totem cultural que representa la nacionalidad española antes de Roma o la cultura autóctona. En un texto de Pemán leemos: «La misma dama de Elche aparece con la cabeza y el cuello pudorosamente cubierto de paños. Parece que las primitivas mujeres españolas estaban nada más que esperando que se levantara la primera iglesia de Cristo, preparadas ya con sus tocas para asistir a la primera misa<sup>[24]</sup>». Poco después, el marqués de Lozoya, reflexiona de este modo: «El escultor (de la Dama de Elche) copiaba, sin duda, directamente, pues las nobles facciones de su modelo se ven todavía en las huertanas de Valencia y Murcia y el adorno (...) recuerda en su traza general la peineta, los rodetes y las joyas de filigrana de las *llauradoras* actuales».

Un autor más reciente vuelve a insistir en la españolidad de la dama: «el escéptico lector perdonará si dejándonos arrastrar por los sentimientos damos en creer que los rasgos de esta virgencita de pómulo alto, boca fina, mirada soñadora y griega y gesto serio y solemnemente hierático reproducen los de alguna princesa (...) la dama es solo un busto, pero nada cuesta imaginar que la infanta era de buena alzada, un punto caballona y corpulenta, algo escurrida de tetas pero potente de muslos, con un trasero de doce palmos de latitud y el pubis duro como una piedra ¡Que siga triunfando por muchos siglos en su altar de escayola del Museo Arqueológico Nacional!»<sup>[25]</sup>

Dejémoslo en que es una escultura de influencia griega, pero con adornos

inequívocamente indígenas, que representa a una gran dama, a una diosa o a una sacerdotisa ataviada con ropajes y adornos rituales. También pudiera ser una novia, no demasiado joven, a punto de pasársele el arroz, vestida con los abalorios y perejiles del tocado nupcial. Opiniones hay para todos los gustos, pero entre ellas la que parece más en razón es la que señala que podría reproducir la imagen de una Diosa Madre tallada en madera y lujosamente enjoyada de un santuario local. Es posible que la imagen original, la de madera, estuviera sentada y así estaría también la dama, aunque se han hecho esfuerzos por imaginarla de pie, al estilo de las esculturas oferentes del Cerro de los Santos. Lo cierto es que cerca del lugar donde la Dama se encontró existen trazas de un antiguo templo al que pudo pertenecer la imagen, así como otras esculturas que decoraban el mismo conjunto.

La datación de la dama de Elche ha sido un asunto controvertido. El prestigioso arqueólogo Antonio García Bellido la consideró un retrato romano de los tiempos de Cristo, aunque luego aceptó que debía ser mucho más antigua. Hoy se considera que la esculpieron a mediados del siglo -IV, hacia el -475, pero no faltan opiniones discordantes. Desde su aparición, la dama de Elche ha tenido que soportar dudas acerca de su honestidad. ¿Es auténtica o es falsa? ¿Es un hombre, es una mujer o ni lo uno ni lo otro? ¿Es un busto, es la mitad superior de una escultura de cuerpo entero, como sus primas y vecinas, las damas del Cerro de los Santos?

El profesor norteamericano John F. Moffit apunta que la escultura fue falsificada con fines lucrativos y que las circunstancias del descubrimiento estaban preparadas para que el doctor Campillo, propietario del terreno y arqueólogo aficionado, hiciera un buen negocio al vender la pieza al hispanista francés Pierre Paris. El autor de la dama pudo ser el escultor valenciano Pallás y Puig que la tallaría inspirándose en dibujos de las piezas aparecidas en el Cerro de los Santos.

La oportuna aparición de la Dama, en el contexto del desastre de la pérdida de Cuba y Filipinas, en 1898, sugería una lectura política al demostrar la avanzada civilización que había alcanzado España antes de los tiempos de Roma. «De ahí lo oportuno que resultó el hallazgo de la Dama de Elche, la cual pudo verse, en fin, como la prueba palpable de ese ideal elusivo que muchos españoles finiseculares habían estado persiguiendo con tanto ahínco. (...) su aspecto era maravillosamente moderno, con un punto de exotismo a lo Moreau, y no pocas evocaciones a la Salambó de Flaubert. La estatua sugería un cierto optimismo histórico, como si anunciara una nueva grandeza para un

futuro inmediato...»<sup>[26]</sup>

Excuso decir que los historiadores españoles han reaccionado como si les hubieran mentado a la madre.

Es cierto que resulta algo sospechoso que la Dama se descubriera pocos días antes de la llegada de Pierre Paris al pueblecito donde se encontró. No obstante, no sería la primera vez que una hermosa escultura se rescata porque una persona entendida anda cerca en el momento del hallazgo. La famosa Venus de Milo, del siglo -II, se salvó por una coincidencia parecida. Un campesino de la isla griega de Melos la encontró arando en 1820. La estatua estaba partida en dos fragmentos grandes y otros cuantos más pequeños. Un erudito francés que pasaba unos días cerca del lugar se prendó de la estatua y comunicó su existencia a las autoridades galas. Cuando el campesino que la había encontrado estaba a punto de venderla a un potentado griego los franceses mejoraron la oferta, circunstancia que, combinada con la oportuna presencia de un buque de guerra francés en aguas de Melos, determinó que la famosa estatua fuera a parar a Francia.

Ignoramos si el museo arqueológico ha efectuado los análisis petrográficos y de pigmentos de la Dama, que podrían revelar su edad verdadera. El otro posible análisis, el estilístico parece confirmar su legitimidad. Las nuevas esculturas ibéricas que van saliendo a la luz coinciden en ese aire arcaico de la dama, especialmente en su nariz recta que enlaza directamente con los arcos supraciliares, los ojos entreabiertos y algo prominentes y los labios de comisuras separadas.

## **Poblado de El Oral**

Las ruinas de este poblado ibérico del siglo -VI al -V, están en el término de san Fulgencio, (Alicante), en la desembocadura del río Segura, junto a la sierra del Molar. Hoy es tierra interior, pero en tiempos de los iberos fue un puerto bastante activo.

El poblado, de una hectárea de superficie, cuenta con buenas murallas y está bien urbanizado, con calles rectas y manzanas de casas. Estuvo habitado por espacio de tres o cuatro generaciones y luego lo dismantelaron para trasladarse a otro lugar de La Escuera. El corto periodo de ocupación, en una época tan antigua, sirve para ver cómo nace un poblado ibérico a partir de previos elementos tartésicos. Se ve que la construcción fue una decisión unitaria y bien planeada por algún jefe.

## **Botorrita, la de los bronces**

En el término de Botorrita, en el Cabezo de las Monas, a veinte kilómetros de Zaragoza, sobre el río Huerva, se encuentran las ruinas de Contrebia Belaisca, ciudad celtibérica y romana famosa por los hallazgos de bronces con escritura ibérica. El poblado, que estuvo habitado entre los siglos -V y -I, ocupa más de treinta hectáreas. Desde el cabezo se dominan vías tradicionales entre Levante, Castilla, Bajo Aragón y la costa catalana.

Destacan las ruinas de un gran edificio de adobe de cinco metros de altura y dos plantas.

## **Azaila**

En el término de Azaila, Teruel, en el cabezo de Alcalá, se encuentran las ruinas de un extenso *oppidum*, habitado entre los siglos -VI y -I. Los dobles muros del poblado, que sirven a un tiempo de contrafuerte y defensa, encierran varios barrios con calles enlosadas que discurren en terrazas adaptadas al terreno. Las viviendas son cuadrangulares y adosadas, con una o varias habitaciones. Algunas se distribuyen en torno a un patio central.

## **Calaceite**

Este poblado fortificado, en el lugar de San Antonio el Pobre, término de Calaceite, Teruel, estuvo habitado entre los siglos -V y -I.

El caserío se extendía sobre un cerro, en calles aterrizadas y defendidas por el propio escarpe del monte y por algunas murallas suplementarias.

## **Castellot de la Roca Roja**

Este poblado fortificado, construido sobre un espolón rocoso que se asoma al río Ebro, se habitó entre los siglos -VI y -II. Una fuerte muralla de cinco metros de anchura defiende la parte más expugnable y divide la meseta. La puerta de acceso se abre lateralmente, en dispositivo acodado, casi oculta por una masiva torre rectangular que la protege. Como en otros casos, las defensas resultan desproporcionadas para el núcleo que defienden, lo que se explica por razones de prestigio.

## **Els Vilars d'Arbeca**

Este pequeño e interesante poblado, en realidad un castillo (*La fortalesa*), abarca desde el siglo -VIII hasta el año -325.

Su muralla circular, de cinco metros de ancho y otro tanto de altura, estaba flanqueada por doce grandes torres de frente semicircular. Un foso inundable de quince metros de anchura y cuatro metros de profundidad rodeaba el castillo. El terreno comprendido entre la muralla y el foso estaba guarnecido con piedras clavadas al tresbolillo (caballos de Frisia) para imposibilitar los movimientos de un atacante que hubiera salvado el foso.

Las viviendas se apoyan en la muralla, lo que delimita una calle circular. En el espacio central hay otras viviendas en torno a una gran cisterna.

## **El Molí d’Espigol de Tornabous**

El poblado estuvo habitado entre el siglo -IV y la segunda mitad del -II. Lo defiende un doble muro de trazado circular, con viviendas adosadas a la parte interior. El resto de las calles son rectas.

## **Puig Castelar**

Este poblado de forma ovalada ocupa la cima de un cerro con vistas a la costa y a la llanura del Vallès. Consta de tres calles concéntricas que se adaptan al relieve aterrazado del terreno y se comunican entre ellas por medio de callejones transversales. Protegían la puerta de acceso una torre cuadrada y un muro avanzado.

## **Ullastret**

Esta hermosa ciudad ibérica, en el Puig de Sant Andreu, a diez kilómetros del mar y a catorce de Ampurias, constituye, junto con su comarca, el yacimiento ibérico más rico de Cataluña.

En la parte más alta hay una acrópolis con tres templos (datados entre -V y -III) y dos cisternas para el aprovechamiento del agua de lluvia. La ciudad se extiende por la falda de la montaña, con calles que siguen las curvas de nivel, casas, silos, fuertes murallas y su pequeño museo. El poblado vivió su mejor momento en el siglo -IV y fue abandonado en el -II.

Un elaborado sistema defensivo desarrollado entre los siglos -VI y -III, incluye un muro avanzado de protección (*proteichisma*).

## **Ciudadela de Turó de las Toixoneres, Calafell**

En Les Toixoneres-Alorda Park (Calafell), en el límite entre Barcelona y Tarragona, junto al mar, surgió, hacia el siglo -VI, este pequeño poblado fortificado con una muralla guarnecida de torreones y precedida de un foso

seco, para vigilar a unos veinte poblados menores que se extienden en un radio de cuatro kilómetros

Debió ser la residencia de una minoría aristocrática que dominaba los pequeños asentamientos agropecuarios del valle inmediato. Hacia el siglo -II lo arrasaron.

En el poblado destaca un edificio central, el palacio del caudillo, con siete habitaciones y dos pisos de altura.

Las instalaciones de la ciudadela de Turó son muy pedagógicas. El visitante puede observar la vida de los iberos por medio de reconstrucciones con maniqués y objetos de la vida cotidiana, además de herramientas y armas.

*Tote abe* (=mucho salud<sup>[27]</sup>).

FIN

## BIBLIOGRAFÍA

- Adroher, Andres M. y otros, *La cultura ibérica*, Diputación de Granada, 2002.
- Alvar, Jaime, y José María Blázquez (eds.), *Los enigmas de Tarteso*, (sic) Ed. Cátedra, Madrid, 1993.
- Alvarado, Javier, *Tartessos, Gárgoris y Habis*, Ed. Nueva Acrópolis, Madrid, 1984.
- Bendala, Manuel, *Tartesios, iberos y celtas*, Ed., Temas de Hoy, Madrid, 2000.
- Blanco Freijeiro, A., *Los iberos*, Ed. Historia 16, Madrid, 1988.
- Blázquez, José María, *Religiones, ritos y creencias funerarias de la España prerromana*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 2001.
- El Mediterráneo y España en la Antigüedad*, Ed. Cátedra, Madrid, 2003.
- Eslava Galán, Juan, «Toya, la tumba de un guerrero ibero», *Historia y Vida*, N.º136, Barcelona, julio 1979, pp. 62-69.
- Tartessos y otros enigmas de la historia*, Ed. Planeta, Barcelona, 1994.
- Historia de España contada para escépticos*, Ed. Planeta, Barcelona, 1998.
- Gracia Alonso, Francisco, y otros, *El libro de los Iberos. Viaje ilustrado a la cultura ibérica*, Signament Edicions, Barcelona, 2000.
- La guerra en la Protohistoria*, Ed. Ariel, Barcelona, 2003.
- González Navarrete, Juan Agustín, *Escultura ibérica de Cerrillo Blanco, Porcuna*, Jaén, Diputación de Jaén, 1987.
- Gutiérrez Soler, Luis María, *El oppidum de Giribaile*, Universidad de Jaén, Jaén, 2002.
- Hernández, Xavier y otros, *La ruta dels ibers*, Ed. Baula, Barcelona, 1999.
- Maluquer de Motes, Juan, *Tartessos, la ciudad sin historia*, Destino, Barcelona, 1984.

- Maya, José Luis, *Celtas e iberos en la península ibérica*, Icaria Ed., Barcelona, 1999.
- Mayor Adrienne, *El secreto de las ánforas (lo que los griegos y los romanos sabían de la prehistoria)*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 2002.
- Molinos Molinos, Manuel y otros, *El santuario Heroico de «El Pajarillo», Huelma (Jaén)*, Universidad de Jaén, 1998.
- Nicolini, Gérard, *The ancient spaniards*, Saxon House, Londres, 1974.
- Ramos Fernández, Rafael, *El templo ibérico de La Alcudia y La Dama de Elche*, Ayuntamiento de Elche, 1995.
- Ruiz A.; Molinos M., *Los iberos, análisis arqueológico de un proceso histórico*, Ed. Crítica, Barcelona, 1993.
- Schulten, Adolf, *Tartessos*, Espasa Calpe, Madrid, 1972.
- Sureda, Nuria, *Las fuentes sobre Tartessos y su relación con el sureste peninsular*, Universidad de Murcia, 1979.



JUAN ESLAVA GALÁN. (Arjona, Jaén, 1948) Se licenció en Filología Inglesa por la Universidad de Granada y se doctoró en Letras con una tesis sobre historia medieval. Amplió estudios en el Reino Unido, donde residió en Bristol y Lichfield, y fue alumno y profesor asistente de la Universidad de Ashton (Birmingham). A su regreso a España ganó las oposiciones a Cátedra de Inglés de Educación Secundaria y fue profesor de bachillerato durante treinta años, una labor que simultaneó con la escritura de novelas y ensayos de tema histórico. Ha ganado los premios Planeta (1987), Ateneo de Sevilla (1991), Fernando Lara (1998) y Premio de la Crítica Andaluza (1998). Sus obras se han traducido a varios idiomas europeos. Es Medalla de Plata de Andalucía y Consejero del Instituto de Estudios Giennenses.

# NOTAS

[1] Filarco. Historiador griego del siglo -III <<

[2] Los arqueólogos suelen escribir IV a. de C. que quiere decir «antes de Cristo», pero en este libro, para abreviar, antepone el signo menos (-) cuando expresamos fechas anteriores a la Era Cristiana. <<

[3] Martos Molino, Manuel, «En busca de Tartessos», *Historia* 16, 276, abril 1999, pp. 48-51. <<

[4] No era la única obsesión del germano. También pretendía que Alfonso XIII le concediera la Gran Cruz, y, a un nivel de menor exigencia, aspiraba a que le regalaran libros y a que Ortega y Gasset le pagara nada menos que cuatrocientas pesetas de entonces por una colaboración en su *Revista de Occidente*. <<

[5] Por el río Iber, el modesto río Piedras, un riachuelo en la provincia de Huelva, al que luego destronó el Ebro, que también llamaron Iber o Iberus. <<

[6] No sabemos si es el norte de Túnez o el cabo de Palos o el de La Nao, en Alicante. <<

[7] Llamada Cartago Nova, es decir «la nueva Cartago» (con evidente redundancia porque Cartago significa, a su vez *Qarthadash*, «ciudad nueva»).

<<

[8] Por cierto, los elefantes que Aníbal llevó a Italia eran de la especie *Loxodontia Africana*, variedad *Cyclotis*, de pequeña alzada (apenas 2,35 metros). Entonces abundaban en el norte de África, desde Túnez hasta Marruecos, pero los usaron tanto en la guerra y en los circos que la especie acabó por extinguirse. El otro elefante africano, el que vemos en los zoológicos y en las películas de Tarzán, el de las estepas de África Negra, es mucho mayor, hasta 3,40 metros. <<

[9] No hay ningún texto, ni hallazgo arqueológico que indique que los iberos dormían la siesta, pero parece que debe suponerse en un pueblo meridional y civilizado. <<

[<sup>10</sup>] *Crónica del Condestable Iranzo*, Edición y estudio por Juan de Mata Carriazo, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1940, p. 428). <<

[11] La primera moneda peninsular se acuñó en Ampurias en el siglo -v. <<

[12] Los santuarios del Cerro de los Santos, Cigarralero y Serreta de Alcoy están en la montaña; los de Collado de los Jardines, Castellar de Santisteban y Nuestras señora de la Luz y la cueva des Cuyram (Ibiza) se asocian a abrigos, cuevas y manantiales. También suelen aparecer pozos (Collado de los Jardines; o los de la isla Plana, en Ibiza). <<

[13] Parece que la religión ibérica era positiva y maternal. No hay que conceder crédito alguno a los autores que se empeñan en hacernos creer que puede existir una maldición de los iberos para los que profanan sus lugares sagrados por motivos mundanos. Don Álvaro Cifuentes Martín, en un trabajo intitulado «Continúa la maldición de los iberos» divulgado por internet, sostiene que debido a esa maldición la señora doña Pilar Palazón Palazón, presidenta de una asociación ibérica, dio una tremenda costalada el 6-III-1999 durante su visita al santuario de Castellar de Santisteban a consecuencia de la cual se fracturó el troquiter y hubo de permanecer escayolada durante un mes.

<<

[14] Cuevas de Menga y El Romeral, en Antequera; los sepulcros megalíticos de Huelva... <<

[15] Aníbal sacrificó a tres mil prisioneros a los manes de su abuelo Amílcar en -409, tras someter Himera. <<

[16] En Jaén, a principios del siglo xx, hubo un hornero en el barrio de los Caños al que apodaban *Pollagorda*, precisamente por eso, porque con aquella manaza que tenía detraía abusivas cantidades de masa de pan. <<

[17] La ge se añade por influencia de otras verduras comestibles, la algarroba, la galbana, etc. <<

[18] Manuel Pérez Rojas, «El bronce de Botorrita, nueva aportación a la lengua celtibérica» *Revista de Arqueología*, número 60, abril 1986, pp. 43-58.

<<

[19] «Misterios de la Arqueología y del pasado», número 5, año 1, Madrid, 1997, pp. 14-15. <<

[20] Hoy también se adornan con esculturas las fachadas de los bancos y las plazas, pero la motivación de los iberos perdura: una obra cara e inútil que sirve para prestigiar al que la costea. <<

[21] Francisco Presedo, «La Dama de Baza», *Trabajos de Prehistoria*, 30, Madrid, 1973, pp. 41-46. <<

[22] El caso de Viriato lo citan Diodoro, 31, 21.<sup>a</sup> y Apiano, Iber., 71. <<

[23] En Egipto se encuentra plata de origen seguramente ibérico, procedente del comercio fenicio, desde el siglo -IX (Tercer Periodo Intermedio). Al propio tiempo en Iberia aparecen objetos egipcios (amuletos, escarabeos, cerámica y alabastro egipcios). <<

[24] José María Pemán, *La historia de España contada con sencillez*, Madrid, 1939, Año de la Victoria. <<

[25] Juan Eslava Galán, *La historia de España contada para escépticos*, Ed. Planeta, Barcelona, 1995. <<

[26] Juan Antonio Ramírez, «El mito de la Dama de Elche», *Historia* 16, número, 251; febrero de 1997, pp. 74-79. <<

[27] Saludo ibérico que aparece en los platos de Abengibre. <<